

María Nuestra Auxiliadora

INDICE

Revisemos nuestra devoción mariana
Historia de una vocación
La única no manchada
La que nos saca de apuros
La llena del Espíritu Santo
La mujer de los siete puñales
La Iglesia tiene una mamá
"La que creyó"
La madre que nos sigue mirando
Maestra de la oración
La Madre de las madres
¿No te gusta el Rosario?
La Misa en compañía de la Virgen María
Un gran devoto de María Auxiliadora

Revisemos nuestra devoción Mariana

En un anuncio por radio se ha repetido, muchas veces, que María es el "mejor regalo" que Jesús dejó a la humanidad. ¿Será esto verdad? De ninguna manera. La Virgen María es un inapreciable regalo de Jesús al mundo, pero no es el "mejor". Piénsese, por ejemplo, en el Espíritu Santo, en la Eucaristía, en la Iglesia, en los Sacramentos, etc... Tenía razón Santa Teresita cuando, escribió que muchos sermones acerca de María la habían dejado "insensible" porque se decían cosas "inverosímiles y legendarias" acerca de la Virgen María.

El famoso teólogo Schillebeeckx ponía alerta contra las analogías aplicadas a la Virgen María. El mencionado teólogo citaba el caso de la "Escuela francesa" que llegó a afirmar que María "calma las iras de Dios" y "puede sujetar el brazo de Cristo". En estas afirmaciones se sugiere que María es "más misericordiosa" que Jesús. Lo cierto es que María participa de la misericordia de Jesús; María lo que hace es orar por nosotros para que se abra nuestro corazón a la acción del Espíritu Santo.

En épocas pasadas algunos, llevados de su "sentimiento" y haciendo caso omiso de la teología, presentaron a María Santísima como la madre "bondadosísima" que introduce en el cielo, por una "puerta falsa", a los pecadores que la invocan. Todos sabemos, de sobra, que Jesús subrayó que al cielo sólo se entra por una puerta angosta

Todas estas desviaciones fueron como polvo que fue cayendo sobre la devoción mariana. Nada extraño, entonces, que el Concilio Vaticano II nos invite, encarecidamente a "revisar" nuestra devoción a la Virgen María. "Revisar implica que, de antemano, se acepta que hay algo que no anda bien.

Afortunadamente, en nuestra época, fluyen aguas renovadoras en nuestra Iglesia. Gracias a estos impulsos renovadores, cada vez, la devoción mariana luce con nuevo esplendor. Cada vez más uno, se encuentra con personas que profesan una tierna y sólida devoción a la Virgen María.

Algunos documentos

Según los especialistas en el estudio de la Iglesia, ningún concilio había presentado una síntesis tan extensa y completa acerca de la devoción a la Virgen María, como el Concilio Vaticano II.

El documento de Pablo VI, "El culto mariano, vino a complementar y definir los carriles por los cuales debe deslizarse la auténtica devoción mariana. El documento de Puebla, muy acertadamente, resaltó a la Virgen María como la gran "evangelizadora" en América Latina. Juan Pablo II en su encíclica "La Madre del Redentor, aumentó el material de reflexión acerca de la devoción mariana.

Estos documentos esbozan varias directivas que debe regir nuestra devoción a la Virgen María. Ante todo, debe ser una DEVOCION SÓLIDA, es decir, basada en la Biblia y en la Tradición de nuestra Iglesia.

Dice Pablo VI en "El culto mariano": "Quisiéramos recalcar que la finalidad última del culto a la

bienaventurada Virgen María, es glorificar a Dios, y empeñar a los cristianos en una vida absolutamente conforme a su voluntad".

También se nos indica que la devoción a María debe estar ACTUALIZADA, en tal forma que ofrezca soluciones válidas para nuestros problemas actuales.

Debe ser EFICAZ. La devoción a María no puede quedarse en alabanzas, piropos y en prácticas de piedad, la devoción mariana debe, necesariamente, conducirnos a la imitación de Jesús.

A la luz de los últimos documentos de nuestra Iglesia, se impone una "revisión" de nuestra devoción mariana a nivel personal y comunitario.

El verdadero mérito de María

Una viejecita del pueblo quiso manifestar a Jesús su admiración por su Madre. Le gritó: "Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te alimentaron. La respuesta de Jesús es muy iluminadora en lo que respecta a la devoción mariana. Dijo Jesús: -Bienaventurados más bien los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica. (Lc 11,27-29)

La viejecita entusiasmada puede representar a muchas personas que, con poco espíritu crítico, centraron su atención en el HONOR a María, y descuidaron descubrir que el "mérito" de María estriba en que ella fue la que más y mejor estuvo pendiente de la Palabra de Dios, y la que mejor la puso en práctica.

Esto lo captó maravillosamente Isabel. Cuando María la fue a visitar, la prima le dijo: "Bienaventurada tú que has creído". Isabel acentuó la actitud de fe de María: ella es la que en todo momento está pendiente de la voluntad de Dios para poner en práctica siempre el plan de Dios.

La misma Isabel, también, en su saludo dio una pauta de lo central de la veneración a María. Al ver a su prima, Isabel exclamó: "¿De dónde a mí que venga a VISITARME LA MADRE DE MI SEÑOR?". Con palabras modernas podríamos hablar del "cristocentrismo" de Isabel. Ella se alegra por la visita agradable de su prima; pero sobre todo, porque María es Arca de Dios, lleva al Señor. Isabel hace resaltar que su gozo inmenso es porque María le lleva a Dios.

La auténtica devoción a María es "cristocéntrica": pone a Jesús en el centro; María es Madre que quiere lo mejor para sus hijos: por eso los acerca a Jesús. El verdadero devoto, como Isabel, se alegra con María porque ella es Arca portadora de Jesús. Nos acerca a la bendición del Señor.

El modelo de Iglesia

Cuenta San Marcos que Jesús estaba predicando; le pasaron un aviso: lo buscaba su madre y sus parientes más cercanos. La respuesta del Señor es muy clarificadora: Mi madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de Dios. (Mc 3,35) Aquí, Jesús quiere poner de relieve que su "nueva familia espiritual" está formada por los que "escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica".

Indirectamente estas palabras son uno de los mejores elogios en favor a María. Ella es la criatura que más escuchó la Palabra de Dios, y la que mejor la puso en práctica.

El mérito principal de María -la llena de Gracia- es haber puesto al servicio de Dios y de la comunidad todos los dones con que Dios la había adornado. María es el modelo de lo que debe ser la Iglesia: la auténtica Iglesia de Jesús su nueva familia es la que está "pendiente de su Palabra para vivirla".

Jesús afirmó: "No todo el que diga: Señor, Señor; entrará en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre". (Mt 7,21) Esto lo decía Jesús para subrayar que la verdadera religión consiste esencialmente en hacer la voluntad de Dios.

Lo mismo puede afirmarse con relación a la devoción mariana. Es peligroso decir: "María, María", y no hacer lo que Dios manda. Sería la negación de lo que la misma Virgen María indicó: Hagan lo que él les diga". Es lo que ella tiene que señalarles a sus devotos. Allí está todo. La auténtica devoción a María consiste en imitarla, en decirle siempre sí a Dios, en todo: "Hágase en mí según tu Palabra".

Cuando Don Bosco era seminarista, asistió, en el momento de la muerte, a su joven amigo, Luis Comollo. Este santo joven, antes de morir, le decía a su compañero: "Guárdate de aquellos que por recitar a María alguna oración, por ofrecer alguna mortificación, creen que serán protegidos por ella, mientras llevan una vida desordenada y libertina. Para ser devoto de este modo, es mejor no serio". A don Bosco no se le olvidó esta recomendación de su santo compañero. En el libro que escribió sobre Luis Comollo, Don Bosco insiste en que la devoción a María no consiste en "prácticas", sino en una vivencia.

Una misión

A todos el Señor nos envía al mundo con una misión. Para eso nos equipa adecuadamente por medio de "talentos", dones del Espíritu Santo. Dios solamente nos "invita", A nadie lo obliga tiránicamente.

Todos los grandes personajes de la Biblia, se caracterizaron por su entrega a la misión que Dios les había encomendado. No siempre fue fácil decirle que sí a Dios.

ABRAHAM enfila por caminos misteriosos y desconocidos. A pesar de lo intrincado de su retorcido camino, se fía plenamente de Dios, y sigue todas sus indicaciones. MOISES buscó toda clase de excusas. Dios respetó su libertad. Lo ayudó a discernir. Moisés dijo que sí y se entregó en cuerpo y alma a la causa de su pueblo. A ISAIAS lo encontramos en un momento en que parece que Dios se desahoga con él, le cuenta que hay mucho trabajo por delante. El joven profeta no tiene más que decir: "Envíame a mí".

La historia de María es la historia de la sencilla mujer que se especializó en decirle a Dios que sí en todo, María estuvo pendiente de la voluntad del Señor para ser "como esclava" a su servicio. Por eso mismo, María, como Madre, a sus devotos, los cuestiona para que se pregunten cuál es la misión que Dios quiere para ellos, y para que se den prisa en llevarla a cabo.

Don Bosco tuvo el carisma de los sueños. Por medio de visiones nocturnas, el Señor le indicaba su misión. A los nueve años, en sueños, Jesús le entrega a su Madre. Le dice: "Yo te daré la Maestra". En ese momento, María entró en acción. Comienza a dar órdenes; le dice al jovencito

"Hazte humilde, fuerte y robusto", Su misión era convertir lobos en corderos, y tenía que prepararse adecuadamente

María, no es "hada madrina" para Don Bosco, sino maestra que le exige disciplina para que pueda llevar a cabo la misión juvenil que Jesús le ha encomendado. A sus devotos la Virgen María los invita a no tener miedo a la misión que el Señor les encarga, a ser generosos en su entrega a Dios y a decir siempre: "Hágase en mí según tu Palabra".

Hizo en mí maravillas

Uno de los pasos difíciles de nuestra fe es no sólo creer intelectualmente en Dios, sino sentirnos sus hijos y tener plena confianza en El. No sólo hay que creer en Dios, sino aceptar que Dios también cree en nosotros, que somos algo muy importante para él; que, al enviarnos al mundo, tenía un plan de amor para cada uno de nosotros.

Cuando Isabel se encontró con María le dijo: "Bienaventurada tú porque has creído que se cumplirá en ti todo lo que se te ha dicho". (Lc 1,45) María en ese momento no se puso a afirmar que ella no valía para nada. María reconocía que, a pesar de su "indignidad", Dios había hecho maravillas en ella: "Hizo en mí maravillas". Además profetizó: "Me llamarán bienaventurada todas la generaciones". La Virgen María reconocía que Dios la había preparado para una misión importantísima. Por eso le dio gracias, a dúo, con su prima Isabel, y renovó su fiel propósito de estar en todo a la disposición del Señor.

Son muchos los que están convencidos de que son hijos de Dios, pero "de segunda categoría". Más que amor, le tienen miedo. Creen en Dios, pero les cuesta aceptar que Dios cree en ellos. No les pasa por la mente pensar que Dios "ha hecho maravillas en ellos".

La devoción a la Virgen María no consiste en buscar mantos, flores y piropos para María, sino en aprender como María, fiarse en todo de Dios, a creer que Dios ha "hecho maravillas en nosotros", que nos ha llenado de muchos dones y nos ha equipado para que podamos ser felices, aquí y ahora, y para que nuestra felicidad culmine en la vida eterna.

Por medio de un ángel, Dios Padre le hizo ver a María que era "llena de Gracia". María se llenó de agradecimiento a Dios. Primero le aseguró que estaría como su esclava para aceptar su voluntad; luego entonó un Magnificat de fe y agradecimiento.

Cada uno de nosotros "somos llenos de la Gracia del Señor". La Gracia es algo "gratis" que el Señor nos ha regalado. Porque nos ama y porque quiere equiparnos adecuadamente para la misión que nos ha encomendado. De aquí que, como María, nuestro corazón debe tener confianza en decirle sí a Dios en todo. Si nos pide algo, él mismo se compromete a dotarnos de las gracias necesarias para cumplir con lo que nos pide. También, como María, debemos vivir en perpetua actitud de Magnificat, de acción de gracias, porque todo lo que nos sucede y rodea -aunque cueste a veces entenderlo es una gracia de Dios.

Es un bello canal de Gracia

El Arca de la Alianza, para los judíos, era objeto de veneración; allí se manifestaba Dios; sobre ella se posaba una nube como señal de la presencia del Señor. Josué y los ancianos del pueblo se postraron un día ante el Arca de la Alianza y lloraron por los pecados del pueblo. (Jos 7,6) El arca de la Alianza, según órdenes de Dios había sido fabricada con maderas preciosas e incorruptibles. María es el Arca de la Alianza en el Nuevo Testamento; contiene lo más precioso y santo que nos podamos imaginar: contiene a Dios. En ella se manifiesta Dios a nosotros. María, como el Arca de la Alianza, fue creada "inmaculada" y "llena de Gracia", porque Dios la escogió para ser el Arca del Nuevo Testamento en donde se guardaría al Santo de los Santos, Jesús.

El arca de la Alianza se quedó durante tres meses en casa de Obed-Edom; el Señor lo bendijo a él y a toda su familia. (2Sam 6,11) Cuando David lo supo, quiso llevar el Arca a la Ciudad de David. La Biblia lo describe danzando frenéticamente ante el Arca de la Alianza. David dijo: "¿Cómo el Arca del Señor va a venir a mí?". Esto nos hace recordar las palabras de Santa Isabel, cuando recibió la visita de María. Isabel pronunció casi idénticas palabras a las de David: ¿De dónde a mí que la madre del Señor venga a visitarme?" Como para Obed-Edom y para David el Arca fue portadora de bendición, así también para Isabel la presencia de María fue una rica bendición en su hogar. María, la nueva arca de la Alianza, le llevó al Señor. Gran sabiduría la de David: cuando vio que el Arca de la Alianza había llevado bendición a Obed-Edom, no quiso quedarse privado de ese privilegio, y se llevó el Arca a su Ciudad. Así sucedió también a los primeros cristianos.

Al principio, quedaron deslumbrados por la luz de Jesús. Centrarón toda su atención en darse una respuesta acerca de la personalidad del Señor. Luego descubrieron la personalidad de María.

Al entrar en una sala de cine, cuando ya ha comenzado la función, quedamos deslumbrados por la luz de la pantalla. Sólo vemos la película; todo a nuestro alrededor se presenta oscuro. Más tarde, se va el deslumbramiento y comenzamos a reparar en las personas que están a nuestro lado. Una vez que las primeras comunidades cristianas se dieron razón acerca de la personalidad de Jesús, comenzaron a ver la persona que aparecía siempre a la par de Jesús en los momentos clave de su vida: así descubrieron a María. Como los pastores y los Magos de Oriente, se encontraron con una Señora Santa que les hablaba acerca de Jesús, que se los mostraba, que les contaba lo que "había visto y oído" acerca de su hijo.

Para las primeras comunidades la Virgen María fue una Evangelizadora excepcional. Fue el modelo de fe, y de lo que debe ser el auténtico seguidor de Jesús. Fue la ejemplar orante y la fiel servidora de la comunidad.

Los primeros cristianos, quisieron llevar a sus vidas, a la nueva Arca de la Alianza. Como Josué se había postrado ante el Arca porque contenía lo más santo que ellos tenían; como David había danzado frenéticamente ante el Arca, así los primeros cristianos comenzaron a venerar esa Arca del Nuevo Testamento, que tantas bendiciones traía a la Iglesia.

La auténtica devoción a María, a nivel personal, también debe seguir el mismo proceso. Primero debe haber un deslumbramiento ante la luz de Jesús. Hay que encontrarse personalmente con Jesús. Luego nos encontraremos con la que está junto a Jesús: María está siempre a su lado. Como Isabel, nos alegramos también nosotros al acercarnos a la madre del Señor. Sabemos que su presencia en nuestra vida, en nuestra casa, trae la bendición de Dios. Como David, danzamos con gozo ante esa nueva Arca de la Alianza; no por ella misma, sino por el FRUTO BENDITO DE TU VIENTRE. Porque ella nos entrega a Jesús. Como lo fue para Isabel y para Juan, así para infinidad de cristianos la devoción a la Virgen María ha sido fuente de bendiciones. También nosotros, la llevamos a nuestras vidas, como precioso regalo que Jesús entregó a su Iglesia.

En los últimos instantes, antes de su muerte, Jesús entregó a su Iglesia varios regalos. En la Última Cena entregó a su Padre a los apóstoles. Los encomendó a El; rogó para que fueran uno y para que, a pesar de permanecer en el mundo, no fueran tocados por el maligno. Junto a la cruz, entregó a María como madre de la Iglesia. En el Monte Tabor, el Padre les dice a los dirigentes de la Iglesia: "Este es mi Hijo Amado; éste es mi Elegido; a él lo deben escuchar". (Mt 17,5) En las bodas de Caná, María da una indicación muy precisa: "Hagan lo que él les diga".

Una religión auténtica consiste en escuchar a Jesús; en hacer lo que él indique. La auténtica devoción a María se realiza cuando se obedece a la Madre que nos sigue repitiendo: "Hagan lo que él les diga".

Historia de una Vocación

El director de la película GODSPELL tuvo un gran acierto al presentar de manera muy típica la "llamada" de Dios. Un joven, mientras distribuye la ropa de la lavandería, escucha que en su radio de transistores hay una voz extraña: alguien lo llama. Lo mismo le sucede a una muchacha que, en una cafetería, lee una novela de Joyce. La misma experiencia se repite con una bailarina mientras ensaya algunos pasos de ballet. A todos nos llama Dios de maneras muy peculiares y extrañas.

La "Anunciación" de la Virgen María, es la historia de su vocación: un día Dios le manifestó que la había escogido para ocupar un lugar destacadísimo en la obra de la salvación de los hombres, junto al Emmanuel.

A muchos pintores les ha gustado representar a María, en la anunciación, hincada en un reclinatorio. ¿Por qué no lavando ropa en la pila? ¿Por qué no barriendo o sacudiendo los sencillos muebles de su casa? Los pintores han querido hacer resaltar la actitud contemplativa de María. Pero la contemplación de María no se reducía a los momentos en que se encontraba hincada rezando. María tuvo que estar, ciertamente en un momento de mucho recogimiento cuando experimentó la presencia de un ángel en su vida. Ese momento muy bien pudo verificarse cuando lavaba, cuando cocinaba, cuando barría su casa.

Para meterse dentro de ese instante de suma espiritualidad de María, habría que comenzar por quitar al ángel las plumas: nada de efectos musicales y de tramoya teatral. Un momento de intimidad con Dios como los que nosotros también, a veces, tenemos. Dios es Espíritu y se comunica espiritualmente con nosotros.

"ANGELOS", en griego, significa mensajero. Dios dispone de infinidad de mensajeros para acercarse a nosotros. Puede ser la persona que nos cae muy mal: nuestro enemigo. Lo que interesa no es el mensajero, sino el mensaje de Dios. La persona que en medio de sus faenas diarias, como María, sabe ser una contemplativa, estar en la presencia de Dios, sabrá descubrir a los "ángeles", los mensajeros que Dios le enviará todos los días. No importa si está en el autobús, en la oficina, en el parque o en el cine, la persona que vive en la presencia de Dios, estará siempre alerta a los mensajeros que el Señor le enviará todos los días. Sí; todos los días: las anunciaciones no están reservadas sólo para las fechas clave del calendario.

Llena de Gracia

El nombre con que Dios envió a saludar a María fue "llena de Gracia" -favorecida-. No la llamó María, sino favorecida. Tenía razón la humilde virgen nazarena en turbarse por esa presencia misteriosa y ese saludo tan desacostumbrado.

La Anunciación es el momento en que la Virgen María descubre que es una "favorecida" de manera especialísima por Dios. Llega a conocer por revelación de Dios que el Señor tiene un plan extraordinario para ella. Se siente impotente; se reconoce inmerecedora de ese privilegio. Se turba. Al mismo tiempo se "alegra". El ángel comienza animándola a "alegrarse", "Alégrate llena de Gracia; el Señor está contigo", Se alegra y se pone a la disposición de Dios, No encuentra otra forma para expresar su reconocimiento que ofrecerse como una "esclava" en las manos del Señor: "He aquí la esclava del Señor",

Uno de los grandes problemas de nuestra fe es aceptarnos como hijos de Dios; creer que Dios tiene confianza en nosotros, Son muchas las personas que, muy subconscientemente, se consideran hijos de Dios, pero "de segunda categoría", Cualquier cosa mala que les sucede, piensan que Dios los está castigando, que les va llevando cuenta minuciosa de todos esos males del pasado. Propiamente no aman a Dios; le tienen miedo, Cumplen la ley porque de otra forma se sentirían con "complejo de culpa". Todos necesitamos tener "una anunciación": saber que también en nosotros Dios puede "hacer maravillas",

En la anunciación, la Virgen María, al ponerse a la entera disposición de Dios, quedó llena de Espíritu Santo, En nuestro bautismo, nosotros quedamos llenos de Espíritu Santo, Fuimos adoptados por Dios como sus hijos, En su bautismo, Jesús escuchó la voz del Padre: "Este es mi Hijo amado", Encima de la pila bautismal, en nuestro bautismo, también resonó la voz de Dios: "Este es mi hijo amado", Sentirse hijo de Dios, de "segunda categoría" es no haber aceptado nuestra propia anunciación, que Dios nos ha hecho en alguna oportunidad de nuestra vida. Por el contrario, admitir que Dios tiene un plan de amor para nosotros, es haber aceptado ya que también para nosotros hubo una anunciación.

Dios pide permiso

La libertad es uno de los grandes y peligrosos regalos que Dios ha puesto en nuestras manos, Dios, en todo, respeta nuestra libertad. No quiere galeotes que le sirvan por miedo a los latigazos, sino hijos que le adoren como a Padre amoroso. María ha sido elegida para la misión más grande que se pueda imaginar: ser la principal colaboradora de Jesús durante su vida mortal. Dios se acerca a María Y, por medio de un ángel, le pide su consentimiento. María, por un instante, queda perpleja. Luego se repone Y da su sí total a Dios para que disponga de ella en todo.

En la anunciación, María recibe la misión que Dios le encomienda. "Soy la esclava del Señor", son las palabras que María emplea para definir su actitud de entrega absoluta a Dios.

El libro del Apocalipsis dispone de una de las imágenes más sugestivas sobre el respeto que Dios tiene por nuestra libertad. Muestra a Jesús tocando una puerta Y ofreciendo entrar a cenar, si le abren. (Ap 3,20) Dios se acerca Y nos indica cuál es nuestra misión, el camino por el cual podemos realizarnos. Dios mismo nos ofrece su bendición, pero con la condición de que le permitamos entrar.

Moisés tuvo su anunciación. Se le pedía volver a Egipto. Moisés pensó que sería infeliz, Y se negó, al principio. Más tarde aceptó. La Biblia lo describe como el hombre "más manso de la tierra". Un hombre realizado.

Un joven rico fue invitado por Jesús para ser uno de sus íntimos colaboradores. Aquel joven no pudo romper el cerco de sus riquezas. Dijo que no. El Evangelio, sugestivamente, lo describe alejándose con tristeza. Un individuo que no pudo realizarse porque escogió el camino distinto del que Dios le señalaba.

La turbación de María es muy explicable. La misión que se le encomendaba llevaba incluidas muchas cosas oscuras: concebir por obra del Espíritu Santo sin una relación matrimonial previa. María no tenía ningún punto de referencia en la historia acerca de algo parecido. Como joven inteligente, habrá pensado en todos los problemas que eso le traía: ¿Qué pensaría José, su novio? ¿Y sus parientes, y las personas chismosas que nunca faltan en los pueblos? Las misiones que Dios encomienda causan incertidumbre siempre. Moisés hasta llegó a pensar que era "tartamudo". El profeta Jeremías su puso a llorar y alegó que era muy joven para la misión que Dios le encargaba.

A cada uno de sus desconcertados profetas, Dios siempre repite: "No temas". "No temas, María". El Señor da una breve y oscura explicación a María. Nada más. María no entiende ¡qué iba a entender!; pero se fía de Dios. Dice sí de corazón. A todos sus enviados el Señor les sigue repitiendo: "No temas". Es una frase que cruza la Biblia como un hilo conductor. "No temas". Dios no da mayores explicaciones; solamente pide que se fíen de El.

El Señor, además, le adelanta a María que tendrá una señal: su prima Isabel, en su avanzaba ancianidad, también ha quedado embarazada; porque "para Dios nada hay imposible", dice el ángel.

La pregunta y la respuesta

Como muchacha inteligente, María, ante un panorama tan enigmático, que Dios le presenta, hace una pregunta: "¿Cómo puede ser esto, puesto que no estoy casada?".

Son muchas las personas que se han atrevido a hacerle preguntas a Dios. Algunas de esas preguntas son expresión de humildad ante la impotencia, como María. Otras, son señal de altanería, como las que hizo Job en su exasperación. Buenos y malos, santos y pecadores, en determinados momentos de la vida, le formulamos preguntas a Dios.

Dios nunca responde concretamente. Da unas cuantas pistas nada más. Nunca indica un camino señalado; sólo pide que confíen en El. A Abraham no le da la dirección exacta de la tierra hacia la cual debe marchar; únicamente le pide que se ponga en camino. A Job, el Señor, le responde con una avalancha de preguntas que lo hacen caer en la cuenta de que ha hablado como un "necio". Job termina hundiéndose su frente en el polvo. A María, Dios no da indicaciones precisas; solamente le asegura que todo será "por obra del Espíritu Santo", que no debe temer. María tendrá que acostumbrarse a estas respuestas ambiguas de Dios. Más tarde, su hijo Jesús, en el Templo, cuando ella le pregunta: "¿Por qué nos hiciste esto?", le responderá: "¿Por qué me buscaban; no sabían que debo ocuparme de las cosas de mi Padre? Una pregunta respondida con otra pregunta. No se trata de falta de cortesía; el lenguaje de la fe no responde a nuestra lógica.

La Biblia es la respuesta de Dios para los hombres. La Biblia no fue entregada como un mapa en donde todo está señalado; la Biblia fue donada como una "brújula": lo único que hace es indicar dónde está Jesús. Lo demás queda siempre en la oscuridad que, poco a poco, se va iluminado.

Hágase

"Yo soy la esclava del Señor; hágase en mí según su Palabra". María no encontró otra expresión para manifestar su actitud ante Dios. Quiso presentarse como esclava. En la época de María, el esclavo estaba las 24 horas del día a las órdenes de su Señor. El amo tenía derecho de vida y muerte sobre su esclavo. María quiso ponerse en manos de Dios para todo lo que él dispusiera en todo momento y en toda circunstancia.

Cuando María pronunció su "hágase", que brotaba del corazón, se llevó a cabo la primera navidad. El Espíritu Santo invadió el seno de la Virgen María y ella quedó embarazada de Dios. "Hágase" es otro de los hilos conductores que se aprecian con claridad en la Biblia. Todos los grandes profetas de Dios, un día, tuvieron que pronunciar su "hágase", que, muchas veces, les costó lágrimas. El profeta Jeremías empleó una frase impresionista para referirse a su respuesta ante el llamado de Dios. El profeta escribió: "Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido". (Jr 20,7) Hay un momento en que el profeta, en su conciencia, no puede decirle que no a Dios. Viene entonces su "hágase" que va a definir su futuro ante Dios y ante los hombres.

El profeta Isaías también narra su historia. Dios se le acerca, como preocupado, porque tiene que encontrar a alguien para una misión delicada. El profeta no puede resistir la sugerencia indirecta que Dios le hace; termina diciéndole: "Envíame a mí". Es otra forma de decir: "Hágase". Y así llegamos hasta el "hágase" más trágico que se ha pronunciado en el universo: el hágase de Jesús en el Huerto de los Olivos. Jesús está ante la inminencia de su pasión. Todo lo presiente con evidencia. Le invade el pavor. Suda sangre. Lloro. Se encuentra ya experimentando la soledad: ni sus amigos más íntimos han podido velar en oración junto a él. En ese trágico momento los apóstoles están durmiendo. En esas circunstancias dramáticas Jesús dice: "No se haga mi voluntad sino /a tuya". Es el "hágase de Jesús" con el que acepta su pasión con todas sus consecuencias.

Cuando la Virgen María dijo: "Hágase", se inició la encarnación de la Palabra en su seno virginal. Cuando aceptamos la voluntad de Dios, le decimos sí de corazón, en lo que requiere de nosotros, en ese momento hay una nueva encarnación: la Palabra se encarna en nosotros, logra trabajarnos; Dios ya puede disponer de nosotros para proseguir su obra salvadora en el mundo.

: Adán y Eva dijeron no a Dios. Dijeron sí al espíritu del mal, que les ofrecía un camino diverso del de Dios. De sobra conocemos las fatales consecuencias de aquel "no" pronunciando por los primeros seres humanos.

Conocemos también muy bien las grandes bendiciones que se derivaron para la humanidad del "sí" de la Virgen María. Hay un canto religioso "Madre de todos los hombres enséñanos a decir amén". María, como buena mamá, nos va ayudando a deletrear nuestro "hágase" por medio de cual decimos sí a Dios y no al mundo. Cuando eso sucede, Dios puede encarnarse en nosotros y hacer maravillas también por medio de nosotros.

El cuadro de la anunciación no nos lleva a una euforia evasivista, sino nos cuestiona seriamente acerca de nuestro sí a Dios, de nuestro compromiso. La madre María se coloca a nuestro lado para animarnos a no tenerle miedo ese sí incondicional a Dios.

Ángeles y demonios

San Pablo habló, en su Carta a los Efesios, de un mundo poblado de malas presencias. "Nuestra lucha -afirma Pablo no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del mal que están en las alturas". (Ef 6,12) No hay pesimismo en Pablo. Expone una realidad para él muy evidente en su misión pastoral. Así como nuestro cosmos está poblado de malas presencias, también está saturado de ángeles de Dios. Todos los días, si sabemos vivir el silencio espiritual, habrá "ángeles", mensajeros de Dios, que llegan a manifestarnos lo que Dios quiere de nosotros. Los ángeles de Dios son sus "carteros"; nos traen cartas o telegramas. Cuesta a veces, descifrar esos mensajes en clave; pero allí está lo que Dios quiere. Allí está nuestra bienaventuranza, nuestra felicidad de cada día, de cada mes, de cada año.

La anunciación de María recoge ese instante espiritual de María en que de manera extraordinaria abrió su mente y su corazón para recibir el mensaje de Dios. A María, nuestra madre, le rogamos que no se aparte de nosotros, cada día, para que cuando llegue a nosotros el inesperado cartero de Dios Padre, podamos decirle sí -"hágase"-, y también nosotros quedemos invadidos por el Espíritu Santo para que Jesús sea una realidad más evidente en nuestra vida. Por eso, con confianza y con amor, le decimos a María: "Madre de todos los hombres, enséñanos a decir: Amén".

La única no manchada

El General Holofernes había puesto sitio a la ciudad de Betulia. Comenzó por envenenar las fuentes que surtían de agua a la ciudad; desvió los ríos. Los habitantes de Betulia se encontraban en una situación desesperada. La bella Judit se valió de su hermosura excepcional para introducirse en el campamento enemigo. Mientras Holofernes dormía, después de una borrachera, le quitó la espada y le cortó la cabeza.

Todo el pueblo la llevó en triunfo, gritando; "Tú eres la gloria de Jerusalén, tú el supremo orgullo de Israel, tú el preclaro honor de nuestra raza." (Jdt 15,9)

La liturgia de nuestra Iglesia ha sentido simpatía por esta escena bíblica; la ha encontrado cargada de simbolismo, al referirla a la Virgen María. En el principio de la humanidad, el espíritu del mal, envenenó el corazón de los hombres; sembró la desconfianza hacia Dios en sus almas, los apartó del camino recto; les cortó el río de amistad con Dios que los llenaba de gozo. Dios no dejó abandonados a sus hijos; desde ese mismo momento les ofreció una oportunidad de rehabilitarse; prometió a Eva que de su linaje saldría alguien que pondría su pie sobre la cabeza de esa serpiente.

María es la Judit del Nuevo Testamento; en atención a los méritos de Jesús fue preservada de todo pecado para que fuera el Arca de la Nueva Alianza que nos entregara a Jesús, que en la cruz aplastó la cabeza de la serpiente. Por eso la Iglesia carita a María; "Tú eres el orgullo de nuestro pueblo".

Adelanto de una feliz noticia

"Protoevangelio" significa adelanto del Evangelio. Ese adelanto de la feliz noticia de salvación, que Jesús nos iba a traer, se verificó precisamente el día más infausto del mundo: el pecado entró en el cosmos, como un cáncer mortal, como un sida infausto que ha desequilibrado a la humanidad desde sus inicios. Al mismo tiempo que se introdujo el pecado, apareció también la Buena Noticia: Dios prometió que del linaje de la mujer alguien pondría su pie sobre la cabeza de la serpiente engañadora para derrotarla definitivamente. Dios dijo a la serpiente: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras asecharás tú su calcañar". (Gen 3,15)

¿Quién es esa mujer de que habla el capítulo tercero del Génesis? En el texto, lógicamente, se refiere a Eva. En el contexto es alguien más de la descendencia de Eva que podrá derrotar totalmente al demonio.

Jesús es el enviado de Dios, el que viene de la descendencia de "la mujer". Pero esa "Mujer" misteriosa, lógicamente, no es Eva. Es alguien más que pertenece a la descendencia de Eva. Es fácil descubrirlo. María nos da a Jesús que viene a derrotar definitivamente al espíritu del mal.

Dice el estudioso de mariología, Cándido Pozo: "Históricamente -como aparece en la revelación posterior neotestamentaria-, la única mujer que ha tenido enemistades plenas con el demonio, que el texto expresa, es María, la Madre del Mesías. De ella habrá que entender la frase, a ella habrá que identificarla como "la mujer" en el nivel profundo del texto". La Virgen María en ningún momento fue tocada por el diablo, porque había sido elegida para ser la Madre de Jesús. La Iglesia la llama INMACULADA CONCEPCIÓN, es decir, no tocada por el pecado desde el momento mismo en que fue engendrada.

Un ideal realizado

Todos tenemos en la mente un ideal que quisiéramos convertir en una realidad. Somos muy limitados: nuestro ideal, por lo general, nunca logra realizarse como nosotros lo habíamos concebido. Se cuenta de Miguel Angel, que cuando terminó de cincelar su famosa estatua de Moisés, le dio un martillazo y le dijo: "¿Por qué no hablas?" El artista no estaba satisfecho de su creación. Ansiaba algo más, El poeta Virgilio antes de morir pedía que quemaran su "Eneida", Sentía que no había alcanzado la cumbre que él había soñado.

Siempre nos sucede lo mismo: soñamos algo, que no logra concretarse plenamente en la realidad como lo soñamos. Para Dios no es así. La Biblia presenta a Dios diciendo HÁGASE, y, al punto, la palabra pronunciada se convirtió en una realidad. Las galaxias, los ríos, los animales, las montañas, los árboles, los

hombres fueron un deseo de Dios hecho una total realidad. Como los quiso así fueron hechos. Para Dios querer y hacer es lo mismo.

Dios pensó en una madre para poderse encarnar y salvar a la humanidad. Pensó en la mujer que le daría los ojos, el cerebro, las manos y los pies; pensó en la mujer que lo educaría y lo acompañaría durante la obra de salvación de los hombres. Entonces la hizo nacer inmaculada, es decir, preservada de todo pecado original con el que nacemos todos los seres humanos. Según la terminología teológica, la "redimió anticipadamente", en previsión a los méritos de Jesús.

En el Antiguo Testamento, Dios ordenó que el Arca de la Alianza fuera fabricada con madera incorruptible. Debía contener lo más santo que el pueblo tenía: las tablas de la ley, un poco de maná y la vara de Aarón. María no estaba destinada a llevar en su seno algo "simbólico", sino al mismo Dios hecho carne en sus entrañas de virgen. Tenía razón el poeta Dante cuando afirmaba que el rostro humano que más se parece al de Jesús es el de la Virgen María. Es una consecuencia lógica: Jesús fue engendrado sin concurso de varón; procedió directamente de la Virgen María.

Al primer Whisler lo elogiaron por el maravilloso cuadro de su madre, que había dibujado. El contestó: "Cada uno busca hacer a su madrecita lo mejor posible". Nadie ha podido escoger a la madre que lo engendró. Si se hubiera dado esa posibilidad, cada uno hubiera adornado a su mamá con las cualidades más relevantes. Dios si pudo escogerse una madre: por eso la llenó de su Gracia, la preservó de todo contacto con el mal, ya que la había elegido para ser la morada de Dios. Es el mismo Dios el que por medio de un ángel llama a María "Llena de Gracia", es decir, la creada por Dios de manera excepcional. Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, la llamó "Bendita entre todas las mujeres"; la más bendita de todas, la bendecida por Dios de una manera totalmente extraordinaria, irrepetible.

Las excepciones de María

San Pablo anotaba, con razón, que todos nacemos bajo la ley del pecado: "No hay quien sea justo, ni siquiera uno solo". (Rm 3,10) Los teólogos llaman "pecado original" a este virus espiritual que viene desde nuestro nacimiento. San Pablo describió muy bien esta angustiada situación humana; "No hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero". (Rm 7,19) Como los hijos heredan de sus padres, a veces, el color de cabello, el tono de la voz, la manera de andar, de gesticular, así nosotros heredamos, el pecado original. La mordedura de la serpiente del paraíso, en alguna forma, llega hasta nosotros. Esa ley es para todos. Pero no para la criatura que fue escogida por Dios mismo para ser la depositaria del Emmanuel, Dios con nosotros. Así como Dios adelantó a María su Pentecostés María fue llena de Espíritu Santo en la Anunciación, también le adelantó su redención: María nació ya redimida, inmaculada. Nosotros lo aceptamos no como un mérito que María hubiera adquirido, sino como un don que Dios entregó a la humanidad para que hubiera un seno no tocado por el mal, en el que pudiera encarnarse para redimir al mundo, para traer salvación. Como aceptamos el anticipo de Pentecostés para María, como aceptamos también su redención anticipada, así también creemos en su anticipada glorificación, que conocemos con el nombre de Asunción de María. Así lo creemos. La ley del fuego es quemar: un día tres jóvenes no aceptan rendir culto a los ídolos, el Rey Nabucodonosor los echó al horno de fuego. Esos jóvenes, milagrosamente, salieron ilesos. La ley del río Jordán era precipitarse hacia el mar; pero el río se detiene para que pasen los sacerdotes con el Arca de la Alianza. Dios paralizó la ley universal del pecado original para María. Es que sólo ella en todo el universo estaba destinada a ser la Madre de Jesús, Dios que se hace hombre.

Cuenta el libro de Ester que el Rey Asuero había decretado que si alguien entraba en los aposentos del rey sin ser llamado, tenía que morir. Ester se ve obligada a ir precipitadamente ante el rey para salvar a su pueblo. El rey se le queda viendo. Ester palidece; el rey le dice: -No temas; mi mandato alcanza sólo al común de las gentes. (Est 5,1) A la Iglesia siempre le ha gustado relacionar esta escena bíblica con María. Ante la turbación de María por la aparición de un ángel, se le dice: No temas, María, has encontrado Gracia delante del Señor. (Lc 1,30) Ante María, su Madre, Dios quiso detener la ley universal del pecado original; la redimió anticipadamente para que fuera el Arca de la Nueva Alianza en el Nuevo Testamento. La hizo "de barro limpio", escribió bellamente el poeta José María Pemán.

Al principio de su libro, San Mateo habla del "Génesis de Jesús". (Mt 1,1) Los estudiosos de la Biblia ven la intención de Mateo de presentar a Jesús como una nueva creación. La madre de los vivientes, Eva, fue envenenada por la serpiente, símbolo del demonio. En la nueva creación, se preserva a María de todo

contacto con el mal para que sea la madre del Hijo de Dios, del Emmanuel, del Dios con nosotros. De ninguna manera podía aceptarse que ese seno virginal, que iba a contener la divinidad hubiera estado tocado un sólo instante por el veneno de la serpiente. En la antigua creación, el Espíritu es descrito revoloteando sobre la inmensidad de las aguas. En la nueva creación, el Espíritu Santo desciende al seno virginal de María y engendra é Jesús, el Dios hecho hombre.

Esta fue la reflexión larga y penosa de la Iglesia a través de los siglos. Fue el Papa Pío IX a quien correspondió, el 8 de diciembre de 1954, declarar como Dogma de fe esta verdad discernida por la Iglesia. En 1858, cuando la Virgen se apareció en Lourdes, ante la pregunta de Bernardita "¿Quién eres tú?", respondió; "Yo soy la Inmaculada Concepción". De esta manera, la Virgen María demostraba su complacencia por la definición del dogma mariano.

No eximida del dolor

El privilegio de ser Inmaculada, no la convirtió en extraterrestre. Dice el Evangelio: "A quien mucho se le dio, se le pedirá mucho". A la "llena de Gracia" se le exigió más: fue la persona llamada a estar más cerca de la cruz de Jesús. El Evangelio palpablemente describe la María desconcertada ante muchas situaciones que no comprende. Ella "guarda muchas cosas en su corazón y tiene que estarlas meditando", para tratar de encontrarles un sentido. A María, desde el primer momento que concibe a su Hijo, se le advierte acerca de su situación: su Niño le traerá múltiples problemas, una espada de dolor le perseguirá toda la vida. A Jesús las profecías lo habían anunciado como el "Varón de dolores". A María, que fue la principal colaboradora de Jesús en la obra de la salvación, se le podría llamar "La mujer de los sufrimientos".

Dios a su Madre la eximió del pecado original, pero no la eximió del sufrimiento, de tener que transitar, como todos nosotros, por este valle de lágrimas, en medio de la noche, con sólo la luz de la fe. María, como Abraham, también tiene que emprender la marcha sin conocer la dirección exacta de su viaje. A María, también le toca, como Abraham, llevar a su hijo a un monte para ser sacrificado. Con la gran diferencia que la mano de un ángel detuvo el brazo de Abraham, y ninguna mano detuvo la lanza que horadó el costado de Jesús.

Hay unos bellos versos del Cantar de los Cantares que la liturgia de la Iglesia se ha complacido en aplicar justamente a María: "Bella como la luna". La luna no tiene luz propia; refleja la luz del sol. María brilla con la luz de Dios. María es prueba fehaciente de lo que Dios puede hacer en una criatura. San Pablo, en su carta a los efesios, afirma que nosotros hemos sido destinados por Dios a ser "santos e inmaculados". Parece algo sin sentido para nosotros que vivimos en un mundo que se revuelca en la impureza. El Papa Pío XII llegó a afirmar, en cierta oportunidad, que habría que retroceder a los años que precedieron al diluvio para encontrar tanta corrupción como en este siglo. Pío XII no pudo contemplar muchas de las depravaciones en las que nuestro mundo actual se debate. En medio de este mundo hundido hasta el cuello en el pecado, aparece la Inmaculada como "zarza que arde sin consumirse". Ella demuestra lo que Dios puede hacer por nosotros, si le permitimos invadirnos de su gracia. Los Sacramentos son invasiones de Dios en nosotros. Recibidos, por supuesto, con fe, no rutinariamente. En la oración, la meditación bíblica, la mortificación, es Dios que ingresa en nuestra vida para hacernos cada día más santos, más inmaculados. María por privilegio de Dios, fue preservada de toda mancha. Cuando le permitimos a Dios el ingreso en nuestra vida, somos restaurados de las manchas que la serpiente antigua nos ha inferido. María Inmaculada, como la luna, nos refleja la luz de Dios, y, al mismo tiempo, ora por sus hijos para que no se dejen envenenar el corazón por la serpiente del paraíso. Nos demuestra con su luz que si le permitimos a Dios invadir nuestra vida, también puede hacer maravillas en nosotros.

La que nos saca de apuros

Al famoso pintor Rafael le preguntaron que cómo había logrado la expresión tan bella de un cuadro de la Virgen María que está en el Vaticano. Respondió que había observado antes el rostro de muchas madres. De Juan, en el cuadro que pinta de la Virgen María en Caná, se podría decir que es el resultado de largos años de observar a María, ya que le tocó vivir en la misma casa en compañía de la Virgen.

Cuando Juan escribió su evangelio, hacia el año 90, la Virgen María ya había sido elevada al cielo. Juan ya había tenido el suficiente tiempo para meditar acerca de la misión de la Virgen María en la Iglesia.

Ahora, tomando la debida perspectiva, la enfocaba como Auxiliadora e intercesora de la Iglesia ante su hijo Jesús.

Nada menos que en una Fiesta de Casamiento

Es muy significativo que Juan presente a la Virgen María en una alegre fiesta de casamiento. Una fiesta judía que duraba siete días, y durante la cual abundaban el vino, la música, la danza, los que se pasaban de copas. Allí estaba la Virgen María. Humana entre los humanos. Ella fue la que se dio cuenta, del bochorno por el que estaban por pasar los recién casados. Se dio cuenta porque, como ama hacendosa, se había preocupado de servir a todos, de que no faltara nada. Se dio cuenta porque, como mujer llena de amor, tenía muy abiertos los ojos y el corazón para las necesidades ajenas. Muchas otras personas, en la fiesta, sólo pensaban en comer, en divertirse, en "pasarla bien". María supo pensar en la pena de la familia anfitriona, en la alegría de todos que se podría terminar como el vino. No se quedó en consideraciones de tipo "pesimita", buscó encontrar rápidamente una solución. Pensó en Jesús. Acudió a él con toda su confianza para pedirle que ayudara a solucionar el problema de aquella familia.

Desde este momento ya se transparenta la Virgen María como la madre amorosa de la comunidad, como Auxiliadora de sus hijos en los momentos de apuros. Se presenta también como la poderosa intercesora ante Jesús, por los hijos que están en un mal momento.

San Juan, pone en evidencia este papel materno de la Virgen María en medio de la comunidad. San Juan había vivido en la misma casa de la Virgen María: la conocía muy bien. La había observado durante muchos años. Le era fácil retratarla de cuerpo entero.

Una oración poderosa

Nos desconcierta que cuando la Virgen María se acerca a Jesús para decirle: "Hijo, no tienen vino", Jesús, le responda en una forma enigmática, aparentemente, descortés. "Mujer, ¿qué te va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora". También a la mujer cananea, que solicitaba la curación de su hija, el Señor la hizo pasar por un silencio abrumador: el silencio de Dios. También al oficial que, angustiado solicitaba la curación de su hijo, el Señor le soltó una frasecita no muy agradable: "Ustedes si no ven milagros no creen". Esta actitud de Jesús sólo se puede explicar desde el plano de la fe. El compasivo Jesús quería algo mejor para la mujer cananea y para el oficial. Más que regalarles un milagro, quería acrisolarlos en el fuego de la fe, que sabe esperar y acepta el silencio de Dios como una purificación.

La Virgen María no entendía a qué se refería Jesús, cuando hablaba de "su hora". Los expertos de la Biblia ahora nos explican que la "hora" de Jesús estaba marcada por su muerte y resurrección. Según Fulton Sheen, en su "Vida de Cristo", Jesús hasta el momento no había obrado ningún milagro. Era un desconocido. Cuando la gente lo descubriera como un "hombre con poder", lanzaría contra él todos sus dardos de contradicción, porque la gente sólo tolera la "mediocridad". Si alguien sobresale, hay que llevarle la contraria. Hacer un milagro, equivalía a "adelantar" la hora de la pasión: darse a conocer; iniciar su camino hacia el Calvario. Como más tarde, en el Huerto, tambalearía un momento en aceptar su "cáliz"; así en Caná, Jesús, por un instante, rehusó aceptar su hora.

La Virgen María, como la mujer cananea, no se da por derrotada ante la enigmática respuesta de su Hijo. Sabe de sobra que ella no puede hacer milagros. Lo único que está en su poder es dejar en manos de su Hijo a los organizadores de la fiesta para que él les ayude en lo que pueda. Eso es lo que hace. Los deja en manos de Jesús, y Jesús, como en el Huerto, acepta iniciar el camino hacia "su hora" para que no falte la alegría en aquella familia.

Una estampa bíblica muy catequística. San Juan sabe muy bien lo que quiere expresar plásticamente. María no puede hacer milagros. Ella únicamente se limita a llevar a la gente a Jesús, que es el Señor de los milagros. María, como madre de la comunidad, está para presentar su súplica a Jesús, y dejar a las personas en buenas manos. Dice la Biblia que el único mediador entre Dios y los hombres es Jesús. El papel de María es llevarnos al mediador Jesús y dejarnos en sus manos.

Popularmente decimos: "La Virgen me hizo el milagro". Nuestra expresión indica que creemos firmemente en el poder de la oración de María ante Jesús. Ella es una intercesora poderosa ante su Hijo. Algo más: creemos firmemente que ahora que la Virgen María ya está glorificada, junto a Jesús, su oración es todavía más poderosa. Por eso acudimos con confianza y le decimos: "Ruega por nosotros los pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte".

Muy sugestiva también la manera de María de presentar su ruego a Jesús. No le traza ningún plan. No le sugiere que podría convertir el agua en vino. Sencillamente le expone su pena que es la pena de la comunidad: "No tienen vino". No le exige nada. Únicamente deja a las personas junto al Señor.

Muy distinta nuestra oración. En nuestras peticiones buscamos trazarle un plan a Dios, darle alguna lección de lo que debe hacer. Le ponemos plazo fijo. De María aprendemos a presentar con sencillez nuestros problemas a Dios. A confiar en su bondad y en su sabiduría.

"Hagan lo que El les diga..."

Un desenfoque del papel de la Virgen María, a veces, la ha mostrado como una "abuelita" que hace la vista gorda ante las travesuras de los nietos. La Virgen María es exigente. Sabe que su colaboración a la par de Jesús es buscar que se haga realidad del reino de Dios. A los organizadores de la fiesta no los intenta llevar por un camino "secreto" en la solución de su problema. Los conduce al que es "Camino": Jesús, y les da una indicación precisa: "Hagan lo que él les diga". Jesús hizo notar que no se salvarían los que solamente dijeran: "Señor, Señor", sino los que hicieran la voluntad del Padre que está en los cielos. (Mt 7,21) María, como la principal colaboradora de Jesús en la obra de la redención, sabe que su misión es enseñar a "hacer la voluntad del Padre". Ella misma aceptó su misión junto al Mesías, cuando dijo: "Hágase en mí según su Palabra". La Virgen María no ha venido para enseñar un camino "más fácil" que el que ha señalado Jesús. La Virgen María está, como madre, para "empujarnos", amorosamente, hacia Jesús para cumplir lo que él diga. "Hagan lo que él les diga" es el pequeño gran discurso que la Virgen María repite a todo aquel que se quiera llamar su hijo, su devoto.

No tienen vino...

Que falte el vino en una alegre fiesta judía de casamiento es una catástrofe. Un chasco para la familia. Una humillación. ¿Para qué invitan si no tienen vino? murmurarían los frustrados comensales.

La falta de vino sugiere tristeza, fracaso, tensión, insatisfacción. En nuestra vida, con frecuencia, falta de vino de la alegría, de la salud, de las buenas relaciones, del trabajo. Falta el vino de la vida abundante, del éxito, de lo necesario. San Juan, en su Evangelio, nos exhibió a María como la abogada de los necesitados; como la madre preocupada, que se une a nuestra oración para que su Hijo cambie el agua de nuestras penas y sinsabores en el sabroso vino de algo mejor. Por eso, en nuestras penalidades, acudimos a ella como la buena Auxiliadora que nunca falta en el momento crítico de nuestra vida. Esta es la dichosa experiencia de la tradición católica. Por eso el pueblo, a través de los siglos, con certeza le viene diciendo: "Jamás se ha oído decir que ninguno de cuantos han acudido a ti haya sido abandonado de ti". Tantísimos santuarios marianos en el mundo son monumentos fehacientes de la gratitud del pueblo hacia la que siempre se ha mostrado como oportuna Auxiliadora en el momento de la desgracia. Somos mucho! los que hemos experimentado lo valiosa que es su oración ante Jesús para que nuestra agua de fracaso, de sufrimiento, de enfermedad, se convierta en el oloroso vino de una bendición de Dios.

Los dos planes

En la escena de Caná, al principio, Juan la coloca en primer plano. Afirma que en la fiesta estaba María, la Madre de Jesús, y añade: "También estaban Jesús y sus discípulos" Al concluir el suceso de Caná, no es María la que está en el primer plano, sino Jesús. Muy indicativo. María está para llevar a Jesús. Para enseñarle a la gente a descubrir a su Hijo. Para que se encuentren con el Señor de los milagros. Como Juan Bautista, María señala también a Jesús y dice: "El es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo.

San Juan, al finalizar de narrar los acontecimientos de Caná, apunta: "Esto que hizo Jesús en Caná de Galilea tu la primera señal milagrosa con la cual mostró su gloria; sus discípulos creyeron en él". (Jn 2,11) María puso en contacto con Jesús a los preocupados organizadores de la fiesta. Los condujo hacia quien podía "echarles una mano" en su situación apurada. Todos vieron el milagro. Creyeron en Jesús.

La tradición católica ha acuñado la expresión "A Jesús por María", que significa que María continuamente está llevando a las personas, sus hijos, para que descubran a Jesús. Para que se encuentren con él y "aumente su fe". Los primeros apóstoles estaban presentes en ese momento cuando María acudió a su Hijo rogándole su ayuda en favor de la familia que estaba por sufrir un chasco. Se dieron cuenta del valor del ruego de María ante Jesús. Juan no pudo olvidar aquel acontecimiento en que descubrieron el poder de Jesús. Su fe aumentó ante el milagro. A la Virgen María siempre se la encuentra mostrando a su Hijo. Nunca le quita el primer plano. En Belén lo muestra a los primeros adoradores de Jesús, a los

pastores. Luego hace lo mismo con los Magos de Oriente. María está junto a Jesús para presentarlo, para llevar amorosamente a todos para que lo descubran más y más, y para que, al conocerlo mejor, aumente su fe. A la Virgen María la buscamos porque nos atrae su mirada de Madre amorosa; pero una vez que estamos junto a ella, terminamos diciendo: "Bendito sea el FRUTO de tu vientre". "A Jesús por María", dice el pueblo. Y tiene mucha razón.

El vino mejor

San Juan no pasa por alto el detalle de que el organizador de la fiesta hizo notar que el "vino nuevo" - el de Jesús será de calidad superior al que antes habían probado.

También San Juan pone de relieve el hecho de que fueron "seis tinajas" de agua, de unos cien litros cada una, las que Jesús convirtió en vino. Según los especialistas de la Biblia, era una cantidad "excesiva" para una fiesta. San Juan quiere acentuar que los dones de Dios son superiores en calidad y número a los dones simplemente humanos.

"Este vino mejor" nos hace pensar en la "vida abundante" que Jesús promete a sus seguidores. El Señor aseguró: "Sí alguno tiene sed, venga a mí y beba. Como dice la Escritura, del corazón del que cree en mí brotarán ríos de agua viva". (Jn 7,37-38)

María busca que sus hijos se acerquen a Jesús. Que lo conozcan, que crean en él. Así podrán recibir el Espíritu Santo y experimentar en sus vidas los Ríos de Agua viva de una vida abundante. Es la experiencia de tantísimos devotos de la Virgen María. Han constatado que conforme se acercaban a la buena Madre de Jesús, ella les ayudaba a estar más cerca del Señor y recibir el regalo de una vida abundante por medio del Espíritu Santo.

Muy indicativo que sea precisamente en un hogar -una iglesia doméstica en donde Jesús obra su primer milagro. La primera señal milagrosa de Jesús fue en favor de una familia, de unos recién casados. En ninguna familia católica falta una imagen, un cuadro de la Virgen María. Todos sabemos que son muchas las veces en que nos falta el vino, en que abunda el agua de la amargura. Queremos, por eso, que la Auxiliadora se haga presente en nuestro hogar en esos momentos difíciles de la vida. Ella tiene muy abiertos los ojos y el corazón para ver nuestras penas y para preocuparse por nosotros. Ella se adelanta para que no vayamos a sufrir un chasco. Para que abunde el vino de la bendición de Dios.

El Evangelio narra que con la sola entrada de la Virgen María en casa de Santa Isabel, su prima quedó llena del Espíritu Santo, y que también el niño que llevaba en su seno -Juan Bautista comenzó a dar saltos de gozo. Esa es la vida abundante de Jesús que la Virgen María desea para todos los hogares. Cuando se le abren las puertas de una casa a la Virgen, automáticamente, se le están abriendo a su Hijo Jesús.

Muy afortunados fueron los recién casados en invitar a María a su casa. Su presencia intercesora ante Jesús los libró de un serio problema. Afortunados seremos nosotros toda vez que en los momentos difíciles, por los que atraviesa todo hogar, podamos contar con la presencia dulce y poderosa de la Auxiliadora que siempre se hace presente para que no nos falte el vino de la bendición de Dios.

El cuadro de Caná de Galilea, descrito por Juan, nos lleva a abrir bien los ojos para apreciar el valioso tesoro que Jesús quiso dejarnos cuando nos regaló a su Madre. Si como Juan, la llevamos a nuestra casa, sabremos, en múltiples ocasiones, cómo el agua amarga de las tragedias, de las frustraciones se convierte en el vino de la vida abundante que Jesús regala cuando a nuestro lado está su Madre la Virgen María, la de los ojos y el corazón bien abiertos para ver nuestro dolor y acudir en nuestro auxilio.

Es muy notorio, en el Nuevo Testamento que, con frecuencia, cuando se nombra a la Virgen María inmediatamente se menciona también al Espíritu Santo. Es un dato muy significativo que pone de relieve la "intima unión" que existe entre EL ESPÍRITU SANTO Y LA VIRGEN MARÍA.

La Anunciación

La Virgen María le pregunta al ángel cómo es posible que Ella quede embarazada, si no está viviendo con ningún hombre; se le responde: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. (Lc 1,35) Esto nos hace recordar lo que sucedía en el Antiguo Testamento: cuando alguien era seleccionado para una misión importante, el Espíritu del Señor "caía" sobre el individuo y lo "equipaba" para cumplir la misión que Dios le había asignado. Así sucedió con Sansón, con Gedeón y con muchos otros personajes famosos.

A María se le indica que el Espíritu Santo "descenderá" sobre ella. Habitará en Ella. Es la "nueva forma" de presencia de Dios en el individuo en la época del Espíritu Santo, en el Nuevo Testamento. Jesús, en la última cena recalca a sus apóstoles que el Paráclito estará "en ellos". (Jn 14,17) Hará morada en ellos. Con la Virgen María se inicia esa nueva forma de presencia "permanente" del Espíritu Santo en el individuo.

El estudioso de la Virgen María, René Laurentín, llama a la Anunciación el "Protopentecostés". La Virgen María recibe un Pentecostés "adelantado".

En el Antiguo Testamento, el pueblo judío portaba en el Arca de la Alianza lo más santo que tenía. Allí estaban las Tablas de la Ley, un poco de Maná, y la vara de Aarón. María es la "nueva" Arca de la Alianza del Nuevo Testamento. Con la gran diferencia que Ella no es portadora de "algo simbólico", sino de la misma "divinidad", Ella lleva a Dios en su seno. Ninguna criatura ha estado más unida al Espíritu Santo como la Virgen María.

En la Biblia, para hablar del matrimonio, se emplea la expresión "ser una sola carne", "una sola persona"; María y el Espíritu Santo forman un "matrimonio místico", del que nace Jesús. Por eso a la Virgen María se le da el título de "Esposa del Espíritu Santo".

Josué, un día, se postró ante el Arca de la Alianza. (Jos 7,6) No la adoró; simplemente la "veneró" como portadora de lo más santo que el pueblo judío conservaba. Nosotros no "adoramos" a la Virgen María -sólo se puede adorar a Dios; la veneramos como la nueva arca de la alianza: Ella retuvo, como Sagrario viviente, a Jesús durante los meses de su gestación.

Una visita memorable

Muy reveladora es la escena de la visita de Virgen María a Isabel. El texto bíblico expresamente apunta que "apenas" Isabel escuchó la voz de María, quedó "llena del Espíritu Santo", y que el hijo, que llevaba en su seno Juan Bautista-, también quedó santificado. (Lc 1,41)

La Biblia con frecuencia pone de relieve la bendición que Dios envía a otras personas por medio de sus santos. Elías llega a la casa de la viuda de Sarepta, que está al borde de la desesperación por carecer de alimentos. Con la llegada del profeta Elías, todo cambia. Abundan harina y aceite. (1Rey 17,9)

Tanto Elías como los demás santos son grandes luminarias en el mundo, pero nunca pueden ser colocados a la par de la "Bendita entre todas las mujeres", María. Por medio de los grandes santos, el Señor ha enviado bendiciones muy singulares a sus hijos. La sombra de Pedro llevaba salud a los enfermos. Por medio de su Madre, un canal privilegiado, Dios continúa regalando incontables bendiciones a sus hijos.

Alguien ha llamado a la Virgen María "el Juan Bautista del Espíritu Santo". Juan Bautista preparó el camino a Jesús. María prepara el camino para que llegue la bendición del Espíritu Santo a la vida de una persona. Y es lo que se repite tantas veces en el Evangelio: Aparece la Virgen María, y, al momento, se está haciendo presente, en alguna forma, el Espíritu Santo.

María nos ayuda a disponernos a recibir al Espíritu Santo. Con la llegada del Espíritu Santo, nos acercamos a Jesús y comprendemos mejor la acción de Dios Padre en nuestra salvación. La Virgen María llegó a visitar a su prima Isabel; aquella anciana "experimentó" que llegaba a su vida una gran bendición, y por eso, "llena del Espíritu Santo", se unió a la oración de alabanza que entonó la Virgen María -El Magnificat- en que se enumeran las bondades de Dios en la historia.

Nuestro acercamiento a la Virgen María, nuestra devoción a la Madre de Jesús nos lleva a abrirnos más a la acción del Espíritu, porque la misión esencial de la Virgen María es acercarnos a Jesús que, por medio del Espíritu, nos lleva hacia el Padre.

En el Templo

La Biblia narra que cuando la Virgen María llevó a su Niño al Templo para "presentarlo", se hicieron presentes dos personas "llenas de Espíritu Santo": el anciano Simeón y la profetisa Ana. A los dos los impulsó el Espíritu Santo para que estuvieran presentes en ese instante solemne en que por primera vez, el Mesías esperado ingresaba en el Templo de Jerusalén. Es muy indicativo que estas dos personas "llenas de Espíritu Santo" sepan captar los "signos de los tiempos" y descubran al Mesías en aquel Niño que no presenta ninguna característica externa especial. Sugere también la escena de Simeón y de Ana que se acercan a María para que ella les "muestre" a su Hijo. Esto nos hace reflexionar en la "experiencia" de "acercamiento" a la Virgen María que han tenido grandes santos en la tradición católica. Para ellos

"acercarse" a la Virgen María ha sido encontrarse más fácilmente con Jesús. El papel de la Virgen María es "tener a su hijo en brazos" y "mostrarlo" a los demás. Como Simeón y Ana, son millares las personas que han sido llevadas junto a la Virgen María para que Ella repita la escena del Templo: les muestre a su Hijo.

A San Bernardo le encantaba llamar a la Virgen María "acueducto" de la Gracia. No la llama fuente de la Gracia sino "acueducto". Del acueducto no mana el agua. El acueducto simplemente es "empleado" para llevar el agua.

Virgen María solamente es "empleada" para acercar a las personas a Jesús.

El primero que descubrió lo que significaba la presencia de María en la propia vida, fue Juan, el primer devoto de la Virgen María. El tuvo la suerte de "llevársela a su casa". (Jn 19,27) Ahí aprendió lo que implica estar cerca de la "llena de Gracia". No por nada Juan es el teólogo más eminente entre los evangelistas. No por nada San Juan es el visionario del libro del Apocalipsis.

Tres Regalos

Desde la cruz, Jesús dejó tres grandes regalos a su Iglesia. Al abrirse su corazón, brotó su sangre, que destruye nuestro pecado. (1Jn 1,7) Al "entregar su espíritu", dice un comentarista, entregó su espíritu a Dios, y su Espíritu Santo a los hombres. San Juan Crisóstomo afirma que el agua, que San Juan vio brotar del costado de Cristo, tiene un simbolismo que no hay que descuidar: es la nueva vida en el Espíritu Santo. Allí estaba, en ese momento, María junto al evangelista que nos habla de ese instante sublime en que Jesús entregó su Espíritu Santo. Además, Jesús, en ese instante, comisionó a su Madre para que fuera la "mamá" de su Iglesia: "Madre, he ahí a tu hijo". Juan, junto a la Cruz, nos representó a todos, y "se llevó a la Virgen María a su casa". (Jn 19,27) La Iglesia recibió, en ese momento, a María como uno de los preciosos regalos que Jesús quiso ofrecer a su Iglesia antes de su muerte y resurrección.

El Señor dejó a la Virgen María en su Iglesia, como signo de bendición para todos. Isabel experimentó la presencia del Espíritu, cuando María fue a visitarla. María fue también bendición para Juan cuando vivió en su compañía. María sigue siendo "bendición" para todos los que, como Juan, la llevan a su casa.

María en Pentecostés

María tuvo su Pentecostés personal el día de la anunciación. René Laurentin lo llama el Protopenecostés de María es decir, un adelanto de Pentecostés. Lucas expresamente nombra a María entre los miembros de la Iglesia naciente que están reunidos en el cenáculo y "perseverar en la oración". (Hech 1,14) María había recibido la orden de Jesús de hacerse cargo del "Jesús visible", que se quedaba en la tierra, la Iglesia: "Mujer, he ahí a tu hijo. Hijo, he ahí a tu madre". Tanto María como Juan comprendieron perfectamente las palabras de Jesús. A María se le encomendaba el cuidado maternal de la Iglesia, el cuerpo místico de Jesús. Juan recibió, en nombre de toda la Iglesia, a la Madre que Jesús dejaba para todos los creyentes.

María en el Cenáculo, mientras persevera en la oración con sus hijos, ya está llena de Espíritu Santo. Ya recibió su Pentecostés personal. Ahora, con sus consejos maternos y, sobre todo, con su oración, ruega para que aquella Iglesia naciente, su nuevo hijo -el Cuerpo místico de Jesús se abra a la acción del Espíritu Santo. En el Cenáculo, el día de Pentecostés, María recibe una "nueva efusión de Espíritu Santo" y comparte con toda la Iglesia los carismas que Espíritu Santo concedió visiblemente a la Iglesia ese día. María es la primera carismática de la Iglesia. La llena de Espíritu Santo, y el modelo de cómo debe ser la Iglesia de Jesús que necesariamente tiene que ser carismática, es decir, llena de la presencia de Espíritu Santo. Es muy llamativo el hecho que cuando María tiene su Protopenecostés en su casa de Nazareth, inmediatamente siente la urgencia de ir a compartir con su prima Isabel su experiencia de Espíritu Santo. Cuando los apóstoles y los discípulos reciben el don de Pentecostés también se ven impelidos a salir de la casa de Pentecostés para ir a llevar a todo el mundo su experiencia pentecostal. María, como modelo de Iglesia, nos precede en señalarnos que el ser llenados del Espíritu Santo no es para quedarnos embelesados en éxtasis místicos, sino para llevar a otros el mensaje con el poder del Espíritu Santo. La Iglesia de Jesús es una iglesia carismática, llena de los dones del Espíritu Santo, que, en compañía de la Madre que Jesús le ha dejado, siente la urgencia de ir a compartir con los demás su experiencia de Jesús, que se manifiesta visiblemente por medio de sus dones espirituales.

Los carismas en la Virgen

El santo es alguien que cada día se va entregando, más y más, a Dios, por eso Dios lo va invadiendo con su Santo Espíritu, y lo va revistiendo de ricos carismas para que pueda ser su valioso instrumento en la comunidad. Entre más importante sea el encargo que Dios ha confiado a alguien, más carismas le concede para que pueda desempeñar su misión a cabalidad.

Por medio de los dones, el Espíritu Santo nos va trabajando espiritualmente para que nos " asemejemos", en santidad, a Jesús.

Pablo, por eso, no duda en decirnos: "Aspiren a los carismas superiores". (1Cor 12,31) Según Pablo existen unos carismas "superiores". El mismo Pablo enuncia algunos: "Apóstoles, profetas, maestros, milagros, curaciones, servicio, liderazgo, lenguas". (1Cor 12,28) Es muy digno de tenerse en cuenta este pensamiento de Pablo; él no tiene temor de invitarnos a "aspirar a los carismas superiores". Sabe que mientras más dotada esté una persona de los dones del Espíritu, más útil podrá ser a la comunidad, y se encontrará bien equipada para su crecimiento espiritual.

La Virgen María es la servidora principal de la comunidad. El Señor la equipó de rica gama de dones espirituales para que pudiera realizar la importantísima misión que le había confiado como su principal colaboradora en la obra de salvación. A María, Dios mismo, por medio de un ángel, la llama "llena de Gracia". Por eso no es aventurado afirmar que Ella estaba adornada con extraordinarios carismas del Espíritu Santo.

EL DON DE PROFECIA es evidente en María. El profeta es el que habla en nombre de Dios. El profeta es el portador de la Palabra. María es la profetisa por excelencia. Ella llevó dentro de sí la Palabra Encarnada. Ella se convierte en una Biblia viviente.

Cuando Jesús ya no estaba físicamente presente en medio de la comunidad, muchos acudirían a la casa de la Virgen María -la casa de Juan-, para recabar datos acerca de Jesús. ¿Cómo era de niño, de adolescente? ¿Cómo habían vivido en Belén, en Nazareth, en Jerusalén? María, de esta manera, se convierte en la gran "evangelizadora" de la comunidad primitiva. Ella, como Juan, cuenta lo que "ha visto y oído". Los comentaristas nos dicen que la fuente de donde Lucas tomó los datos acerca de la infancia de Jesús los obtuvo en la casa de la Virgen María. Sólo Ella podía informar acerca de la "intimidades" de Belén, de Nazareth, de Egipto, de Jerusalén.

El gran mensaje de María, como profetisa, lo pronuncia en Caná: "Hagan lo que El les diga". (Jn 2,5) Ese es el repetido mensaje de María a la Iglesia. Es el mismo de las "apariciones" de la Virgen María, que han sido aprobadas por la Iglesia. Todo lo que la Virgen María tiene que decirles a sus hijos es que cumplan el Evangelio: "Hagan lo que El les diga".

En las "seudo apariciones", cuando "hacen hablar" a la Virgen "más de la cuenta", la Iglesia rápidamente intuye que no es la Virgen del Evangelio, y rechaza como falsas esas apariciones.

La Virgen María nos lleva a estar "pendientes" de toda palabra que viene del Espíritu, a meditarla en nuestro corazón y a llevarla a nuestros hermanos como pueblo de profetas que somos.

EL DON DE MILAGROS quedó palpablemente demostrado en las bodas de Caná. Había un "caso imposible" para los hombres. Ella supo llevar ese "imposible" a su Hijo; lo metió en problemas, pero trajo paz y gozo para la comunidad. Este es el papel de María. Ella no puede "hacer milagros". Los milagros sólo los realiza Jesús, que es Dios. El papel de María consiste en acompañarnos con su poderosa intercesión ante su Hijo, que es el "único camino hacia el Padre".

La multitud de santuarios, con sus paredes tachonadas de exvotos, están gritando a los cuatro vientos que María no ha perdido su "carisma" de milagros. Ella continúa metiéndose en nuestros problemas y acompañándonos con su inigualable oración ante Jesús, que no está acostumbrado a decirle que no a su mamá, porque su oración nunca es imprudente.

EL DON DE CURACION, sin lugar a dudas, fue esplendoroso en la Virgen María. El Libro de los Hechos hace mención que con sólo la sombra de Pedro tocara a los enfermos, quedaban curados. (Hech 5,15) Los pañuelos y delantales de Pablo, al aplicarlos a los enfermos, les llevaban sanación. (Hech 19,12) No es "fantasear", si decimos que la "llena de Gracia" superaba a Pedro y a Pablo en este don. La casa de la Virgen María continuamente estaría atestada de enfermos que acudían a Ella, como antes acudían a su Hijo. Cuando Jesús ya no iba a estar presente físicamente en este mundo, entregó el ministerio de "curación" a sus apóstoles y discípulos "A los que crean les seguirán estas señales: impondrán las manos

sobre los enfermos y éstos quedarán curados". (Mc 16,18) María tenía mayor fe que todos los demás. Por medio de sus manos maternas, Jesús seguía curando a tantas personas dolientes.

Los "molestos" enfermos no dejarían en paz a María. Ella, la "Auxiliadora" de la comunidad, no les podía fallar a sus hijos. El Evangelio dibuja a Jesús como "aplastado, por los enfermos que se lanzan sobre El. María se sentiría, muchas veces, agobiada por el reclamo de tantas personas enfermas. No podía fallar a sus hijos predilectos.

¿EL DON DE LENGUAS en María? Es nada menos que el mariólogo René Laurentin quien afirma que María tenía el don de lenguas. Se basa en el pasaje del segundo capítulo del libro de los Hechos. (Hech 2,4) Se afirma que para Pentecostés, "todos" los que estaban en el Cenáculo comenzaron a hablar en lenguas. Ese "todos", sostiene Laurentin, incluye también a la Virgen María.

EL DON DE ALABANZA es uno de los dones muy olvidados en la oración. Con mucho pragmatismo, con frecuencia, se acude a la oración para "pedir", para obtener algo de Dios. Cuando la oración está tocada por el Espíritu Santo, entonces, la persona le da importancia primordial a la oración de ALABANZA. Cuando María, en la anunciación, recibe la efusión del Espíritu Santo, siente la necesidad de ir a compartir su gozo con su prima Isabel, al mismo tiempo, que se llena de caridad y quiere ayudar a su pariente anciana que se encuentra en un período muy delicado. Expresamente la Biblia afirma que las dos mujeres llenas del Espíritu Santo, prorumpieron en alabanzas. María estalla en el Magnificat que es un himno de alabanza. María no pide nada. Simplemente glorifica al Señor por todo lo que ha realizado en la historia de su pueblo y en su historia personal.

Cuando una persona está llena del Espíritu Santo, le da mucha importancia a la oración de alabanza. Jesús lo anticipo cuando dijo, refiriéndose al Espíritu Santo: "Cuando él venga, les hablará de mí". El Espíritu Santo nos lleva a alabar al Padre por medio de Jesús.

Habría también que acentuar que el don de profecía, en María, se convierte, en determinadas ocasiones en un DON DE ENSEÑANZA. María no pertenece a la jerarquía de la Iglesia. Nunca la imaginamos predicando a grandes asambleas. No era su ministerio, ya que en su época la mujer todavía no se desenvolvía dentro del ministerio de predicación. Pero, María, al ser interpelada por las comunidades primitivas acerca de Jesús, y al contar lo que "había visto y oído" de Jesús, se convierte, automáticamente, en una maestra. Una catequista exquisita que, llena del Espíritu Santo, no solamente cuenta "lo que ha visto y oído", sino que lo interpreta a la luz de la resurrección de su Hijo. No hay que descuidar, por otra parte, que María, en el Magnificat, es una expositora en forma poética de la HISTORIA DE LA SALVACION. En el Magnificat se abre el corazón de María, como una alcancía que se rompe. Del corazón de María sale todo el cúmulo de vivencias bíblicas que ha ido guardando en su corazón. En el Magnificat, María se muestra como la gran maestra que sabe exponer su vivencia religiosa en forma didáctica y poética a la vez.

Sería prolijo pretender enumerar los múltiples carismas que habrán adornado a la criatura "más carismática" que ha pasado por el mundo. Los grandes santos, brillan con dones espirituales extraordinarios; Dios los "equipó" para ser sus instrumentos de bendición en el mundo. No hay motivo para dudar que la principal colaboradora de Jesús en la obra de salvación, la Virgen María, superó inmensamente a todos los santos en lo que respecta a los carismas.

Jesús afirmó que "a quien tiene, se le dará y a quien no tiene, hasta eso se le quitará". (Mt 13,12) Mientras una persona ponga al servicio de los demás los dones que el Señor le ha obsequiado, más y más, se verá enriquecida con "carismas" que Dios le irá proporcionado para que continúe sirviendo a la Iglesia.

La que mejor se dejó conducir por el Espíritu

Ante el anuncio de una concepción virginal por obra del Espíritu Santo, María suplicó alguna explicación. La respuesta que el ángel le dio no fue "comprendida" por la Virgen María. Ella se "fió" de Dios totalmente y dijo: "Aquí está la esclava del Señor: Hágase según su palabra". (Lc 1,38)

Los esclavos, en tiempo de la Virgen María, estaban las, 24 horas del día al servicio absoluto de su amo, que tenía derecho de vida o muerte sobre ellos.

Cuando la Virgen María se declaró "esclava" del Señor, quiso expresar que se ponía a la entera disposición de Dios. Esa fue la actitud durante toda su vida.

Muchas veces la Virgen María no comprendía las actitudes de Jesús niño, del misterioso adolescente Jesús, del perseguido Maestro Jesús. Su respuesta ante todas esas "noches oscuras", era decir: "HÁGASE;

aquí está la esclava del Señor". Ella había aceptado el papel de principal colaboradora en la misión de Jesús, y por eso, aunque no entendiera muchas cosas, continuaba en todo a la entera disposición del Señor. De aquí que podemos afirmar, sin dudas, que María fue la criatura que mejor se dejó "controlar" por el Espíritu Santo. No estorbó en nada el plan de Dios para su vida.

Nosotros, como lo explica muy bien San Pablo, podemos "entristecer al Espíritu Santo"; (Ef 4,30) podemos "apagar el fuego del Espíritu Santo", (1Ts 5,19) es decir, bloquear la obra de Dios en nosotros, echar a perder el plan que Dios tiene para nuestra salvación. Pecar, es decirle no al Espíritu Santo, que Dios nos envía. María fue la mujer del "sí" a Dios en todo momento. La que no estorbó para nada la acción que Dios quería realizar en ella por medio del Espíritu Santo.

La gran alabanza de la Virgen María la hizo el mismo Jesús; una mujercita del pueblo le dijo: "Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te alimentaron". (Lc 11,27) Jesús redondeó la alabanza en honor de su madre; añadió: "Bienaventurados mas bien los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica". (Lc 11,28) Según las palabras de Jesús, el mérito de María no estriba simplemente en su maternidad, sino en haber sido la Mujer que "mejor supo escuchar la Palabra de Dios y ponerla en práctica".

El Evangelio describe a la Virgen María "guardando en su corazón todas las palabras de Jesús, y meditándolas". (Lc 2,19) Ella es la que mejor supo guardar la Palabra. La que llevó dentro de sí a la Palabra misma, La que más tiempo la escuchó. Los apóstoles estuvieron tres años junto a Jesús escuchando su Evangelio. María escuchó a Jesús desde sus primeros balbuceos hasta sus últimas palabras en la Cruz.

Jesús, ante Nicodemo, comparó al Espíritu Santo con el viento. María es la criatura que se dejó llevar totalmente por el viento del Espíritu Santo. La que mejor supo "meditar" en su corazón la Palabra de Dios y decirle siempre: "Hágase".

Vida abundante

Jesús definió la VIDA ABUNDANTE, que él vino a ofrecer, como "ríos de agua viva" que brotarían en el interior de los que creyeran. (Jn 7,37) San Juan explica que cuando Jesús habló de esos ríos de agua viva, se refería al Espíritu Santo que recibirían los que creyeran. María fue la más excelsa creyente. Isabel le dijo: "Bienaventurada tú que has creído que se realizarán las cosas que se te han dicho. (Lc 1,45) Según Jesús, los ríos de agua viva manan de la fuente de la fe. Nadie mejor que María creyó en Jesús. Nadie mejor que Ella estuvo en todo tiempo "guardando sus palabras en su corazón y meditándolas. (Lc 2,19) Aunque no entendía en muchos aspectos, continuaba "creyendo" en El. María es el modelo de los que creen, y, por eso mismo, es también la más llena del Espíritu, la de la vida "más abundante".

Todos los que se acercaban a Ella podían apreciar, en su justa dimensión, el fruto del Espíritu que se traslucía en todo su actuar. Gálatas 5,22 nos enuncia cuál es el Fruto del Espíritu: "Amor, gozo, paz, paciencia, bondad, benignidad mansedumbre, fe y templanza". Los que se aproximaban a la Virgen María, sin lugar a dudas, encontraban en Ella e mejor retrato de Jesús. La verdadera santidad consiste en que la imagen de Jesús aparezca mejor delineada en una persona. María no sólo desde el punto de vista físico se parecía a su Hijo, sino, sobre todo, desde el punto de vista espiritual. La Iglesia nos propone a la Virgen María como; "cristiana por excelencia" la mejor imitadora de Jesús, que nos enseña que el Evangelio de Jesús no es sólo teoría, sino que puede y debe ser "vivido". En la vida de la Virgen María se puede apreciar palmariamente lo que significa que una criatura se deje "llenar por el Espíritu Santo" y se deje "conducir" por él para que se realice en su totalidad el plan de Dios.

Moisés cuando quería un contacto mayor con Dios, iba a la "Carpa de los encuentros". La nube de Dios se posaba sobre esa carpa, y Moisés salía fortalecido de aquel lugar de encuentro con Dios. María es como esa "nueva carpa de los encuentros"; cuando nos acercamos a ella, percibimos, como Isabel, la presencia del Espíritu Santo. María sostiene en sus brazos a Jesús y lo "entrega" para que El nos regale su Espíritu Santo que nos hace exclamar: "Abbá, Padre". Cuando nos acercamos a Ella, sabemos que allí no faltará el vino. Sabemos que Ella nos continuará señalando el Evangelio de Jesús, y nos seguirá enseñando. "Hagan lo que El les diga".

Muy iluminadora es la escena del libro de los Hechos en donde se exhibe a María en medio de los apóstoles y discípulos, en oración, esperando la promesa del Padre. María ya había tenido su "adelanto de Pentecostés" el día de la "anunciación", cuando quedó invadida por el Espíritu Santo.

Ahora, en el Cenáculo, acompañaba a la Iglesia fundada por Jesús, para que recibiera la efusión del Espíritu Santo. Ese continúa siendo el papel de la Virgen María en la Iglesia: Ella, la llena del Espíritu Santo, nos acompaña en nuestra oración y ayuda a preparar el camino, para que recibamos "nuevas efusiones del Espíritu Santo", que Jesús nos envía en las varias circunstancias de nuestra vida, para que podamos exclamar con toda confianza: "Abbá, Padre".

La mujer de los de los siete puñales

No es raro que se acerque alguna persona atribulada y nos diga: "¿Qué hice yo para merecer esta tragedia?" Yo siempre respondo: "¿Qué hizo la Virgen María para ser la mujer de los siete puñales en su corazón?" ¿Qué hice yo? ¿Qué pregunta tan ingenua! En el momento de nuestro sufrimiento como que se borra de nuestra mente el sinnúmero de infidelidades hacia Dios. ¿Qué hice yo? ¿Ya no nos acordamos de nuestra triste historia de pecado!

La Virgen María, la llena de Gracia, nada malo había hecho para "merecer" tantos sufrimientos. Ella desde el momento que aceptó ser la madre del Varón de Dolores, aceptó también ser la persona más tocada por sus tribulaciones.

El pueblo ha querido demostrar que ha captado el intenso dolor de la Virgen María, cuando la exhibe con siete puñales en el corazón. Siete, número bíblico que denota plenitud. Siete momentos de terrible sufrimiento, que fueron siete fríos puñales en el corazón de la Virgen María.

Tomás de Kempis escribió: "Toda la vida de Cristo fue cruz y martirio: Cruz y martirio fue toda la vida de la Virgen María: ella había sido designada para estar más íntimamente unida al Varón de Dolores del que había hablado el profeta Isaías.

Entre los judíos del tiempo de María, se creía que Dios premiaba a los buenos concediéndoles muchos bienes de tipo material. Los grandes patriarcas del Antiguo Testamento son dueños de mucho ganado, de fincas. Cuando la Virgen María tuvo que vivir a la par de Jesús y cuando lo vio morir como criminal en una cruz, entonces comprendió que debía cambiar su manera de pensar. Entonces intuyó la Virgen María el sentido del "sufrimiento vicario": el sufrimiento del justo que ofrece su dolor para que otros se puedan salvar. Al pie de la cruz, más que nunca, María comprendió su papel junto al "sufrimiento vicario" de Jesús. Si ella hubiera escrito, como Pablo, hubiera dicho: "Completo en mi cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo por su Iglesia". (Col 1,24)

Comenzó a aprender

La Virgen, en la Anunciación, intuyó que había algo misterioso y difícil con respecto a la encarnación del Hijo de Dios. Por eso se le pedía su consentimiento. Ella no comprendía todo el asunto - ¿qué lo iba a comprender!-, pero SE fiaba de Dios, y por eso le dio su sí total.

Cuando el anciano Simeón le notificó que su Hijo había sido puesto como "signo de contradicción" y que "una espada de dolor" la perseguiría durante su vida, la Virgen María terminó de comprender lo difícil de su papel junto al Varón de Dolores.

Esa espada de dolor ya la había comenzado a experimentar. Como madre, sufrió intensamente al ver cómo se cerraban todas las puertas de las posadas de Belén, cuando ellos solicitaban hospedaje. La veían embarazada y pobre, y nadie quería meterse en problemas. Apenas nacido su Hijo ya un rey malévolo quería eliminar al inocente bebé. ¿Que dolor tan grande el de María al saber que niños inocentes habían muerto por causa de su Hijo!

Antes de que ese Niño naciera, ya le había traído problemas a ella misma. Problemas con su familia - ¿embarazo virginal?-, problemas con su novio José, problemas con las malas lenguas del pueblo.

Nada fue todo eso comparado con el sufrimiento, durante tres días, cuando perdió a Jesús: se le quedó en el Templo, sin saberlo ella. Algunos escritores místicos han hablado de la "experiencia de pecado" de la Virgen María durante esos días. Dicen estos escritores que pecar es perder a Jesús. María experimentó lo que siente un pecador que ha perdido a Jesús. Fue la "noche oscura de María". Si hubiera escrito "sus memorias", este momento crítico hubiera sido colocado en lugar prominente.

Ante todas estas situaciones conflictivas, a María, según apunta el Evangelio, no le quedaba más que "conservar todas estas cosas y meditarlas en su corazón". Su corazón se convertía en alcancía de enigmas que procuraba resolver a la luz de Dios, su fe de humana como nosotros.

Cada día más dolores

Era costumbre de las madres judías tejer una túnica de una sola pieza -túnica inconsútil para el hijo que tenía que alejarse de la casa. Nada aventurado pensar que la túnica que se rifaron los soldados al pie de la cruz, -una túnica inconsútil- la había fabricado la Virgen María para su Hijo el día que se despidió de ella para iniciar su misión de predicador ambulante.

La primera prédica que hizo Jesús en la sinagoga de su mismo pueblo fue un desastre. Lo tomaron entre todos y quisieron precipitarlo en un barranco. La primera en saber la noticia seguramente fue su madre. Alguna vecina, alguna amiga correría a contárselo. ¡SU Hijo iba a ser despeñado en un barranco!

Hay un cuadro muy sugestivo: se ve al Niño Jesús en el umbral de una puerta frente al sol. La sombra que proyecta el niño es una cruz. En un ángulo de la estancia, María observa esta amenazadora advertencia. Durante toda su vida la Virgen María habrá tenido el alma en un hilo, pensando en que ya llegaba el momento fatal para Jesús.

En el pueblo se comenzó a rumorar que Jesús estaba loco; los que más lo afirmaban eran sus parientes cercanos, la Biblia los llama sus "hermanos". Luego vino la terrible oposición de los dirigentes religiosos del pueblo, la contradicción y la calumnia. Todo esto era sólo el preludio de lo que pronto estaba por desatarse.

De pie

Durante la semana de pascua, María estaba en Jerusalén para cumplir con los ritos judíos, propios de la época. Fue la semana de la amargura de María. Las Madres que han tenido que ir a las comisarías de policía, a los juzgados, a la cárcel, en busca del hijo que ha sido detenido, saben lo que sufrió la Virgen María esa noche en que fue detenido Jesús. Vergüenzas, desprecios, insultos. Su corazón era una caja de resonancia de los sufrimientos de Jesús.

El viacrucis recuerda a unas mujeres que durante el trayecto hacia el Calvario salieron al paso a Jesús. No dijeron nada. Únicamente le exhibieron sus abundantes lágrimas: estaban con él. Nada raro que ahí estuviera la madre: lo más lógico. También ella procuraba estar lo más cerca del desfigurado Hijo en la fatídica procesión, hacia el Calvario.

Algún poeta muy inspirado escribió el himno litúrgico STABAT MATER DOLOROSA. Pinta a María junto a la cruz: "dolorosa" y "lacrimosa". La ley romana permitía la cercanía de los parientes de los ajusticiados; únicamente se les prohibía proporcionarles auxilio. Ahí estaba María. No podía faltar en ese momento culminante.

María era el principal acólito en la misa más solemne del mundo en la que oficiaba el Sumo y eterno Sacerdote. María no aparece en los momentos de triunfo de Jesús, en la entrada entre aclamaciones en Jerusalén, en la multiplicación de panes; pero no puede faltar en el momento más crucial de la vida de Jesús. El Evangelista Juan, que se hallaba a su lado, sencillamente dice: "La madre estaba junto a la cruz". ¡Todo lo que encierra esta frase! una madre dolorosa, hablando en silencio, junto a la cruz de su Hijo ajusticiado.

Antes que la lanza del soldado horudara el costado de Jesús, María ya la había sentido en su propio corazón. Nadie como Miguel Ángel ha podido plasmar en el mármol el dolor de esa Madre con el cadáver de su hijo, ensangrentado, entre sus brazos: La Piedad. La madre que inspira piedad; la madre que ya no tiene lágrimas para llorar porque se le han agotado por el sufrimiento.

Jesús, en la Última Cena, había advertido: "Todos ustedes se escandalizarán de mí esta noche". (Mt 26,31) Cuando Jesús fue sepultado, llegó el escándalo a la Iglesia. Pedro lo había negado: Judas lo traicionó; Tomás no quería saber nada de nada; los discípulos de Emaús optaron por regresar a su pueblo. La Iglesia estaba escandalizada.

Escandalizarse equivale a perder la fe en Jesús, en sus profecías, en su misión. María, veía cómo las ovejas se dispersaban. Solo María continuaba confiando en su Hijo a la luz de las lágrimas de su fe.

La espada continuaba...

Junto a la cruz, la Virgen María recibió un encargo muy delicado: tenía que ser la Madre de la naciente Iglesia. "Mujer, he ahí a tu hijo". Como había sufrido a la par de su Hijo, ahora le tocaba sufrir junto al cuerpo de su Hijo, la Iglesia.

Después de Pentecostés, Pedro y Juan fueron a predicar al Templo. Curaron a un tullido en nombre de Jesús. Los dirigentes religiosos del pueblo judío se indignaron y los metieron en la cárcel.

Otro día estaban predicando en el Pórtico de Salomón, también los arrestaron y los volvieron a meter en la cárcel. Pronto vino la lapidación de Esteban; los laicos tuvieron que huir a Judea y a Samaria. Los apóstoles se quedaron clandestinamente en Jerusalén. Vino luego Herodes Agripa y mandó decapitar al apóstol Santiago.

La Virgen María veía cómo se repetía la historia de su Hijo en la Iglesia. Jesús lo había advertido: "Así como me persiguieron a mí, así los perseguirán también a ustedes". Y María, como MADRE, procuraba llevar consuelo, fortaleza, consejo y oración. A la Virgen María le tocó vivir los días del fuego de la persecución en los inicios de la Iglesia. Según se cree, María y Juan tuvieron que huir a Efeso, y María sigue acompañando al Cuerpo de Jesús, la Iglesia. En la aparición en Siracusa, (Italia), la Virgen María no habla; solamente llora a través de su imagen. Esas lágrimas fueron examinadas científicamente: contenían todos los elementos de una lágrima humana. Hay que decir llanamente que María, en el cielo, ya no puede sufrir. Ella se presenta llorando para llamar la atención de sus hijos y hacerles ver sus errores. Cuando María sufría a la par de la Iglesia perseguida, comprendía, cada vez más que su misión era completar en su cuerpo lo que faltaba a la pasión de Jesús por su Iglesia". (Col 1,24) María sabía que su sacrificio "Vicario" era la cuota que con amor entregaba a su hijo Jesús para que la presentara al Padre por la salvación de los hijos que le había encomendado.

¿Qué hice yo?

¡Qué sin sentido resulta en las tribulaciones preguntarse ¿qué hice yo?, cuando se ve a la que "no hizo nada malo", a la llena de Gracia, a la bendita entre todas las mujeres, con siete puñales en su pecho! Cuando María le dijo sí a Dios, aceptó beber del mismo cáliz de su Hijo. Aceptó ser la persona que estuviera más cerca de su hijo en la cruz de sus sufrimientos.

Sería bueno eliminar la falsa idea de ver a María con un eterno rostro de desilusión y melancolía, de tristeza profunda. No sería entonces "Bienaventurada". Dijo Jesús: "Bienaventurados los que lloran porque ellos serán consolados". Santa Teresa fue una mujer que siempre andaba metida en enredos por la causa de Dios. Los alfilerazos en la incomprensión y de la persecución se clavaron en su alma. Sin embargo la santa, en su libro "Las moradas", habla de la "grandísima paz, suavidad y quietud que nace en lo muy interior del alma" y que luego se expande por todo su ser. Afirma que siente que su interior es como un brasero en el que han echado incienso muy oloroso... (Moradas IV,2)

La Virgen María es la que más espadas ha llevado en su corazón, pero al mismo tiempo es la más "consolada". La que goza de esa paz profunda que difunde a su alrededor. El optimismo, esperanza cristiana, es la lección que todos reciben del modelo de la Iglesia, la Virgen María.

María en sus sufrimientos, de ninguna manera, creía que Dios la estaba "castigando". Todo lo contrario. Estaba segura de la predilección de Dios que la había llamado para "participar" en la cruz de Jesús.

Al ver a la Virgen María, llena de Gracia, y al mismo tiempo con tantas espadas en su corazón, nos animamos a tomar la cruz que Dios nos presenta como medio de purificación y de cooperación en la salvación del mundo. Nos animamos al saber que también nosotros podemos gozar, aquí y ahora, de la paz que gozaba la Virgen María que, en medio de sus penas, seguía entonando sus Magnificats. Al ver a la sufriente Virgen María, nos animamos a continuar junto a la cruz del Señor, con plena seguridad que somos amados de Dios, que nos ha dado participación en su cruz y que "completamos en nuestro cuerpo lo que falta a la pasión de Jesús por su Iglesia". (Col 1,24)

La Iglesia tiene una mamá

En ambientes no católicos causa escándalo que nosotros llamemos a María "Madre de Dios". Lo interpretan mal. Como que afirmáramos que María engendra a la divinidad o que Jesús pasara a ocupar un segundo plano con respecto a su Madre. Nada de eso. Algo muy simple: San Juan, en su Evangelio, escribe: "La Palabra estaba con Dios y era Dios"... "Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros". (Jn 1,1-14) Un ángel también indicó el nombre del Mesías: "Será llamado Emmanuel, Dios con nosotros". (Mt 1,23)

Jesús es la Palabra que viene a vivir entre nosotros. Jesús es Dios y hombre a la vez. No deja de ser Dios al vivir entre nosotros. María es la Madre de Jesús que es Dios y hombre. Eso entendemos cuando llamamos a María "Madre de Dios".

Santa Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, lo comprendió muy bien cuando llamó a María "La Madre de mi Señor", es decir, "La Madre de mi Dios", según el estilo de la Biblia.

El pueblo sencillo, antes del siglo V, ya tenía una oración muy bella a María, la más antigua que se conoce en honor de la Virgen: "Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios. No desprecies nuestras súplicas en nuestras necesidades: antes bien líbranos de todos los peligros, Oh Virgen siempre gloriosa y bendita". El pueblo, sin complicaciones de tipo teológico, llamaba a María "Madre de Dios".

Fue también en el siglo V, cuando Nestorio, que era Patriarca de Constantinopla, suscitó una crisis de tipo teológico dentro de la Iglesia. Nestorio se oponía rotundamente a que se llamara "Madre de Dios" a la Virgen María. La Iglesia se reunió en concilio en Efeso. Allí se estudió este caso. Se terminó por declarar el dogma en que se afirmaba que María es MADRE DE DIOS.

Desde aquellos lejanos días de Efeso, la Iglesia con sencillez, sin complejos teológicos, sigue rezando: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén".

La mayor intimidad con la divinidad

De Moisés afirma la Biblia que tenía tanta intimidad con Dios que hablaba "cara a cara" con él. (Ex 33,11) Sin embargo, la misma Biblia narra que Moisés le pidió a Dios "ver su rostro". Se le contestó que no podía porque era humano. Dios accedió a darle, nada más, una señal de su presencia. La Biblia, simbólicamente, afirma que Moisés vio a Dios "de espaldas". (Ex 33,23)

María no "vio de espaldas" a Dios. María fue "una sola carne" con Jesús el Verbo que era Dios. Cuando el Verbo se hizo carne y puso su tienda de campaña entre nosotros, fue María esa "purísima" tienda, altar en donde se posó la divinidad. Por eso Dios "adelantó" la redención de María para que no fuera tocada en ningún instante por el pecado de origen. La hizo Inmaculada.

La Encarnación del Verbo es la humillación de Dios. Dios que se despoja de su rango de Dios y se cubre con los harapos del hombre. Bien lo describió San Pablo cuando escribió: "Se despojó de su categoría de Dios y se hizo como uno de tantos". (Fil 2,7)

En su humillación, Dios se sometió a tener una madre que le lavara los pañales, que le enseñara a hablar, a rezar, a leer las Escrituras, que lo regañara:

- "Hijo, ¿por qué nos hiciste esto? H-, que lo acompañara durante su vida toda.

A la Virgen María la encontramos, en el Nuevo Testamento, en los momentos cumbres de la vida de Jesús. Está en la Encarnación. Aparece cuando Jesús, a los 12 años, llega a su mayoría de edad religiosa y recibe la Torá. María interviene en Cana cuando Jesús realiza su primer milagro. María no se despega de la cruz. María está en el Cenáculo cuidando de la Iglesia que nace.

Dos madres expresaron originalmente su admiración por el papel que Dios le asignó a María en la historia de la salvación. Una madre del pueblo le gritó a Jesús: "Bienaventurado el seno que te llevó y los pechos que te alimentaron". Santa Isabel, al recibir a María en su casa, le dijo: "¿De dónde a mí que venga a visitarme la Madre de mi Señor?". Ambas madres externaron su admiración por María como Madre del Señor", es decir de Dios.

María no intentó exponer falsas excusas. Aceptó con humildad, y dijo: "Me llamarán bienaventurada todas las generaciones". Entre esas "generaciones", que reconocen lo que significa ser Madre del Verbo, que era Dios y hombre, estamos nosotros que, sin complejos, la seguimos llamando Santa Madre de Dios.

Madre de la Iglesia

Fue San Pablo el que describió a la Iglesia como el "Cuerpo de Jesús". Jesús es la cabeza; nosotros somos los miembros. Los teólogos a la Iglesia la llaman el "Cuerpo místico de Cristo". María es la madre de la cabeza; es también la madre de todo el cuerpo. Es la Madre del Jesús místico, que es la Iglesia.

En el Nuevo Testamento a la Virgen María se la encuentra constantemente en actitud de Madre de la Iglesia. En Belén, María sirve a Jesús. Lo muestra a los pastores y a los Magos de Oriente. A todos les ayuda a descubrir al Mesías, María, en la Iglesia, está para mostrar a Jesús; para acercarnos a él.

En Caná, María se muestra como la madre que no soporta ver a sus hijos en aflicción. Inmediatamente acude con confianza a su Hijo: "No tienen vino". María continúa, en la Iglesia, con su

papel de "Auxiliadora". Siempre ruega para que no falte el vino de la Gracia, del amor, de la confianza, del pan de cada día.

En el Cenáculo, el día de Pentecostés, María es la madre que ocupa un lugar destacado: ayuda a la Iglesia naciente a abrirse al Espíritu Santo. Es la madre que está rodeada de sus hijos.

Todos, de alguna manera, intentamos exteriorizar lo que tenemos dentro del corazón. Los hombres cavernarios, en las rocas, comenzaron a representar, toscamente, las figuras de animales. En las catacumbas de Roma, lugares subterráneos, en donde los primeros cristianos se escondían para celebrar su liturgia, aparecen, en las paredes, los dibujos de una Señora con el Niño en brazos. Los primeros cristianos dejaron testimonio de su descubrimiento de María, Madre de Jesús y de la Iglesia.

Las apariciones de María a través de los siglos, han sido intervenciones de la Madre, mensajera de Dios, para rogar a los hijos que cambien de vida. Que se conviertan. Ella propone como medio para el cambio de vida, la oración constante. Quiere que la inviten para orar: por eso propone el rezo del Rosario. En las apariciones de la Virgen María siempre se deja ver el signo de Dios, firma que da realce a su mensajera. En Lourdes, repentinamente, brota una fuente en un lugar árido. En Fátima, el sol comienza a danzar vertiginosamente ante unas sesenta mil personas. En Siracusa (Italia), la Virgen no habla. Únicamente se muestra llorando a través de una imagen. María quiere que sus hijos la vean llorar; quiere conmoverlos y llamarlos a la conversión.

En Guadalupe, México, hay un mensaje directo para América Latina. María se presenta como una joven embarazada. Tiene un moño alrededor de su cintura. Es un momento decisivo para Latinoamérica. Se están fundiendo dos razas. Está por nacer el cristianismo. María viene embarazada. Trae una Navidad para Latinoamérica. Se presenta con su piel morena, como el hombre latinoamericano, tostado por el sol tropical.

Al indiecito Juan Diego, ahora santo, que se encuentra afligido por la gravedad de su tío, le dice: "¿Por qué temes, no estoy yo aquí que soy tu madre?" Ese es el mensaje de María para Latinoamérica: Quiere que la encuentren como una madre que continúa rezando a su Hijo para que no falte el vino del gozo, de la salud, de la gracia, del pan cotidiano.

San Juan de Ávila aplica a la Virgen María unos adjetivos muy atinados. Escribe: "Esta piadosa Señora está DIPUTADA por Dios, para socorro de atribulados, y es universal LIMOSNERA de todas las misericordias que Dios hace a los hombres, y en lo que se ocupa es en tener las manos hacia arriba para recibir mercedes de Dios y luego volverlas hacia abajo para darnos lo que ha recibido".

Antiguamente, los reyes tenían su "limosnero". Era el encargado de repartir entre los pobres el dinero del rey. María no es la dueña de la Gracia. Ella reparte entre sus hijos -como en Cana el vino que Jesús nos regala.

El diputado es el que ha sido nombrado para intervenir en favor de las necesidades del pueblo. María constantemente está elevando sus manos hacia Dios, junto al intercesor Jesús, para implorar gracias para sus hijos necesitados. Por eso al pueblo le encanta llamar a María su "Auxiliadora". La madre con cuya oración intercesora siempre cuenta en sus necesidades.

¿Una iglesia sin madre?

Jesús, la Palabra hecha carne, que viene a vivir entre nosotros, quiso tener una madre a su lado que lo acompañará siempre. Supo lo que era tener esas manos maternas que le enjugaran las lágrimas y el sudor. Dedos finos sobre su corazón agobiado. Jesús también quiso una madre para su Iglesia. He ahí a tu hijo, le dijo a María. En la persona de Juan, el apóstol, le encomendó a toda la Iglesia, a cada uno de nosotros.

Es inexplicable cómo el protestantismo se alejó de la devoción filial a María; cómo ha llegado a privarse de ese regalo precioso que Jesús entregó a Iglesia. Lutero era devoto de María. Escribió bellas páginas sobre la Virgen María. Nunca se atrevió a eliminar el culto de veneración a la Virgen María.

Los reformadores Zuinglio y Calvino también retuvieron el culto a María. Lastimosamente, en medio de la acalorada polémica, el protestantismo la emprendió contra lo que era característico de los católicos: la devoción a María. Por rechazar "lo católico", rechazaron lo mariano y se quedaron sin el calor de la Madre en su iglesia.

En la actualidad, hay hechos que nos llaman poderosamente la atención. En Alemania, una religiosa protestante, ha fundado una congregación que ha bautizado con el nombre de "Congregación de María".

Basilea Schlingk se llama la religiosa que en su bello libro, "María el camino de la Madre del Señor", nos da fe de su encuentro con María.

El padre Darío Betancourt, ampliamente conocido a nivel internacional, narra que después de haber predicado en una universidad protestante de los Estados Unidos, se le acercó un pastor protestante y le preguntó: "Padre, ¿usted reza el rosario?". El padre Darío cuenta que creyó que le quería gastar una broma. El Pastor sacó de su bolsillo el rosario y le dijo: "¿Con qué sangre fuimos redimidos? Con la sangre de Jesús. María le dio esa sangre. Jesús fue concebido sin concurso de varón. Por eso, padre, yo rezo el rosario todos los días".

También nos impresiona el bello libro que escribió sobre la Virgen María el teólogo protestante Max Turian, Todo nos está señalando que entre el protestantismo, muchos están redescubriendo el valioso regalo que Jesús nos legó cuando nombró a María como Madre de la Iglesia.

Madre de nuestros hogares

Es característico de todo hogar católico que no falten allí dos imágenes. Una es de Jesús. Otra es de María. Jesús y María presiden y custodian nuestros hogares.

Fue Isabel la primera en experimentar lo que significa la presencia de María en la propia casa. Dice el Evangelio que apenas puso pie María en la casa de Isabel, se sintió la invasión del Espíritu Santo. Isabel quedó llena del Espíritu de Dios. El niño, que llevaba en sus entrañas Juan Bautista-, recibió la bendición de Dios allí mismo. A donde llega María, llega Jesús. María es como un Juan Bautista que se adelanta para preparar el camino.

También Juan supo lo que significa tener a María en su casa. Del Calvario bajó Juan con un inigualable legado: María. Se la llevó a su casa. La casa de Juan comenzó a ser lugar de encuentro para las primeras comunidades que querían conocer más acerca de Jesús, María les contaba lo que "había visto y oído" acerca de Jesús. Fue una evangelizadora inigualable para los primeros cristianos, Donde entra María, aletea el Espíritu Santo; se hace patente la bendición de Dios,

Como en el Cenáculo, el día de Pentecostés, así está María en la Iglesia, en el lugar de madre que Jesús quiso para ella. Nada de diosa. Nada de heroína de película. Simplemente la madre que está siempre junto a sus hijos para enseñarles a "escuchar la Palabra y a ponerla en práctica". Para rogar a Jesús que no falte el vino de su bendición a sus hijos. Para ser la madre firme que "exija" a sus hijos lo mismo que ordenó a los sirvientes en Caná: "HAGAN LO QUE EL LES DIGA". Ese es el papel de María como Madre de Dios y Madre de la Iglesia.

La que creyó

Platicaba con un grupo de personas acerca de la fe de la Virgen María. "¿Sería perfecta la fe de María?", se me ocurrió preguntarles. Todos, sin dudar, afirmaban que sí. Pero, ¿es posible que alguien humano pueda tener una fe "perfecta"?

San Pablo afirmó que, ahora, nosotros vemos a Dios como a través de un borroso espejo; pero que, un día, lo veremos cara a cara. (1Cor 13,12) La Virgen María también tuvo que someterse a la condición puramente humana de ver a Dios solamente "a través de un espejo". Ella era la madre del Emmanuel, -Dios con nosotros- pero no por eso dejó de ser humana; tuvo que transitar por el oscuro camino de la fe. Nadie, que sea humano, puede tener una fe total, perfecta.

La Biblia define a María como "la que creyó". (Lc 1,45) La que tuvo que aguzar el ojo interno de la fe para ver lo invisible. Por estar más cerca del misterioso Jesús, Dios y hombre, a María le tocó ejercitarse más en la fe; le tocó caminar por una senda más oscura que los demás. "A quien mucho se le dio, mucho se le pedirá", dice el Evangelio. A María, -la que había recibido más- se le exigió una dosis mayor de fe para poder estar más cerca del misterio de Dios.

Nuestro mundo moderno se caracteriza por su "secularismo", sólo da importancia a lo que ve y toca; lo espiritual, para muchos, es algo "mitológico", propio de épocas en que la ciencia no había avanzado tanto como en la actualidad. Algunos pensadores se preguntan si tiene sentido la vida; muchos han afirmado tajantemente que todo es "un absurdo".

En estos momentos de "secularismo", de pérdida de fe, de idolatría, de becerros de oro, la Virgen María sale a nuestro encuentro y nos enseña cómo avanzar por el túnel oscuro de la fe, con la serenidad y alegría del Magnificat.

Una definición de fe

Definir qué es la fe, ya de por sí es una aventura. El autor de la Carta a los Hebreos lo intentó: La fe, apunta, es garantía de lo que se espera, prueba de las realidades que no se ven". Esta es la traducción de la Biblia de Jerusalén. La versión "Dios habla hoy", ofrece una traducción más sencilla: "Tener fe es tener la plena seguridad de recibir lo que se espera; es estar convencidos de la realidad de cosas que no vemos".

La fe no implica renunciar a nuestro cerebro; la fe no es aventurarse temerariamente sin tener una "garantía", una "prueba" de parte de Dios. El Señor nos pide una respuesta de fe, pero antes nos provee de la "garantía", de la "prueba" para que nos animemos a confiar en su Palabra y a dar el paso de fe.

A la Virgen María Dios, por medio de un mensajero, -un ángel- le informa que tendrá un Hijo por obra del Espíritu Santo, María no se queda callada; pide una explicación. Lógicamente María no comprende la explicación que se le da; pero ya tiene un punto de partida para poder confiar en la promesa de Dios.

Para la Virgen María la, vivencia de Dios es su "garantía" para poder iniciar ese arduo camino de decirle sí a Dios en cosas que parecen imposibles. "Nada hay imposible para Dios", le dice el ángel a la Virgen. María no parte de cero para decirle sí a Dios. María tiene un record de vivencia de fe. Dios la ha venido preparando para ese instante crucial de su vida.

La fe no se improvisa, la fe es un don de Dios, pero también es una respuesta del individuo que, cada vez más, se va aventurando en el camino de la fe, porque, cada vez más, ha tenido pruebas de que Dios es fiel a su Palabra. "La fe viene como resultado de oír la Palabra de Dios", asegura la Carta a los Romanos. (10,17) La Virgen María es una oyente asidua de la Palabra. Así lo han demostrado los comentaristas del MAGNIFICAT. Este canto de alabanza está entretejido con frases de la Escritura; señal de que María era una oyente atenta de la Palabra. La Palabra ya se ha encarnado en su corazón. De allí nace su fe. Antes de pronunciar su sí definitivo a Dios, en la Anunciación, María ya se había venido ensayando a decirle sí a Dios muchas veces cuando escuchaba la Palabra de Dios que la interpelaba y le pedía una respuesta de amor.

El Señor, además, quiso entregarle una "prueba" a María para ayudarla a creer. Le aseguró que aunque su prima Isabel era muy anciana, también tendría un hijo. La Biblia hace resaltar que María se fue "Presurosa" a visitar a su prima. Quería cuanto antes ver la señal que Dios le regalaba. Al comprobar que lo que Dios le había indicado era totalmente cierto, que no era una "sugestión", una "piadosa fantasía", María se llenó de gozo y entonó un canto de alabanza a Dios, el Magnificat.

La fe de María fue madurando, paulatinamente, como todas las cosas de Dios. Cuando María se entregó totalmente al Señor, en la Anunciación, previamente ya tenía "garantía" de lo que significaba andar en la fe; ya tenía "pruebas" de lo que Dios había hecho por ella durante la vida.

Un sacerdote y una laica

Es de sumo interés analizar el caso del sacerdote Zacarías en relación a María. Los dos reciben el anuncio de un ángel; a los dos se les asegura que van a tener un hijo. María pide alguna explicación que le ayude a resolver el problema de fe que se le plantea. Luego da su sí total al plan de Dios. Zacarías, en cambio, no logra resolver el problema de fe que se le presentaba. Le aseguran que va a tener un hijo. Zacarías centra su atención en su ancianidad y en la vejez de su esposa Sara. No logra aceptar por fe lo que el ángel le asegura de parte de Dios. Zacarías va a quedar "mudo" por su falta de fe. María, en cambio, va a entonar un himno de alabanza: "Glorifica mi alma al Señor; se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador. Zacarías es un sacerdote que se ha ritualizado. Pide a Dios un hijo, pero, en el fondo de su subconciencia, él no cree que Dios sea tan poderoso como para concederle un hijo en su vejez. María no tiene ningún punto de referencia con respecto a una "concepción de tipo virginal"; pero se aferra a lo que el ángel le dice: "Para Dios no hay nada imposible".

Tanto Zacarías como María se turbaron ante la revelación del ángel. De parte de Dios se les ordenó a los dos: "No temas". Zacarías no pudo superar su temor. María se turbó al principio, luego se serenó ante las palabras del ángel.

La fe siempre implica un caminar sobre las aguas, pero no por antojo propio, sino porque Dios lo ha ordenado. Pedro comenzó a caminar sobre las olas del mar. Al principio todo iba bien porque Pedro aceptó la orden de Jesús:

"Ven, Pedro". Luego Pedro ya no pensó en Jesús sino en las leyes de la física, en el rugido de las olas. Pedro se comenzó, entonces, a hundir en el mar.

Moisés había pasado triunfante el Mar Rojo; porque había extendido con fe su bastón hacia las olas del rugiente mar. Ante la roca, Moisés ya no tuvo la fe suficiente para extender su bastón "una sola vez", para que brotara agua, como el Señor le había ordenado. Moisés, que con fe había CRUZADO el Mar Rojo, ahora se hundía en un riachuelo por falta de confianza en la orden de Dios.

Sara, escondida detrás de su carpa escuchó que los ángeles le aseguraban a Abraham que dentro de un año ella iba a tener un hijo; no pudo contenerse; se echó a reír. Su risa era de ironía: ¿Una anciana embarazada? ¡Ridículo! Su fe no fue suficiente como para confiar en los mensajeros de Dios. La risa de Sara es una risa de protesta y de incredulidad. Por algo los ángeles tuvieron que reprocharla.

María, ante el problema de fe que le plantea el ángel, al hablarle de concepción por obra del Espíritu Santo, no se ríe irónicamente, sino que da su sí rotundo que, al poco tiempo, se va a complementar con un Magnificat de acción de gracias.

El Magnificat

El Magnificat de María es una profesión de fe convertida en alabanza. María, al comprobar el embarazo de su prima, Isabel, se encuentra con la "señal" que Dios le había prometido. María se siente llena de gozo; su fe se acrecienta. Todo lo expresa en un poema de alabanza, el Magnificat.

Desde ese mismo instante, María acepta que por ser Madre del Señor todas las generaciones futuras "la llamarán Bienaventurada". Todavía no ha nacido su Niño, y ella ya se siente "Madre del Salvador"; lo proclama a voz en cuello. Por la fe, ella se apropia de la promesa del Señor: Ella es ya la madre del Salvador, del Emmanuel, de Dios con nosotros.

En el Magnificat la Virgen María va haciendo un recuento de todo lo que Dios ha obrado en el pueblo de Israel y en su propia vida. Esa es su "garantía" para confiar en Dios. Esas son las "pruebas" que ella tiene para aceptar como realidad lo que todavía no existe ante sus ojos.

En su libro las "Confesiones", San Agustín se pregunta si primero hay que invocar o alabar a Dios. San Agustín resuelve el problema afirmando que primero hay que encontrar a Dios para luego invocarlo y terminar alabándolo. Muy sugestivo lo que dice San Agustín. A la oración de alabanza sólo se puede llegar después de tener "experiencia" de las bondades de Dios. Nadie puede gozar de una alabanza gozosa a Dios, si previamente no ha repasado la historia de Dios en su propia vida.

El Magnificat le nace a la Virgen María cuando comienza a analizar todo lo que Dios ha hecho con ella que es una mujercita sencilla de pueblo. "Desde ese momento en adelante" todas las generaciones la llamarán Bienaventurada. María se siente, en ese instante, plenamente realizada como Madre del Señor, aunque todavía no había sentido en su seno ninguna patadita de su Hijo.

En nuestra vida abundarán los Magnificats, las oraciones de alabanza, cuando como asiduos lectores de la Biblia vayamos repasando las bondades de Dios hacia la humanidad y hacia cada uno de nosotros. Toda oración de alabanza nace de una fe agradecida en Dios que "ha obrado maravillas en cada uno de nosotros que reconocemos "nuestra humillación" de pecadores.

Es como nadar

El que comienza a nadar tiene una experiencia traumática: presiente que se va a hundir y que no podrá salir. Con el ejercicio, va aceptando que nadar consiste en hundirse y en volver a salir. Para no quedarse hundido hay que bracear. Cuando alguien ya aprendió a nadar, ya no se impresiona al hundirse, sabe que logrará salir. La fe es como nadar: nos hundimos y volvemos a salir. Si no braceamos, nos quedamos definitivamente hundidos.

Mientras transitamos por el mundo, no nos podemos dar el lujo de dejar de nadar en el mar que nos separa de la eternidad. Todos tenemos que bracear, y, a veces, con toda el alma, contra corriente. También a María Santísima le tocó bracear a través del proceloso mar de la fe. A ella se le exigió un empeño mayor: por estar más cerca del misterio de Dios, tenía que llevar más fe dentro de su corazón.

Pedro se estaba hundiendo en el mar porque había dejado de tener fijos los ojos en Jesús. María no se hundió porque su mirada no se apartó del Señor. Hay algunos momentos determinantes en la vida de fe de la Virgen María en que tuvo que "bracear" con renovada fuerza, con coraje. Fueron sus "noches oscuras"

que abundaron en que tuvo que mantenerse a flote con mucha dificultad. Enfoquemos tres de esos momentos cumbres en la fe de María.

En una película, muy atrevidamente, se exhibe la crisis familiar de María cuando se llega a saber su embarazo. La madre de María se muestra nerviosa; le echa en cara a José su "abuso de confianza". José, por su parte, se turba ante el acontecimiento. Los chismes comienzan a circular entre algunos; hasta se piensa llevar a los tribunales a la adúltera. El director de la película recarga la mano sobre el dramatismo de este acontecimiento. A muchas personas les chocó esta manera de presentar el caso de María. ¿Por qué? Muy en el fondo, se le tiene miedo a la realidad dramática que vivió María, y que Mateo, de manera especialísima, sugiere en pocas líneas. "José, su marido, que era un hombre justo y no quería DENUNCIAR PUBLICAMENTE a María, decidió separarse de ella en secreto". (Mt 1,19)

María callaba. ¿Por qué no hablaba? ¿Por qué no daba alguna explicación? Cuando la Virgen María recibió la anunciación del ángel, aceptó que su embarazo virginal le traería problemas. Ella comprendía que si Dios había iniciado su obra, también a él le correspondía poner punto final a aquella tragedia espiritual por la que estaba pasando. María tuvo que callar largos días esperando "la hora de Dios". Esa hora que no tiene prisa. Ese misterioso reloj de Dios que parece que se queda atascado. Las jóvenes que han quedado embarazadas antes de casarse comprenden muy bien la situación angustiosa de María. Todo ese círculo negro que se va cerrando y casi ahoga.

En momentos tan cruciales ¿por qué no hablaba Dios? ¿Por qué tardaba tanto? El silencio de Dios es de los sufrimientos más severos. San Juan de la Cruz lo llamó "noche oscura". Nosotros con nuestra superabundancia de luces, ya no tenemos noción exacta de lo que es la auténtica oscuridad. Esa oscuridad psicológica y espiritual por la que pasó la Virgen María. Tuvo que nadar contra corriente. Nadie la podía ayudar: ni su familia, ni su novio: Nadie; sólo Dios. Pero Dios tardaba en hacerse presente.

Otro momento cruel en la vida de fe de María fue cuando se le perdió su hijo de doce años. Es inconcebible que Jesús, tan inteligente y educado, no pensara en la pena que le causaría a su madre, si se quedaba en Jerusalén sin pedir permiso. Todo esto es parte del misterio de Jesús, que tanto ha de haber lastimado a María en muchas ocasiones.

La lógica era que, al aparecer Jesús, se abalanzara a los brazos de su llorosa madre para pedirle disculpas. Pero no. Aquel adolescente le sale con la desconcertante frase: "¿Por qué me buscaban; no sabían que debo hacer la voluntad de mi Padre?". Suena a reproche la frase del adolescente Jesús. Durante su ansiosa búsqueda, ¿Cómo rezaría la Virgen María por la aparición de su hijo! Dice la Biblia que "la oración del hombre justo tiene mucho poder". (St 5,16) ¿Quién más justo que María? Pero su Hijo no apareció ni el primero, ni el segundo día. ¿Por qué el Señor permitió que su hija amadísima pasara por esos valles de sombra? Dan ganas de aventurar algunas respuestas. Pero lo mejor es respetar el misterioso silencio de Dios. Contentarnos con ver a la Virgen María "braceando" afanosamente en el mar borrascoso de su tragedia materna.

Los comentaristas de la Biblia se quedan sin aliento cuando escuchan a Jesús que, en la cruz, dice: "Padre, ¿por qué me has abandonado?" ¿Dios abandona a Dios? El silencio más pesado de Dios gravita sobre la cruz de Jesús porque, en ese instante, Jesús era el pecador más grande del mundo: Pablo dice que Jesús se hizo pecado por nosotros. (2Cor 5,21) Ese día de tinieblas María, al ver que todo se derrumbaba, que nada tenía una explicación lógica, habrá también exclamado, como Jesús: "Padre, ¿por qué me has abandonado?". Jesús y María se sintieron totalmente solos, abandonados en el momento más terrible de sus vidas. Mientras Jesús aceptaba la voluntad de Dios y decía: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"; María se uniría a su hijo diciendo: "Padre, que se haga en mí según tu Palabra".

María es la que cruza, a nado, el mar borrascoso bajo la noche cerrada. No se hunde porque no deja de tener su mirada puesta en el invisible, en Dios fiel que nunca deja abandonados a los que confían en él.

La que no comprendía.

Los "Evangelios apócrifos" no quieren enfrentarse a las situaciones agónicas de María en la vía dolorosa de la fe. Por eso, fantasiadamente, inventan escenas "color de rosa" en que el Niño, prodigiosamente, saca de apuros a sus papás. Unas palmeras se doblan para dar sombra a la Sagrada Familia. El niño hace milagros a granel para solucionar situaciones difíciles. La Iglesia nunca ha aceptado

los "Evangelios apócrifos", escritos por personas que no pudieron calar en la profundidad de los auténticos evangelios que ponen de relieve que los seguidores de Jesús siempre llevan una cruz como su Maestro.

Lucas es muy realista cuando describe estos difíciles momentos de María. Después de angustiada búsqueda. María encuentra al Niño junto al Templo: en lugar de recibir una explicación de parte de Jesús, sólo escucha una respuesta misteriosa que suena a reproche. San Lucas explícitamente afirma que sus padres "no comprendieron lo que les decía". (Lc 2,50) El mismo evangelista describe a María que regresa a su casa y "guarda todo esto en su corazón". (Lc 2,51)

La Virgen María es la madre del Señor -Dios-; pero no "comprende" lo que su Hijo adolescente le dice. Jesús tiene la cualidad de hablar muy claro para que todos lo entiendan; pero a ella no le da una explicación aparte para aclarar la situación. María respeta el misterio de su Emmanuel. A María no le queda otra salida que "guardar todo en su corazón". Meditar, orar, esperar la enigmática hora de Dios. El silencio de Dios y el silencio de María. Dos interminables silencios que se encuentran en la fe. ¡Cuántas cosas le habrá tocado guardar en su corazón a María! ¡Cuántas esperas interminables habrá sufrido antes de que volviera a brillar el sol en el cuarto oscuro de su corazón!

"La fe viene como resultado de "oír la Palabra de Dios", puntualiza la carta a los romanos. (Rm 10,17) La fe de María es grande porque ella dedica mucho tiempo a "escuchar" y a acaparar Palabra de Dios. Para poder oír antes hay que saber callar. María cuando "guarda todo en su corazón, calla. María no ve nada; pero con su ojo interior sigue con la mirada fija en el invisible que con su mano, también invisible, la sostiene para que no se hunda en el mar embravecido.

Caminar en la Fe

"La te es garantía de lo que se espera, prueba de las realidades que no se ven". (Hb 11,1) Los que "caminan en fe" -frase bíblica- no van a ciegas, no avanzan temerariamente; antes han escuchado la voz de Dios, tienen experiencia de Dios. Se han fogueado en los oscuros caminos de la fe y, por eso, cada vez, les tienen menos temor. Son como los acróbatas que ya se han ido familiarizando con el peligro de la cuerda floja y del trapecio.

La Virgen María fue definida por el Espíritu Santo -por boca de Isabel- como "la que creyó". María es el modelo de fe. Es el punto culminante de la fe de nuestra Iglesia. Todas las peripecias de fe por las que pasaron los grandes personajes de la fe, las recorrió María con el farolito de su fe sencilla y recia.

Isabel le dijo a su prima: "BIENAVENTURADA tú por haber creído que han de cumplirse las cosas que el Señor te ha dicho". (Lc 1,45) "Bienaventurada", es decir, dichosa, bendecida de manera especialísima. María, en su andar por el túnel de la fe, es DICHOSA. Hay gozo en su vida. Difunde alegría a su alrededor. "Estén siempre alegres, se los repito: estén siempre alegres", decía Pablo. La felicidad de María viene de su fe: ha creído en la Palabra de Dios; ahí está el secreto de su dicha.

Tomás es un hombre infeliz, mientras se obstina en tener una fe en que se pueda tocar y comprobar. Tomás quería palpar las llagas de Jesús para creer. El Señor le dice: "Tu has creído porque has visto. Bienaventurados los que crean sin ver", Como Tomás, no somos felices cuando pretendemos que Dios nos aclare todo lo que hace: cuando pretendemos explicaciones de todo lo que sucede a nuestro alrededor y en el mundo. Solamente habrá dicha en nosotros, cuando, como Tomás, nos hinquemos y digamos: "Señor mío y Dios mío", sin pedir explicaciones.

En las Bodas de Caná, Jesús hizo su primer milagro, María tuvo parte muy activa en este primer milagro de Jesús. Indirectamente ella se lo pidió. Juan, que estaba presente, comenta: "Fue la primera señal milagrosa con la cual (Jesús) mostró su gloria; y SUS DISCIPULOS CREYERON EN EL". (2,11) Muy aleccionador: Los primeros discípulos pueden darse cuenta del papel que juega María en el primer milagro: María no obra el milagro: es Jesús; pero ella es la que lo pone en la ocasión de manifestarse como el Hijo de Dios. Los discípulos se dan cuenta de que cuando están cerca de María "suceden cosas"; la Virgen María está para que Jesús se manifieste; para que los demás lo descubran; para que al descubrir a Jesús "crean en él". "Los discípulos creyeron en él" cuando vieron el primer milagro del Señor. El acercamiento a la Virgen María nos ayuda para que ella, de la mano, nos lleve a su Hijo, para que lo veamos más claramente como el Hijo de Dios, y para que "creamos en él". María, "la bienaventurada porque creyó", nos lleva a Jesús para que nosotros también "creamos en él", y para que también nosotros seamos bienaventurados, es decir, dichosos, felices.

La Madre que nos sigue mirando

Los arquitectos de la catedral de Reims, en Francia, colocaron un enorme vitral en el ábside de esa bella iglesia. Cuando sale el sol, ilumina el vitral, y luce radiante la escena de la ASUNCION DE MARIA AL CIELO.

De nuestros antepasados queremos conocer los datos más importantes de sus vidas. Abuelos, bisabuelos, parientes. De María quisiéramos conocer muchos más detalles que los que encontramos en el Evangelio. Lastimosamente, la última vez que el Nuevo Testamento se refiere a la vida de María en la tierra, es el día de Pentecostés, cuando la presenta en el Cenáculo en compañía de los apóstoles y discípulos. Después, ya nada más dice la Biblia de María en lo que respecta a su vida terrenal.

De aquí que tenemos que acudir a ugar la tradición de nuestros escritores de los primeros siglos; de los Padres de la Iglesia; de los que estuvieron más cerca de los apóstoles.

San Juan Damasceno nos narra que María murió, más o menos, a los 72 años; cuando la sepultaron, faltaba el apóstol Tomás. Cuando llegó Tomás, fueron al sepulcro, no encontraron el cadáver. Todos aceptaron pacíficamente que María había sido llevada al cielo. El mismo santo afirma que fue enterrada en el huerto de Getsemaní. Esto lo confirma San Dionisio, un testigo presencial, en su carta a su amigo Timoteo.

La fiesta de la Asunción de María se celebra desde hace unos 1500 años: desde el siglo V. En la tradición de la Iglesia, desde muy antiguo, se ha sostenido que María fue llevada al cielo en cuerpo y alma. Algunas tumbas de apóstoles fueron veneradas. Ningún lugar del mundo reclamó tener el cadáver de la Virgen María. La tradición de la Iglesia ha aceptado, desde hace siglos, que la Virgen María fue llevada al cielo en cuerpo y alma.

La paga del pecado

Dice la Carta a los romanos "La muerte es la PAGA del pecado". (Rm 6,23) Todos los que hemos pecado, un día, tendremos que morir. Nuestro cuerpo se descompondrá en la tumba. Es la ley humana.

La Virgen María, a la luz de la Biblia, es la llena de gracia, la bendita entre todas las mujeres. Es un caso totalmente aparte. Dios decide enviar a Jesús para redimir a los hombres. Entonces prepara a una mujer para que sea el vehículo por medio del cual llegue Jesús al mundo. La hace llena de gracia. La redime anticipadamente. Por eso es la bendita entre todas las mujeres. Caso único, irrepetible en la historia. Dios dispuso hacerla a Ella llena de Gracia para que fuera la guardadora, en su seno, de la misma divinidad. En esto no tuvo ningún mérito la Virgen María. Ella fue la agraciada de Dios. Su mérito consiste en haber dicho sí en todo a Dios.

Por voluntad de Dios, María, para poder ser el sagrario que contuviera la Divinidad, fue redimida anticipadamente por Dios. Fue preservada del virus del pecado original. Por eso la llamamos CONCEBIDA SIN PECADO ORIGINAL, Inmaculada Concepción. La muerte de la Virgen María fue como la de Jesús: algo momentáneo para resucitar inmediatamente. San Juan Damasceno decía: "¿Cómo iba a gustar la corrupción de la muerte aquella de quien brotó la vida?".

En el Antiguo Testamento, lo más santo, que tenía el pueblo, lo guardaban en el Arca de la Alianza: Las Tablas de la ley, el Maná, la Vara de Aarón. El Arca de la Alianza, por orden de Dios, estaba fabricada con madera incorruptible. María no guardó un símbolo, sino a la misma Divinidad. Fue Arca del Nuevo Testamento, de Jesús, Dios, que se encarnó en su seno. Por esa misión, fue preservada de pecado original. No fue tocada ni un solo instante por el espíritu del mal porque su cuerpo debía contener a la misma divinidad.

Esto llevó a las primeras generaciones de cristianos a no hablar propiamente de la muerte de María, sino de su dormición. La fiesta de la dormición de la Virgen María es una de las fiestas más antiguas de la Iglesia.

En la antiquísima Iglesia de San Clemente, en Roma, existe una pintura antigua: se ve a Cristo resucitado que despierta a su Madre para llevarla al cielo. El vocablo DORMICION refleja muy bien el sentir de las varias generaciones de la Iglesia con respecto a la Asunción de María.

En la Biblia se describe magníficamente el momento solemne en que Salomón preparó un trono junto al suyo para su Madre. El rey sabio salió al encuentro de su madre, y le puso sobre la cabeza una diadema,

mientras todo el pueblo la ovacionaba. Esta estampa bíblica no es sino un pálido reflejo de lo que fue la glorificación de la Virgen María.

El pintor Tiziano lo dejó plasmado en un bello cuadro: Se ve un sepulcro vacío. Alrededor están los apóstoles viendo cómo los ángeles se van llevando a la Virgen María, hacia el cielo.

La que le había dado su cuerpo a Jesús, no iba a sufrir la lobreguez de una tumba. San Agustín decía: "Una misma carne es la de Jesús y la de María; glorificada una, tenía también que ser glorificada la otra".

El dogma

Los Padres de la Iglesia, desde remotos tiempos, comenzaron a referirse a la Virgen María como la nueva Eva. (Siglo II) La antigua Eva colaboró con Adán para traer muerte; la raza humana fue dominada por el espíritu del mal. María es la nueva Eva, a la par de Jesús, a quien la Biblia llama el nuevo Adán. María es la principal colaboradora de Jesús en la lucha contra el espíritu del mal. Jesús en su cruz, vence al mal y al pecado, y es glorificado. María por ser la principal colaboradora de Jesús en la lucha contra el mal, anticipadamente, es glorificada. Anticipadamente, porque todos nosotros, los que estamos en Cristo, esperamos lo mismo que María: ser glorificados, en cuerpo y alma, "al final de los tiempos". Esa es la promesa de Jesús para todos sus seguidores. La glorificación de María se anticipó por ser ella la "Llena de Gracia" y la Madre de Jesús. La Inmaculada.

"La Asunción de María no se menciona en la Biblia", alegan algunos no católicos. Tampoco en la Escritura se hallaba lo que se debía hacer con respecto a la "circuncisión", en el caso de los paganos que se convertían al cristianismo. La Iglesia tuvo que reunirse en el Concilio de Jerusalén para resolver este problema. La Iglesia estaba segura de que Jesús le había prometido la asistencia del Espíritu Santo en los asuntos concernientes a la fe. Después de intensa oración y de un diálogo, bastante caldeado, llegaron a un acuerdo. "Le ha parecido bien al Espíritu Santo" fue la expresión que empleó la Iglesia primitiva para dar a entender que se sentía guiada por el Espíritu Santo al definir que la circuncisión no era indispensable para la salvación. (Cfr. Hech 15)

Con relación a la Asunción, se siguió el mismo proceso. Desde un principio la Iglesia no habló de la muerte, sino de la dormición de María. La tradición habló de la Asunción de María. Fue la creencia firme de la Iglesia a través de los siglos. Hasta que la Iglesia se sintió preparada para declarar el dogma, después de consultar a teólogos, universidades, obispos, sacerdotes y laicos. Fue el Papa Pío XII, a quien le tocó recoger el discernimiento de la Iglesia a través de los siglos. La declaración dogmática afirma que María, después de su vida mortal, fue llevada en cuerpo y alma al cielo. No se especifica nada acerca de la manera cómo María fue Asunta al cielo.

Más cerca de nosotros

Las primeras comunidades cristianas cada día se fueron encontrando más y más con María. En el Cenáculo María acompañaría a la Iglesia que nace en Pentecostés. Para los primeros cristianos María era la representación más viva de lo que debía ser un seguidor de Jesús. Habrán descubierto su santidad, como nosotros vamos descubriendo a santos que viven entre nosotros. Asunción no indica que María ya no está con nosotros. Que se alejó de la Iglesia que Jesús le encomendó como a Madre. Cuando Jesús había ascendido a los cielos, los apóstoles y discípulos, nunca en sus escritos se lamentaron de que Jesús no estuviera con ellos. Lo sentían más presente que antes por medio del Espíritu Santo. Ahora tenían, como nunca, poder para predicar y hacer milagros. Expulsaban demonios y curaban enfermos. Creían firmemente que Jesús permanecía entre ellos.

María, ahora que está junto a Jesús, glorificada, se encuentra más cerca de nosotros; como la madre que ha muerto y que, desde el cielo, ruega por sus hijos. Así la debemos sentir y experimentar.

Las imágenes de María, curiosamente, casi nunca miran hacia el Hijo que llevan en brazos. Nos miran a nosotros. Su hijo ya está glorificado; no necesita cuidado. Su mirada va hacia nosotros, sus hijos todavía peregrinos. Nos mira, nos cuida.

Las imágenes de María son testimonio del sentir popular y teológico. La madre que nos mira, cumple su oficio de Madre de la Iglesia que le encomendó Jesús.

El cuerpo Místico de Cristo

Pablo describe a la Iglesia como cuerpo de Jesús. Todos ocupamos un lugar; somos miembros. Todos los que estamos en Cristo nos intercambiamos nuestros tesoros espirituales. Nuestros difuntos están con Cristo; oran por nosotros. Nosotros oramos por ellos.

Es inconcebible que una madre, que ha pasado a la eternidad y está con el Señor, se olvide de sus hijos de la tierra. Más que nunca ora por ellos. Esa es la Comunión de los santos. María glorificada ora por nosotros. La Carta a los Hebreos describe a Jesús como sacerdote que ora por nosotros ante el PADRE. María siempre está junto a Jesús. Ella se une a la oración suplicante de Jesús por nosotros. Por eso le pedimos que nos acompañe con su oración. María está unida a la oración de la Iglesia, como en Pentecostés.

Nos enseña a imitar a Jesús.

El Poeta Dante escribió que el rostro de María es el que más se asemeja al de Jesús. Por ser su Madre, su mejor imitadora. La santidad consiste en que la imagen de Jesús vaya apareciendo en nosotros. María es la que mejor imitó a Jesús.

San Juan, en el Apocalipsis, cuenta una visión que tuvo. Contempló a una mujer vestida de sol. La luna a sus pies. Doce estrellas como corona. (Ap 12) Esa mujer representa a la Iglesia glorificada en el cielo. La representante típica de la Iglesia es María: la mejor seguidora de Jesús, el miembro más eminente del Cuerpo de Jesús.

María está vestida de sol. Ella no tiene luz propia. Toda su gloria le viene de la luz de Dios que la llenó de Gracia y la hizo bendita entre todas las mujeres.

MARIA tiene a sus pies la luna símbolo de lo variable, de lo pasajero. Luzbel se creyó LUZ, y no reconoció que su luz venía de Dios. María no se cree la luz; ella es "la esclava del Señor". Su luz le viene de Dios. Por eso glorifica a Dios.

Ella nos enseña a escuchar la Palabra; a guardarla y vivirla; a dejarnos guiar por el Espíritu Santo.

María glorificada se encuentra más cerca de Dios y más cerca de nosotros. La invitamos a nuestra vida. En momentos de alegría, como en las Bodas de Caná. En nuestras fiestas, en nuestros gozos, en los momentos de tribulación, la queremos junto a nosotros, como Cristo la tuvo junto a su cruz. En momentos de oración, ella está como en el Cenáculo, en medio de nosotros, animándonos, acompañándonos en nuestra alabanza a Dios.

María, que nos mira desde sus imágenes es la Madre, que desde el cielo, piensa y ruega siempre por sus hijos.

Maestra de la oración

Entre el Pueblo judío, a temprana edad, los padres iniciaban a sus hijos en la oración: los salmos, las grandes oraciones del pueblo, la súplica, la alabanza, la intercesión. Nos impresiona pensar que fue la Virgen María la que le enseñó a orar a Jesús. El niño Jesús tuvo que aprender algunos salmos; se quedaría observando la piedad con que su Madre, María, hablaba con Dios. La vería acercarse a la Escritura y escrutarla. La casa de Nazareth fue una escuela de oración.

Al ascender Jesús al cielo, la Virgen María continuó como maestra de oración del cuerpo de Jesús, la Iglesia. En esa actitud la observamos en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Allí se encuentra congregada la Iglesia: los apóstoles, los discípulos; allí está Ella, que ya había sido llenada por el Espíritu Santo, ayudándoles a abrirse al poder del Santo Espíritu. "Perseveraban unánimes en la oración", dice el texto bíblico. En la actualidad, la Virgen María continúa como maestra de oración para los que se acercan a Ella. Les enseña a "permanecer y perseverar unánimes en la oración". (Hech 1,14)

Contemplemos algunas facetas de la vida de oración de la Virgen María.

La oración en silencio

Jesús advertía que la oración no debe caracterizarse por una "palabrería inútil", Muchas de nuestras fallas en la oración consisten en "hablar más de la cuenta", y en olvidarnos de que Dios quiere que lo escuchemos, Que hagamos silencio respetuoso y paciente para poderlo oír a El, María está en silencio humilde. Se esfuerza por escuchar lo que Dios quiere decirle. Es durante ese momento de silencio cuando, por medio del ángel, Dios le revela su misión. Dará a luz al Mesías. Todo será por obra del Espíritu Santo. De una manera totalmente anormal.

El Evangelio menciona la "turbación" de la Virgen María. No está casada y ya le hablan de quedar embarazada. ¿Cómo es eso? En el mismo silencio de su oración recibe la respuesta enigmática de Dios. Ella no comprende. Su respuesta es definitiva: "Soy esclava del Señor. Que se haga en mí según su Palabra". (Lc 1,38)

La Virgen María es nuestra maestra en la oración del silencio en la que buscamos la voluntad de Dios, y pedimos la fuerza para decirle que sí a Dios en sus desconcertantes directivas que nos turban.

La oración de adoración.

Toda madre "adora" a su hijo en un sentido figurado. La Virgen María, no en sentido figurado, sino en realidad. "adoró" a su Hijo apenas nació, Allí frente a Ella estaba el Mesías. Se le había dicho que sería EMMANUEL, Dios con nosotros. Se le había advertido que se llamaría Jesús, es decir, Salvador, Por eso Ella lo adoró no sólo con corazón de madre, sino con los ojos de la fe.

Hincados en nuestro cuarto, o ante el Sagrario, o bajo el cielo azul, adoramos a Dios. Sólo lo podemos hacer con los ojos de la fe.

La Virgen María tenía que avivar su fe; ¿era posible que ese niño lloriqueante fuera Dios? En nuestra oración. Le rogamos a María que nos acompañe para saber adorar a Dios en todas partes, en todas las circunstancias. No se trata de panteísmo. Se trata del Dios vivo que se nos revela por medio del Espíritu Santo. Como Tomás, caemos de rodillas y decimos: "Señor mío y Dios mío".

La oración de la entrega

Orar no quiere decir forzar la mano de Dios para que "se haga nuestra voluntad". Parece que así lo entendemos con demasiada frecuencia. María lleva al Templo a su Hijo. Se lo va a ofrecer a Dios para que se cumpla en él, no lo que Ella quiere y sueña, sino lo que Dios ha determinado.

El anciano Simeón le sale al paso y le profetiza que su Hijo será "signo de contradicción"; debido a ese misterioso Hijo una "espada de dolor" le atravesará el corazón. En oportunidades como éstas, a las madres se les deseaba "bienaventuranza", felicidad. A la Virgen María, se le señala un horizonte rojo en que se yergue una amenazante espada.

María no pronuncia palabra; en lo profundo de su corazón, repitió su HAGASE. Recordó que era la "esclava" del Señor.

María nos enseña a no torcer el sentido de la oración. Rezamos no para que se cumpla nuestro soñado plan, sino para que se haga lo que Dios ha dispuesto para cada uno de nosotros. Le pedimos, en nuestra oración, no tener miedo de decir: "Hágase".

La oración con la Biblia en la mano

Los niños se especializan en plantearles difíciles preguntas a sus papás. Cuando Jesús se quedó en el templo, le hizo a María una complicadísima pregunta: "¿Por qué me buscaban; no sabían que debo hacer la voluntad de mi Padre?". Claramente afirma el evangelista que la Virgen no comprendió nada de todo esto. En seguida el evangelista describe a María que regresa a su casa de Nazareth -su casa de oración y que "guarda todas estas cosas meditándolas en su corazón". (Lc 2,51)

La Virgen María se acerca a la Palabra, a Jesús; no entiende muchas de las palabras de Jesús. Su actitud es la de permanecer "meditando" esas enigmáticas palabras; las "guarda en su corazón para que su corazón las vaya "digiriendo" poco a poco. Según la afirmación de Jesús, María, es la que "guarda las palabras y las pone en práctica". (Lc 11,28)

La Virgen María nos enseña a orar con la Biblia en la mano. A saber escudriñar la Palabra, y esperar que esa Palabra, dentro de nosotros, nos vaya guiando, se vaya convirtiendo en luz. María nos enseña a "guardar" la Palabra en el corazón, a "rumiarla" para luego "ponerla en práctica". "Bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios, y la ponen en práctica". (Lc 11,28)

La oración de intercesión

Si la Virgen María, en Caná, no hubiera tenido bien abiertos los ojos y el corazón, no se hubiera dado cuenta de los apuros en que se encontraban los de la familia. Muchos otros en la fiesta se ocupaban solamente de divertirse.

María estaba atenta para servir y por eso, captó, al momento, la pena que estaban por pasar los nuevos esposos. No se pudo quedar tranquila y acudió a Jesús.

La Virgen nos enseña que para ser buenos intercesores en la oración, hay que tener bien abiertos los ojos para ver la necesidad ajena. También nos enseña que hay que tener muy abierto el corazón para saber "reír con los que ríen y llorar con los que lloran". (Rm 12,15)

María sabía que Ella no podía remediar esa situación. Acudió a su Hijo. Nos enseña a acudir a Jesús. Ella se une a nosotros en nuestra oración de intercesión ante Jesús. Jesús nos lleva hacia el Padre.

La oración de intercesión de María fue poderosísima en las bodas de Caná cuando todavía no había sido glorificada junto a Dios. Ahora que está en el cielo, su oración de intercesión por nosotros es mucho más poderosa. Por eso en nuestras súplicas la llamamos a nuestro lado para que nos lleve a Jesús y ruegue por nosotros.

La oración ante la cruz

San Juan la describe "al pie de la cruz". No le podía fallar en ese momento a su Hijo. Allí estaba. Su mirada no se apartaba del rostro de Jesús. Oraba junto a su Hijo. Intercedía por su Hijo Jesús, el único intercesor ante el Padre.

La mirada de la Virgen María se deslizaba desde la frente ensangrentada de su Hijo, hacia los clavos en las manos y en los pies, hacia la herida del costado... hacia su mirada enturbiada, hacia sus labios orantes...

María nos enseña que nuestra oración puede centrarse en la pasión de Cristo. Nos enseña a ir repasando todos los detalles de su martirio, a mover nuestros labios en agradecimiento a Dios que "tanto amó al mundo que envió a su Hijo único para que todo el que crea no se condene, sino que tenga vida eterna". (Jn 3,16)

Abraham para obedecer a Dios llevó, un día, a su hijo hasta el monte para sacrificarlo. María para que se cumpliera el plan de Dios acompañó a su hijo al Calvario para que fuera sacrificado. A Abraham un ángel le detuvo la mano. Nadie detuvo la mano del mundo al crucificar a Jesús. María nos enseña que la meditación en la pasión de Cristo nos fortalece en la fe y nos ayuda a aceptar mejor nuestra propia cruz.

La oración de la noche de la muerte

Jesús fue sepultado. María veía cómo fracasaba la fe de los apóstoles y discípulos. Ellos se encontraban desalentados en el aposento alto; los de Emaús iban de regreso hacia su pueblo. Tomás se había alejado. Las luces se habían apagado. La fe ya no brillaba en la Iglesia. Sólo Ella, la madre, seguía, como candelita, brillando en medio de la oscuridad. No sabía explicarse todo lo que había sucedido, pero seguía confiando en las palabras de su Hijo que le había recomendado que supiera esperar. No comprendía nada. Seguía en su noche oscura con la luz de su confianza en Jesús.

La Virgen María nos enseña la oración de la fe en medio de la oscuridad; ante la muerte de los seres queridos, ante nuestras tragedias. Nos enseña a no cesar en la oración... a seguir esperando hasta que se desentrañe el secreto.

La oración en Iglesia

La última estampa que la Biblia nos presenta de María es en el Cenáculo. María se sentía iglesia y no podría faltar a aquella reunión eclesial en donde "unánimes perseveraban en la oración". Conocía perfectamente las promesas de Jesús de que donde estuvieran reunidos dos o tres en su nombre, allí estaría El. María permanecía como la Madre de la Iglesia; al pie de la cruz había recibido ese encargo.

Ella ya había recibido la plenitud del Espíritu Santo el día de la anunciación. Su "protopentecostés", como lo llama René Laurentin. Allí estaba la madre enseñando a orar a la Iglesia naciente. Allí estaba Ella enseñándoles a unirse con Dios por medio del Espíritu Santo. Esa es la auténtica oración.

La Virgen María no debe faltar en todo cenáculo en donde se "persevera en la oración" y en donde se busca la presencia del Espíritu Santo. Por eso la llamamos a nuestro lado; por eso insistimos en que nos acompañe, porque ella es maestra de oración y nos enseña a HACER LO QUE EL DIGA.

María, un día, enseñó a rezar a su niño Jesús. Más tarde enseñó a rezar a la Iglesia de Pentecostés. Ahora está junto a nosotros para enseñarnos a escuchar la voz de Dios en la oración y a abandonarnos a su voluntad con un HAGASE de corazón. Ella nos muestra la manera de adorar al Emmanuel, a Jesús nuestro Salvador. Nos muestra cómo aceptar la cruz que El ha permitido para nosotros. Ella, la Madre, nos ayuda a acercarnos a la Palabra y a ir la devorando en el silencio del corazón. Nos da ejemplo de cómo tener los ojos siempre abiertos para ver las necesidades de los otros e interceder por ellos. La vemos de pie, junto a

la cruz, repasando, con los ojos y el corazón, cada una de las llagas de Jesús. Como veladora brillante nos acompaña en las noches oscuras de nuestra fe. Y, como Madre amorosa, persevera, en Iglesia, y nos acompaña para que tengamos una nueva efusión del Espíritu Santo. Por eso con cariño no nos desprendemos de esa admirable maestra de oración.

Al leer la historia de María, en el Evangelio, nos encontramos con algo que hemos conocido muy de cerca: la historia de una madre que, en muchos aspectos, se parece a nuestra propia madre. Cuando una madre lee la historia de María, se identifica con muchos de esos pasajes. También ella ha tenido que transitar por el mismo camino; también ella ha vivido experiencias similares. La Biblia describe a María Virgen como la madre de las madres. La Madre de Jesús; la madre de la Iglesia; la madre de cada cristiano.

Un anuncio gozoso

¿En qué lugar se encontraba María cuando el ángel le anunció que sería Madre del Mesías? ¿En el mercado, en la cocina, en el lavadero, en la sinagoga? ¿Quién lo sabe? Lo cierto es que estaba, como siempre, en la presencia de Dios. Por medio de un mensajero el Señor le hizo participar de su plan salvador para la humanidad: ella había sido escogida para ser la principal colaboradora junto al Emmanuel, el Dios con nosotros. Claro, esto implicaba muchos problemas que ella todavía no podía captar por el momento. Por eso Dios le pedía su consentimiento.

María alegó que no había nada que consultarle: ella era "esclava" del Señor, y estaba para hacer en todo su voluntad. Fue un rotundo sí el de la Virgen María.

Toda madre, en determinado momento, tuvo su anunciación: por medio de su cuerpo -mensajero de Dios-, toda madre supo que era depositaria de vida. Algunas acudieron, en ese momento, a una clínica; allí le dieron un nombre técnico al asesinato de su hijo. Le dieron un no rotundo a Dios. No aceptaron ser las principales colaboradoras de Dios en el plan de salvación que Dios tenía para su hijo.

Otras madres, sin haber visto todavía los ojos de su hijo, sin haber escuchado el timbre de su voz, le dieron un sí rotundo a Dios que las invitaba a ser las principales colaboradoras en la obra de salvación de su hijo. Comenzaron a ser depositarias del tesoro más grande que Dios les confió: su hijo.

El amor todo lo espera

María y José son santos. Sin embargo no están eximidos de la ley del dolor que acompaña a todos los hijos de Eva. María y José han sido llamados para vivir junto al Varón de Dolores; por eso mismo, desde un principio, comienzan a ser fogueados en el sufrimiento.

José no sabe explicarse el embarazo de su novia, no sabe explicar lo inexplicable. Días de angustia, de desolación para los dos. Todo se salva porque hay verdadero amor en medio de ellos. José piensa en María, en su conflicto personal. María piensa en el corazón abatido de José. Los dos alzan sus ojos al Señor que conoce lo profundo de sus corazones.

Cuando no hay egoísmo, cuando predomina el amor y la confianza en Dios, todo se puede arreglar. Todo se arregló. Volvió a reinar la paz entre ellos.

¡Cuántas de estas situaciones familiares conflictivas hubieran podido relatarnos los evangelistas, si se hubieran propuesto escribir una biografía de María y de José! Los evangelistas únicamente pusieron por escrito los hechos que resaltaban la obra salvadora de Jesús.

Tarde o temprano a todo hogar llega la crisis. El rencor, la infidelidad, los celos, los chismes. Y comienzan los pesados silencios, las miradas de fuego, el insomnio. Cuando predomina el egoísmo, los problemas se agrandan. No tienen solución. Cuando abundan el amor y la confianza en Dios, todo puede tener un arreglo favorable. Dios, que es Señor de los caminos, siempre saca del atolladero a los de buena voluntad.

La espada nunca falta.

Todo nacimiento es un Belén de ilusiones. Aunque no se vean los ángeles, se presiente su presencia. Hay parabienes y regalos de pastores y de personajes importantes. En Belén siempre hay una madre que muestra a su hijo, que lo entrega a los demás para que gocen su iluminadora presencia.

Pronto se fueron los gozos del alumbramiento. Cuando María presentó a su Hijo en el Templo, el anciano Simeón, en lugar de las felicitaciones de costumbre, le da una profecía terrible: su hijo estaba puesto como signo de contradicción en el mundo; por eso una espada de dotar la perseguiría toda la vida.

La Virgen no pronuncia ninguna palabra; únicamente, en su corazón repitió: HAGASE EN MI TU PALABRA.

Para una madre, al Belén de alumbramiento siempre le sigue la espada del dolor de su hijo. La enfermedad que nunca falta, el hijo que se convierte en adolescente enigmático, en joven desorientado. Los descarríos de la adolescencia, los problemas de la juventud, de la vida toda. El hijo siempre es "espada" de dolor para su madre. Le causó dolor en el alumbramiento y le continuará enhebrando un rosario de penas durante toda la vida. La madre sabe que desde el momento que le dijo sí a Dios, es la anunciación de la vida, aceptó llevar varias cruces sobre sus hombros: Las madres nunca llevan sólo una cruz: llevan tantas cruces cuantos hijos Dios les ha encomendado.

Siempre se pierden

¿A qué madre no se le ha perdido su hijo alguna vez? Se salió de casa y nadie encuentra al chiquitín. Se fue con los amigos. Nadie sabe dónde está. Siempre se hace cuesta arriba comprender cómo Jesús, joven inteligente, no les avisó a sus padres que se quedaría en Jerusalén. De sobra sabía que a su mamá se le partiría el corazón. Comprendía la angustia de José. Sin embargo se quedó. Aquellos padres, en ese momento en que comenzaba la mayoría de edad de Jesús, según el ambiente judío, debían acostumbrarse a que su hijo tenía que cuidar de las cosas de su Padre.

Si no fuera Jesús mismo pensaríamos que fue un muchacho ingrato el que a su madre afligida, le pregunta acerca de su comportamiento, le contesta con otra pregunta. María tuvo que guardarse todo eso en su corazón. Había mucha tela que cortar. Mucho que meditar en la presencia de Dios. Inexplicable que el Emmanuel se comportara de esa manera; pero era el Emmanuel y algo misterioso había de por medio. A la Virgen María se le fueron las ganas de hacer preguntas. Nunca más interpelará a su Hijo en el Evangelio.

Los niños pequeños son la delicia de todos. Todo el mundo se disputa el gusto de cargarlos, de acariciarlos. Pero los niños crecen, y la malicia también crece en sus malos amigos, las drogas, el licor, los embarazos prematuros, los descarríos. Tarde o temprano se pierden los hijos. Y las madres tienen que salir a buscarlos tragándose las lágrimas. A veces transcurren muchos años antes de que los hijos puedan ser encontrados. A Mónica -Santa Mónica- le costó diez años de lágrimas y oraciones encontrar a su hijo Agustín.

Las lágrimas de las madres son la lluvia que fecunda el terreno para que haya una resurrección. El corazón de las madres es como una brújula muy segura que siempre señala hacia el norte en donde están sus hijos perdidos. Las lágrimas de las madres, buscadoras de hijos, son las oraciones más eficaces delante del Señor. Por eso los hijos, tarde o temprano, van a ser encontrados.

El corazón como alcancía

El mejor retrato espiritual de María lo presenta Lucas con breves pinceladas. Dice que ante todos los enigmas que le presentaba su hijo, ella -conservaba todas las cosas y las meditaba en su corazón-, Una mujer, eminentemente, de oración, de meditación. Ante el misterio de su Jesús niño, de Jesús adolescente que se pierde, de Jesús carpintero que se oculta, de Jesús maestro incomprendido, de Jesús crucificado, ella tiene que convertir su corazón en alcancía en donde va depositando todas esas cosas misteriosas para procurar encontrar un poco de luz en la oración y en la meditación. De allí sale esa mujer totalmente espiritual que era María.

Una madre que no es mujer de oración y meditación no sabrá encontrar la respuesta adecuada para su esposo y para sus hijos. Una madre sin espiritualidad, sólo sabrá dar ir las respuestas que ha aprendido del mundo, que son en extremo egoístas y poco espirituales. La madre de oración y de meditación será esa mujer bienaventurada, de que habla el salmo primero: será como un árbol junto al río; en todo tiempo tendrá para su familia frutos de comprensión, de sabiduría, de consuelo, de discernimiento.

En medio de la fiesta

A muchos les cuesta imaginarse a la Virgen María en medio de una fiesta de casamiento, que duraba una semana. Han idealizado mucho a la Virgen María; casi la han convertido en una mujer extraterrestre. Pero ella era muy humana, muy buena vecina y muy sociable: allí estaba en la fiesta; de ninguna manera podía aceptar que se terminara la alegría y mucho menos, que los de la familia sufrieran un fracaso por la falta de vino.

Nunca antes la Virgen María había acudido a Jesús para que milagrosamente la sacara de apuros económicos. Jesús no puso su poder al servicio de su casa. No hubiera sido, entonces, carpintero durante muchos años. Cuando María vio que se avecinaba la crisis, acudió a Jesús. Bello el papel de intercesora ante Jesús que describe Juan. María no hace milagros, pero provoca los milagros de Jesús.

Se quiera o no, cuando menos se piensa, falta el vino en los hogares. El vino de la comprensión, de la alegría, de la bonanza económica. Allí están, en esas circunstancias nefastas, las madres: sus manos son esencialmente intercesoras. La oración de una madre siempre es muy atendida por Dios porque va con todo el amor y con una fe de roca. Las madres se especializan en arrancar milagros a Dios.

Compartir la vergüenza

La gente comenzó a murmurar que Jesús estaba loco. De manera especial lo afirmaban sus parientes más cercanos. El Evangelio los llama sus hermanos. ¡Era tan ininteligible en su manera de hablar y de obrar! María se presentó. Iba para compartir los insultos junto a su Hijo. Iba para estar a su lado en la hora del desprecio.

Toda madre ha tenido, en alguna oportunidad, que compartir con su hijo la vergüenza. Sea cierto o no lo que se dice de su hijo; no importa. Ella está junto a él. En la cárcel, en el juzgado, en el colegio, en el trabajo, en la policía, junto al paredón de fusilamiento. Digan lo que digan, es su hijo; ella tiene que estar junto a él. No se avergüenza nunca de su hijo. Sigue creyendo en él, a pesar de todo.

De pie

Preciosa la frase con que San Juan describe a María en el instante del supremo dolor de su Hijo. "*María, su madre, estaba junto a la cruz*" escribe Juan. No le podía fallar en ese momento a Jesús. Nunca le había fallado. Sus labios habían enmudecido, pero hablaban sus ojos y su corazón. Le decía tantas cosas a Jesús que le miraba desde la cruz.

Abraham acompañó a su hijo Isaac hasta el Monte Moriá para sacrificarlo; creía que Dios se lo pedía. La mano de un ángel detuvo el brazo de Abraham. La prueba había sido superada. Nadie detuvo la mano del mundo para que no crucificara al Redentor. Antes de que la lanza del soldado penetrara en el costado de Cristo, ya había penetrado en el de la Madre que estaba junto a la cruz. Cuando bajaron el cadáver, y lo pusieron en su regazo, ya no pudo seguir llorando porque las lágrimas se le habían agotado.

Todo hijo pasa por alguna cruz. Y las madres siempre están junto a los hijos que sufren. A las madres, muchas veces, no se les invita para las excursiones, para las cenas, para los momentos festivos; pero ellas siempre se hacen presentes en los momentos de dolor, de tragedia. En el hospital, en la policía, en el divorcio, en la frustración de los hijos, nunca faltan las madres. No hace falta que las inviten. Ellas siempre acuden cuando las demás tienen mil excusas para no estar presentes. Las palabras de las madres siempre saben adormecer el dolor de sus hijos.

En medio de la familia

El libro de los Hechos muestra una estampa en la que se ve a la Iglesia que nace el día de Pentecostés: Allí está la jerarquía, los apóstoles, los discípulos y la Madre de Jesús. Ese es el lugar que le corresponde a la Virgen María dentro de la Iglesia: la Señora de la casa, la madre que Jesús le regaló a su Iglesia. Mientras ella estaba junto a la cruz, Jesús le dio un encargo para la posteridad. "*Mujer, he ahí a tu hijo*". Juan representó a toda la Iglesia en esa circunstancia. Juan llevó a la Virgen María a su casa. La Iglesia lleva a la Virgen María y la coloca como la Señora de la familia. Ella es la que evangeliza; cuenta lo que vio y escuchó de Jesús. Ella es la que busca a los hijos perdidos y ruega para que en la Iglesia no falte el vino del amor y del gozo.

Toda madre es la señora del hogar. Ella tiene un lugar especialísimo en la casa. Donde ella está, se sabe que las cosas estarán en orden; allí estará la que busca a los hijos que se pierden y ora a Dios para que no falte el vino en el hogar, son como los árboles que atraen la lluvia; ellas atraen las bendiciones de Dios. Son las intercesoras que con sus manos amorosas levantadas hacia el cielo, todos los días van repasando los nombres de todos los miembros de su familia y orando por sus necesidades.

Como pararrayos

En una plaza de París iban a ajusticiar a un malhechor. La ejecución tendría lugar cuando la campana del ángelus sonara su último din dan. Comienzan a tirar del cordel de la campana, y esa campana no toca.

Tiran más fuerte del cordel, y nada. Van al campanario: se encuentran con una madre jadeante y sudorosa que se había agarrado con fuerza al badajo de la campana para que no sonara.

Una madre es la mujer que entrega su vida hecha sufrimiento para evitar el mal para sus hijos y su esposo. Ella es la que carga con su propia y pesada cruz, y con las cruces de todos sus hijos y su esposo.

Una madre es el regalo de Dios para que sea como un ángel que nos ayude a cruzar por este valle de lágrimas. Las madres nunca dejan de rezar por sus hijos. Aún después de muertas perseveran intercediendo por sus hijos desde la eternidad.

La Virgen María es el preciado legado que Jesús, desde la cruz, entregó a su Iglesia para que la acompañara, maternalmente, en su éxodo hacia la tierra prometida.

12. ¿No te gusta rezar el Rosario?

Existen muchos juicios contradictorios con respecto al Rosario, una de las prácticas de piedad más antiguas de nuestra Iglesia. Algunos afirman que es una oración monótona, que no les llama la atención para nada. Otros hasta llegan a señalarla como una oración pagana. Un grupo muy numeroso afirma que les ha servido en gran manera, en su vida de oración.

El Cardenal Carlos María Martini hace notar que, a veces, se ha querido presentar el Rosario como una oración "facilísima" y, que, en cambio, no es una oración fácil para todos. Seguramente son los grandes devotos del Rosario los que tienen la última palabra con respecto a esta devoción tan querida por la Iglesia. Son ellos los que pueden emitir un juicio de peso, ya que han encontrado la puerta de entrada hacia esta práctica piadosa que les ha aportado múltiples beneficios espirituales.

Un poco de historia

Según el historiador Mario Stella, el rosario, en su estructura actual, cuenta unos 500 años. En el siglo XII se acostumbraba rezar el SALTERIO: los 150 salmos bíblicos. Muchos monjes no sabían leer, y optaron por recitar 150 Avemarías, que distribuían en tres partes a lo largo del día.

Fue el monje cisterciense, Domingo Helión de Prusia, quien: dejó establecida la práctica del Rosario con su estructura actual de 150 Avemarías, con 15 misterios de la vida de Jesús, y un Padrenuestro al iniciar cada misterio.

Fue Santo Domingo de Guzmán uno de los precursores, de esta práctica piadosa que tantos devotos han encontrado; a través de los siglos.

Oración Bíblica

Uno de los rasgos característicos del Rosario es su sentido eminentemente Bíblico. Bien decía el Papa Pío XII que el Rosario es "una síntesis del Evangelio. El Cardenal; Newman, que del Protestantismo se convirtió al Catolicismo, hacía notar que el Rosario es el "credo hecho "oración". El Rosario está estructurado por oraciones bíblicas: "El Padrenuestro es la oración más bella del mundo. La enseñó el mismo Jesús. En el Padrenuestro el Señor señaló las pautas que debe seguir toda oración auténtica.

El Avemaría consta de varias partes: la primera proviene directamente de Dios: "*Dios te salve, María llena eres de Gracia. El Señor es contigo*". Estas fueron las palabras que Dios Padre le envió a decir a María por medio de un ángel.

"*Bendita tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre*", fueron las palabras que Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, le dirigió a la Virgen María Es la primera vez, en la Biblia, que se le da a la Virgen María el nombre de "Madre del Señor", es decir Madre de Dios. En la Biblia a Dios se le llama El Señor.

La tercera parte del Avemaría fue compuesta por la tradición de la Iglesia. En el siglo IV, en Efeso, se proclamó a María como Madre de Dios. La Iglesia, entonces, comenzó a invocarla diciéndole: "Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores; ahora y en la hora de nuestra muerte".

El Rosario consta de 15 misterios en que se enuncian los principales pasajes de la vida de Jesús. Es, por eso, el Rosario una oración con un sentido eminentemente bíblico.

Una oración de contemplación

Algunos no han dudado en señalar el Rosario como una oración de estilo pagano. Citan las palabras de Jesús: -*Tú, cuando reces, entra en tu cuarto cierra la puerta y reza a tu Padre que comparte tus*

secretos, y tu Padre, que ve los secretos, te premiará. Al oral; no multipliques las palabras, como hacen los paganos que piensan que por mucho hablar serán atendidos". (Mt 6,6-7)

Es curioso constatar cómo los mismos que desprestigian el Rosario como una fórmula tediosa, aconsejan rezar el salmo 23, en situaciones de desolación. O los salmos 91 y 46, en momentos de crisis emocionales. También estos salmos son "fórmulas". No deja de llamar la atención que Martín Lutero, el fundador del Protestantismo, rezaba todos los días el Magnificat, que es una fórmula también de oración.

El prestigiado escritor Carlo Carretto opina que los que desprestigian el Rosario, no han caído en la cuenta, de la oración de tipo contemplativo que han encontrado los que se han identificado con el rezo del Rosario. Tal vez sea éste uno de los aspectos más relevantes del Rosario; es una oración que favorece la contemplación.

El que tiene el don de lenguas, fácilmente puede comprender esta oración contemplativa. El don de lenguas es una oración de tipo contemplativo. Se emiten sonidos, cuyo significado no interesa. Lo importante es saber que se está en la presencia de Dios. El niño balbucea sonidos ininteligibles; lo que le interesa es llamar la atención de sus padres; que se den cuenta de que él está frente a ellos. El que ora en lenguas, como el niño, emite sonidos. Lo único que entiende es permanecer en la oración ante el Señor. San Francisco de Asís se iba al campo y pasaba horas remedando el murmullo de la paloma: "Uh... uh... Uh". También se quedaba únicamente repitiendo: "Mi Dios y mi todo". Los que gozan con el Rosario seguramente son contemplativos o van en camino hacia la oración contemplativa.

Este es un dato de suma importancia para el que es alegórico al Rosario. No se trata de "torturarse mentalmente repitiendo con lógica cada Avemaría, y amarrándose a una estructura: "Va llevo cinco Avemarías; me faltan dos... ¿Qué misterio viene ahora..." Lo que importa es la unión con Dios. La contemplación

El cardenal Carlo María Martini cuenta su experiencia. Creyó que el Rosario era una oración fácil. Siempre había escuchado que así lo presentaban. A la hora de rezarlo su mente se convertía en caja de resonancia de todas las preocupaciones del día. Tuvo que optar por "fabricarse" su Rosario. Según Carlo María Martini, muy bien podría consistir el Rosario en repetir algunas frases del Padrenuestro o del Avemaría: "Santificado sea tu nombre..."; "Venga Tu reino..."; "Perdónanos..."; "No nos dejes caer en la tentación..."; "Dios te salve María...", "Ruega por nosotros pecadores". Habría que acentuar que el Rosario no es una "estructura", sino un carril, no para hacer más difícil la oración, sino para aceptarla.

Permanecer en la oración

El escritor de espiritualidad, P. Molinie, anota: "El Rosario debe ser para nosotros, en occidente, el equivalente de La Oración de Jesús, en oriente". Los orientales estilan repetir, centenares de veces, la frase: "Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí". Lo hacen al compás de la respiración. Son muchos los occidentales que han dado fe de que este estilo de oración de los orientales los ha conducido a la oración contemplativa.

Jesús, invitó a sus amigos íntimos, los apóstoles, para que lo acompañaran en la oración. No pudieron hacerlo. *No han podido velar conmigo en oración durante una hora*, fue la amarga queja del Señor. Permanecer en la oración nos resulta, a veces, cuesta arriba. Sólo han pasado unos minutos y se nos agotaron ya las palabras. Estamos secos. Esto nos sucede también en momentos de aturdimiento: ante una tragedia, ante una situación conflictiva. Se nos tupe la mente; ya no sabemos ni qué decir, ni qué pensar. La estructura del Rosario, en estas circunstancias, no nos aprisiona, sino que nos libera y nos ayuda a permanecer en oración. No importan los conceptos, en esos momentos; lo que interesa es mantenerse con comunicación con Dios por medio de sonidos y frases bíblicas, que el Rosario nos va inspirando.

Junto a María.

El Rosario -hay que recalcarlo no es "marianocéntrico". No es María la que está en el centro de nuestra oración. El Rosario sólo puede ser "cristocéntrico". Sólo Cristo puede estar en el centro de nuestra oración.

Basta recordar lo que sucede en Caná de Galilea. Cuando se lee este pasaje en el Evangelio de San Juan, al principio, parece que María es la protagonista. Al finalizar el pasaje, nos damos cuenta de que María solamente es la conductora: la que lleva a todos hacía Jesús y les dice: "*Hagan lo que él les diga*". María está para tomarnos de la mano y conducirnos a su Hijo.

Lo mismo sucede con la oración del Avemaría. No es "marianocéntrica". Comenzamos diciendo: - Dios te salve María, llena eres de Gracia...". Todo, para llegar a "Bendito el fruto de tu vientre". Este es el verdadero centro del Avemaría: el fruto de tu vientre, Jesús.

Santa Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, captó plenamente el "cristocentrismo" al que lleva la relación *con* María. Isabel se alegró de que su prima María llegara a visitarla; pero hizo resaltar que su gozo era inmenso porque su prima era "La Madre del Señor". Allí estaba la gran bendición: María era el Arca que llevaba en su seno al Señor, a Dios.

Si alguien tiene una consulta que hacer sobre un tema específico, acude a un especialista en la materia. A la Virgen María, en el Rosario, se la invita para que nos acompañe en nuestra meditación acerca de los principales acontecimientos de la vida de Jesús. María es una especialista en esta materia. San Lucas la describe, en su evangelio, como la madre que *"meditaba cuidadosamente en estas cosas, y las guardaba en su corazón"*. (Lc 2,19) María acaparó en su alma todos los acontecimientos de la vida de Jesús. Los apóstoles asistieron a la escuela de Jesús durante tres años. María bebió las palabras de Jesús durante treinta y tres años. Ella es la mejor compañera en nuestra meditación acerca de la vida de Jesús, que hacemos desfilar a través de los misterios del Rosario. San Lucas apunta en su Evangelio que se informó detalladamente acerca de los sucesos de la vida de Jesús. Los especialistas de la Biblia piensan que la fuente de información para Lucas, acerca de la infancia de Jesús, fue la misma Virgen María. Nadie mejor que ella para comunicar al evangelista esos detalles tan íntimos de la familia de Nazareth. Nadie mejor que la Virgen María para estar a nuestro lado durante el Rosario para conducirnos, de la mano, a través de esas etapas de misterio, de fe que ella vivió junto a su enigmático Hijo, Jesús.

Para los tiempos difíciles

No puede pasarse por alto el hecho de que el Rosario ha sido rezado, de manera especial, en los tiempos difíciles de la Iglesia. Santo Domingo de Guzmán lo emplea como un medio poderoso para orar por la conversión de los apartados de la ortodoxia. La fiesta del Rosario está vinculada a un momento crítico en la cristiandad europea. En el año 1571, los musulmanes avanzaban arrasadoramente sobre Europa. Por donde pasaban intentaban terminar con el cristianismo. Para ellos valía la "guerra santa". El Papa Pío V -hoy San Pío V- se ve forzado a pedir a los monarcas cristianos que formen un frente bélico contra los musulmanes. Mientras se libraba la batalla, el Papa acompañado de muchos fieles, iba por las calles de Roma, rezando el Rosario. La victoria definitiva llegó el día 7 de octubre en Lepanto. El Papa decretó que la fiesta del Rosario se celebrara el 7 de octubre. Esa costumbre todavía está vigente en nuestra Iglesia.

Habría también que relacionar el Rosario con las famosas apariciones de la Virgen María, que, en tiempos difíciles de la Iglesia, llega para proponer a sus hijos la conversión y el rezo del Rosario como medio para evitar grandes males a la humanidad.

En 1858, la jovencita Bernardita Soubirou se encuentra rezando el Rosario a la orilla de un río. Se le aparece la Virgen María. Lleva el Rosario colgando del brazo derecho.

Esta es la primera de varias apariciones. La Virgen dio una señal. Hizo brotar una fuente de agua en un lugar árido. Desde entonces son muchísimas las personas de todo el mundo que se han beneficiado con esas aguas milagrosas. En sus apariciones, la Virgen María indica a Bernardita que el Rosario es un medio para permanecer en la oración por la conversión de los pecadores.

En 1917, la Virgen María se aparece a tres pastorcitos, que están rezando el Rosario en Cova de Iría (Portugal). La Virgen trae un Rosario entre las manos. También aquí la Virgen María da una señal portentosa, 70 mil espectadores ven que durante un cuarto de hora el sol comienza a danzar vertiginosamente en el cielo. Muchos creen que ha llegado el fin del mundo. Pronto se calman, pues se comienzan a ver curaciones prodigiosas y gente que grita y llora de gozo. Reporteros de todo el mundo cubrieron este evento extraordinario. También en Fátima la Virgen María indica que el Rosario es un medio para orar por la conversión de los pecadores.

Nuestros momentos difíciles, a nivel personal, son abundantes. Nuestra mente como que queda paralizada, estamos asustados, consternados. No sabemos qué pensar ni qué decir. La oración se nos convierte en una montaña inaccesible. Para esas circunstancias de desolación, el Rosario es una oración muy apropiada. Nos ayuda a permanecer en la oración. La repetición intermitente de determinadas frases

nos fortalece para estar unidos con Jesús en el Getsemaní, en la Cruz. María está a nuestro lado: ella pasó por las mismas circunstancias nuestras. Tiene mucho que decirnos al oído. Nuestros enemigos -el sufrimiento es tiempo de tentación- buscan destruirnos. Jesús y María nos acompañan para que también nosotros tengamos un Lepanto victorioso.

Son innumerables las personas que dan testimonio de que el Rosario les sirvió eficazmente en sus momentos de crisis espiritual o de tragedia.

¿Obligatorio?

No hay que cerrar los ojos ante una situación que ha desconcertado a muchas personas. Los devotos del Rosario se hacen lenguas de esta práctica piadosa; pero en sus elogios, se pasan de la medida, a veces. Llegan a presentar el Rosario como algo "indispensable" para ser católico. El conocido autor espiritual Jean Lafrance apunta: "No es raro oír a hombres y mujeres, sacerdotes y religiosos, que son por otra parte verdaderos orantes, confesar que son incapaces de recitar el Rosario". El autor citado también escribe: "Teresa de Lisieux confesaba que había encontrado siempre mucha dificultad en recitar un Rosario entero. Por eso, los que sufren por el Rosario no están en muy mala compañía, con tal de que no desacrediten esta forma de oración y permanezcan abiertos a la Virgen. Los caminos que llevan a María son variados y, tal vez, algún día, les será dado saborear el Rosario". También es el caso de citar unas palabras muy iluminadoras de Pablo VI en la exhortación sobre -El culto Mariano": "El Rosario -dice- es una oración excelente, respecto de la cual el fiel debe, sin embargo, sentirse SERENAMENTE LIBRE, invitado a recitarlo con toda paz, por su belleza, intrínseca". Pablo VI claramente afirma que hay que sentirse SERENAMENTE LIBRES con respecto al rezo del Rosario. Esto es de suma importancia, ya que muchas prédicas acerca del Rosario ponen inquietud en algunos que son muy devotos, muy amantes de la oración, pero que no pueden afirmar que el Rosario sea para ellos su oración "preferida".

También habría que recordar lo que decía Pablo VI con respecto a la manera de rezar el Rosario. "El rezo del Rosario -indica Pablo VI- exige que EL RITO SEA TRANQUILO y QUE SE TOME SU TIEMPO, para que la persona que se entrega a él pueda meditar mejor los misterios de la vida del Señor" ("El culto mariano", No. 47). Ciertos rosarios, con ritmo acelerado, para terminar en un tiempo estipulado, no invitan a la meditación, ni a la contemplación. De aquí que, se podría afirmar, que cada uno "pueda rezar el Rosario", a su manera, para responder no a una "estructura" determinada, sino para dejarse llevar por el Espíritu que, dentro de *nosotros*, "ora con gemidos que no se pueden explicar". (Rm 8,26)

Es muy halagador que sea un cardenal de tanto prestigio a nivel internacional, como Monseñor Carlo María Martini, quien sugiere que el Rosario podría recitarse repitiendo varias veces algunas frases, nada más, del Padrenuestro o del Avemaría: "Hágase tu voluntad..."; "No nos dejes caer en la tentación"; "Ruega por nosotros pecadores..."; "Bendito el fruto de tu vientre"... Hay que partir de algo: lo que el Rosario pretende no es amarrarnos con una "estructura", sino ayudarnos para "permanecer en oración", en compañía de Jesús y de la Virgen María. Ellos nos ayudan a abrirnos a las inspiraciones del Espíritu Santo que, en última instancia, nos hace exclamar: "*Abbá, Padre*".

La finalidad del Salterio

Según Jean Lafrance, "asistimos hoy a un renacimiento del Rosario". Son muchos los que gozan con esta oración de tipo contemplativo. El famoso pintor Murillo se quedaba extasiado ante su cuadro del Descendimiento. Cuando el sacristán estaba por cerrar la iglesia, le rogaba: "Déjame rezar una decena más... El músico Hayden afirmaba que mientras rezaba el rosario se agolpaban las melodías en su mente y que no le daba tiempo para escribirlas.

Los que se han encontrado con el Rosario son los que tienen la última palabra con respecto a la validez de esta práctica de piedad. El que todavía no ha podido descubrir esa fuente de bendición, no tiene por qué sentirse como un "marginado" en la Iglesia; pero, con ilusión, debe pedirle al Señor que le conceda ese don que ha ayudado a muchos cristianos a encaminarse por la senda de la oración contemplativa.

A los del pueblo judío la oración del SALTERIO los llevaba a recordar lo que Dios había hecho en su favor durante su larga travesía por el desierto. El salterio los conducía a renovar la ALIANZA que habían hecho con Dios en el Sinaí.

Al Rosario se le ha llamado el SALTERIO DE LA VIRGEN. Esta práctica de piedad, con sentido eminentemente bíblico y cristocéntrico, nos lleva a meditar en lo que Jesús ha hecho por nosotros. La

Virgen María nos acompaña mientras meditamos en los misterios de la vida de Jesús. La Virgen María nos conduce hacia Jesús; nos deja en sus manos, después de habernos aconsejado: "*Hagan lo que él les diga*". Todo Rosario, bien rezado, debe conducirnos a la renovación de nuestra "alianza" con Jesús, a decirle como la Virgen María a Dios Padre: *Hágase en mí según tu Palabra*.

13 La Misa en compañía de la Virgen María

En la Última Cena, Jesús ordenó a los apóstoles. Esa noche, María no estaba allí presente; ella no recibió el orden: "Hagan esto en memoria mía". En la Misa cruenta del Calvario, María no estaba junto a Jesús como una sacerdotisa, sino como un "acólito", como una laica. Ella había sido escogida para ser la principal colaboradora de Jesús en la obra de la redención. Allí estaba, junto a la cruz, como acólito incondicional del Sumo y Eterno Sacerdote, que oficiaba sobre la cruz la Misa por la salvación del mundo.

A la Misa la llamamos la "renovación del sacrificio de la cruz". La Virgen María que siguió, paso a paso, esa larga y terrible Misa en el Calvario, es la persona más indicada para acompañarnos durante la Eucaristía; ella nos puede enseñar cómo estar en ese Calvario místico -la misa-, participando del sacerdocio de Jesús.

En el Libro de los Hechos se describe a las primeras comunidades que se reunían en las casas particulares para "partir el pan", es decir, para celebrar la Eucaristía. Es inconcebible pensar que a esas Eucaristías faltara la "cristiana modelo", la Virgen María. Su presencia ciertamente confortaría a todos; verían en ella el modelo más perfecto del discípulo de Jesús. Así como en Pentecostés, los había animado a abrirse al Espíritu Santo, ahora, en la Misa, como Madre, les ayudaba a abrirse a los demás para formar: el Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia.

Cuando los del pueblo judío se encaminaban hacia el templo de Jerusalén, desde lejanas tierras, iban cantando con ilusión: "¡Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la Casa del Señor!". En repetidas oportunidades, la Virgen María tuvo que llevar de la mano a Jesús para participar en las ceremonias del Templo. Durante el camino iría seguramente catequizando a su hijo para que comprendiera las ceremonias, para que aprendiera a imbuirse en el culto de alabanza a Dios. La Virgen María, nuestra madre, de la mano, nos puede acompañar para que, al encaminarnos hacia el templo, podamos participar de corazón en el acto de culto más importante que tiene nuestra Iglesia: La Santa Misa.

Liturgia penitencial

La serpiente antigua, que engañó a nuestros primeros padres, no ha terminado su obra destructora. Esa serpiente continúa sugiriéndonos "hacer algo" que va contra el plan de Dios para nuestra felicidad. Los Padres de la Iglesia siempre estuvieron acordes en ver a la Virgen María como la mujer que pone el pie sobre la cabeza de la serpiente. Esa mujer, de que habla el libro del Génesis, representa a la Iglesia. María es el modelo más acabado de la Iglesia. Durante el acto penitencial, en el que identificamos las mordeduras que la serpiente nos ha causado, la Virgen María nos muestra cómo se le puede poner el pie en la cabeza a la serpiente. María prueba que la mejor manera de aplastar la cabeza de la serpiente es aferrarse a la Palabra de Dios.

Las personas más intransigentes, por lo general, llevan oculto en su corazón un buen record de infidelidades a Dios. Las personas más puras son más compasivas. Entre los que iban a lapidar a la mujer adúltera iban muchos adúlteros que habían sabido ocultar sus desviaciones. Pero Jesús, el inocente, el que salvó a la mujer adúltera; se compadeció de ella y le dijo que se fuera en paz.

La Virgen María es la Inmaculada. Dios no permitió que el pecado la tocara ni un solo instante porque su seno estaba destinado a ser Sagrario de Jesús. Ella, la Santa, es la que tiene compasión de nosotros pecadores; ella se une a nuestra súplica para pedirle a Jesús que nos perdone. La tradición la ha llamado "Refugio de los pecadores"; todos los que se han confiado a su oración intercesora ante Jesús han dado testimonio de su poderosa plegaria. A ella la invitamos, como Madre, para que se una a nuestra oración de pecadores que imploramos la misericordia de Dios. En el Calvario, la Virgen María vio cómo la sangre del Cordero sin mancha y sin defecto salpicaba la cruz del buen ladrón, y le llevaba salvación. Ella, durante la Misa -renovación del sacrificio de la cruz-, como Madre, nos toma de la mano y nos acerca a la cruz de su Hijo para que seamos salpicados con la sangre que purifica y santifica.

Liturgia de la Palabra

Uno de los retratos más completos de la Virgen María, que dibuja el Evangelio, es el que apunta: .María conservaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón. (Lc 2,19) En el original griego, en lugar de "cosas", dice "palabras". Fue el mismo Jesús el que indicó cuál es el distintivo de los auténticos discípulos: "Bienaventurados -dice Jesús- los que escuchan la Palabra y la ponen en práctica. Nadie mejor que la Virgen María para escuchar más Palabra de Dios y ponerla en práctica. Los apóstoles durante tres años estuvieron escuchando a Jesús. María durante treinta y tres años, estuvo pendiente de las Palabras de su Hijo. Escuchó sus primeros balbuceos y estuvo junto a la cruz cuando pronunció sus últimas palabras antes de morir. Nadie escuchó más Palabra de Dios que la Virgen María. Nadie mejor la puso en práctica como ella. "Hágase en mí según tu Palabra", fue el lema de su vida.

Durante la Liturgia de la Palabra, en la Misa, María está junto a nosotros como en las comunidades primitivas. Ella nos indica cómo "acaparar" la Palabra de Dios en nuestros corazones; cómo irla rumiando y cómo ponerla en práctica.

Mientras escuchamos las lecturas bíblicas, que se proclaman en la asamblea, nos imaginamos a la Virgen María, que, como a los sirvientes de Caná, nos repite: "Hagan lo que él les diga". Cuando, en la anunciación, María, dijo: "Hágase", el Verbo se hizo carne y puso su tienda entre nosotros. Cuando dejamos que la Palabra entre en nuestra alma, Jesús se encarna en nuestra vida, y, como Pablo, podemos decir: "Ya no vivo yo, sino es Cristo el que vive en mí". Al aceptar la Palabra, como María, quedamos embarazados de Dios. El Verbo se hace carne en nosotros; pone su morada en cada uno por medio del Espíritu Santo.

Al escuchar, en la Biblia, lo que Dios ha hecho por nosotros, vamos repasando nuestra "historia personal de salvación". Como la Virgen María, también nosotros nos sentimos impulsados a decir: "Proclama mi alma la grandeza del Señor; se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador. (Lc 1,46-47) También nosotros reconocemos nuestras "debilidades", pero, al mismo tiempo, constatamos que Dios "ha hecho maravillas" en cada uno de nosotros.

Nuestro Ofertorio

José y María llevaron de la mano a Jesús al templo. Como eran muy pobres, no pudieron ofrecer un cordero, aunque llevaban al Cordero de Dios. Ofrecieron unas palomas. Fue el ofertorio de la Sagrada Familia. María anticipadamente, había efectuado su ofertorio cuando dijo: "Soy la esclava del Señor; que se haga en mí según su Palabra". El ofertorio de la Virgen María consistió en ofrendarse ella misma como "esclava" para que Dios dispusiera de ella a toda hora y en toda circunstancia.

Mientras María estaba junto a la cruz, inundada de lágrimas y con una espada muy dentro de su corazón, renovó su ofertorio: "Hágase". Se le había invitado para ser la madre del "Varón de Dolores" -el Mesías-; allí estaba para renovar su sí de toda la vida.

El ofertorio de la Misa, no debe reducirse a unas ofrendas simbólicas nada más. El auténtico ofertorio es nuestro "sí" incondicional a Dios, que renovamos en cada Misa. María nos anima a no tener miedo de decirle a Dios: indica cuál es el ofertorio agradable a Dios; dice Pablo: "Les ruego por la misericordia de Dios que se presenten ustedes mismos como OFRENDA viva, consagrada y agradable a Dios. Este es el verdadero culto que deben ofrecer". (Rm 12,1) Ofrecernos nosotros mismos, dice Pablo, es el verdadero ofertorio. Ese fue el ofertorio de María en la anunciación, cuando su seno comenzó a ser altar de la divinidad. Ese ofertorio lo renovó, de manera sublime, cuando participó de la Misa que su Hijo estaba oficiando en el Calvario. La Virgen María nos señala que nuestro ofertorio no debe quedarse en ofrendas simbólicas de tipo material, que Dios nos quiere a nosotros mismos. La Virgen María, a nuestro lado, nos sugiere que renunciemos a nuestras defensas personales y que nos entreguemos totalmente a Dios; que le digamos de corazón: "Hágase en mí según tu Palabra".

Plegaria Eucarística

En la Consagración, por nuestra fe, creemos firmemente que Jesús está sobre el altar bajo la forma de Sacramento. En la anunciación, cuando María aceptó la propuesta de Dios, su seno virginal se convirtió en un altar en que el Verbo se hizo carne. En la misa, cuando el sacerdote repite las palabras de Jesús en la Última Cena, el pan se convierte en el Cuerpo de Jesús, y el vino, en su Sangre. Cuando la Virgen María dijo: "Hágase en mí según su Palabra.", el Verbo se hizo carne y vino a habitar en su seno, que fue el primer altar del mundo para el Cuerpo de Jesús.

En el momento de la Consagración el altar es un nuevo Belén. Allí nace místicamente Jesús. En Belén, María les mostraba a todos a Jesús: a los pastores, a los Magos. A todos los visitantes les iba ayudando a descubrir en aquel niño sonriente al Salvador del mundo.

En la Misa, María vuelve, otra vez, a mostrarnos a su Hijo; nos ayuda a descubrirlo como nuestro Salvador. Ella fue la primera en adorar a Jesús cuando escuchó un primer llanto. Ella nos enseña a adorar a Jesús que nace místicamente en el momento de la Consagración. El Cuerpo de Cristo está sobre el altar. Pero no puede haber comunión sin una comunidad de fe y de amor. Esa comunidad no se forma sola; se necesita el esfuerzo de todos los integrantes de la asamblea. Como en el Cenáculo, la Virgen María, como madre, está en la asamblea para aunar a sus hijos alrededor del altar, para animarlos a dejar de lado el egoísmo, el rencor, y a formar el Cuerpo Místico de Jesús, la Iglesia.

Rito de la Comunión.

El Padrenuestro es un puente por el que hay que pasar antes de recibir la Santa Comunión. En el Padrenuestro, ante todo, se nos convida a encontrarnos con un Dios Padre para santificar su nombre y hacer siempre su voluntad. Fue el mismo Padre quien, por medio de un ángel, llamó a María "llena de Gracia". María le correspondió entregándose totalmente a sus manos para que dispusiera de ella su plan de salvación para la humanidad; le dijo: "Soy tu esclava; hágase en mí según tu Palabra". En el Padrenuestro se nos orienta a pedir "nuestro pan" de cada día con un sentido comunitario; decimos: "nuestro pan". Pensamos no sólo en nosotros, sino en toda la comunidad. Se nos enseña a salir de nosotros mismos para pensar en la necesidad del otro. María sale de sí misma, de su preocupación de mujer embarazada, piensa en su anciana prima Isabel; hace un largo y penoso viaje para ir a atender. La Virgen María se acopla a nuestra oración cuando pensamos en el pan de los que no tienen pan, de los que no disponen de lo indispensable para una vida decorosa. No podemos dejar de recordar a María multiplicándose en la fiesta de Caná para que todos estudien tan a gusto; acudiendo a Jesús para que no faltara el vino en aquella familia. Ella nos alienta a pensar en la alegría de los otros; a cooperar con lo que podamos para que no falte la alegría en la casa del vecino.

Una petición muy comprometida del Padrenuestro es la que dice: "Perdónanos como nosotros perdonamos". Siempre en nuestra lista aparece alguien a quien debemos perdonar. La Virgen María tuvo que perdonar a muchas personas que cooperaron para que su "espada" se hundiera más en su corazón. Herodes, que le amargó su reciente maternidad. Los parientes más cercanos que no comprendían a Jesús y lo tenían como un loco. Los fariseos. Los dirigentes de la Sinagoga. Los soldados con sus burlas y desprecios. Los dos ladrones. El centurión de la lanzada. El gentío que gritaba: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros!". Mientras acompañaba a Jesús en su Misa dolorosa, junto a la cruz, por la mente de María iban desfilando muchos nombres. Al unísono con Jesús, iba repitiendo: "Perdónalos porque no saben lo que hacen". Ella, más herida que nosotros, está a nuestro lado para que se abra nuestro corazón para decir: "Perdónalos". Un Padrenuestro a la par de la Virgen María es una experiencia muy enriquecedora.

La comunión consiste en la identificación más íntima posible con el Cuerpo de Jesús. Todo el rito eucarístico nos va orientando hacia ese encuentro profundo con el Señor.

La Virgen María es especialista en la comunión con el Cuerpo de Jesús. Nueve meses mantuvo la comunión más íntima que se pueda imaginar con el Cuerpo de Cristo, las madres les platican a sus hijos en el seno materno. La comunión de la Virgen María se inicia desde el momento en que el Verbo se hace carne en sus entrañas. Esa comunión se fue perfeccionando con los años. Se acostumbró a guardar todas las palabras de Jesús en su corazón y a meditarlas.

Cuando las madres llevan a sus hijos junto al altar para la primera comunión, les sugieren algunos pensamientos piadosos para que su encuentro con Jesús sea de mucha bendición. Invocamos a la Virgen María para que nos acompañe en nuestro encuentro con Jesús. Ella tiene muchas sugerencias que proporcionarnos. Ella sabe qué significa ser tocada por el cuerpo de Jesús. Le rogamos que rece por nosotros para que, de veras, nos dejemos tocar por Jesús, en la comunión; para que nuestra comunión no quede reducida a un rito, sino sea un encuentro de gozo, una verdadera comunión con el Señor.

El centurión romano, al acercarse a Jesús, le decía: "No soy digno de que entres en mi casa". María, al meditar en las maravillas que Dios había obrado en ella, exclamó: "Miró la humildad de su esclava".

Como María, nos acercamos a Jesús, sin alegar méritos de nuestra parte; simplemente le aseguramos que creemos en su bondad y en su misericordia.

"Pueden ir en paz..."

El que lleva a Jesús, lleva la paz de Jesús a todas partes. Es un cristóforo; alguien que lleva al mismo Cristo.

En el Sinaí, Moisés estuvo en comunión con la divinidad. Cuando bajó del monte iba revestido de luz. Todos bajaban su mirada; no podían resistir esos rayos de luz. María, después de haber acolitado la Misa de Jesús, bajó del Calvario, como la recién nombrada Madre de las Misericordias. Venía con su túnica manchada con las salpicaduras de la sangre de Jesús; como mensajera del perdón y del amor de su Hijo para todos los hombres. Después de haber vivido 33 años junto a Jesús, bajaba del Calvario como Biblia ambulante para compartir con la Iglesia lo que "había visto y oído". Regresaba como una carta abierta que Jesús dejaba escrita para la humanidad. La Virgen María nos enseña a salir de la Misa como portadores del perdón de Dios, de su amor, de su Evangelio; para ser, en todas partes, sal de la tierra y luz del mundo.

Un gran devoto de María Auxiliadora

La Virgen María es uno de los inapreciables regalos de Jesús, en los últimos instantes de su vida terrenal, para la Iglesia. "He ahí a tu madre" es el gran legado que Jesús entregó a los hombres, como tesoro de Gracia, como camino sencillo para encontrarlo a él más fácilmente.

Entre los santos que han destacado por haber descubierto en la devoción a la Virgen María un medio poderoso de salvación, se encuentra San Juan Bosco. Alguien escribió que para Don Bosco, la Eucaristía y la devoción a la Virgen María fueron las dos "alas" que le sirvieron para remontarse a las encumbradas cimas de la santidad.

Esto se patentiza en uno de los sueños y visiones que tuvo Don Bosco. Vio a la Iglesia representada en una enorme barca; en la proa iba el Papa; la barca enorme se balancea en medio de un mar tempestuoso en donde múltiples atacantes intentaban hundirla. La barca, la Iglesia estaba amarrada a dos grandes columnas: en una, la más alta se veía una Hostia; en la otra -más baja-, estaba una imagen de la Virgen María. En este sueño se proyecta el camino espiritual de Don Bosco: Jesús Sacramentado y la Virgen María.

Es interesante preguntarse por qué motivo Don Bosco se sintió atraído por el título de María Auxiliadora. Don Bosco comenzó invocando a María como la Virgen del Rosario; luego sintió simpatía por la Virgen Consoladora, que se venera en Turín. Más tarde demuestra predilección por la Inmaculada. Pero la advocación que va a fascinar a Don Bosco es la de María Auxiliadora. A Don Bosco le tocó vivir en tiempos sumamente difíciles en lo concerniente a la política y a la situación crítica de la Iglesia. Fue un sacerdote incomprendido y perseguido también por los mismos sacerdotes. Continuamente se encontraba en apuros. En todas estas circunstancias, Don Bosco siente que la Virgen María llega a "auxiliarlo"; le extiende una mano fuerte de Madre. Don Bosco experimenta en su vida a la Virgen como una Madre Auxiliadora. No es raro, entonces, que se sienta inclinado a llamarla Auxiliadora.

El origen de esta devoción o, el origen de la devoción a la Virgen Maña, en Don Bosco, hay que buscarlo en su propio hogar. Tenía mucha razón Juan Joergensen, cuando al iniciar la vida de Don Bosco, apunta: "En el principio era la madre". El niño Juan Bosco ve a su madre Margarita como una ferviente devota de la Virgen María. En su primer sueño-visión se le aparece Jesús y le dice: "Yo soy el Hijo de aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día". Es el mismo Jesús quien hace resaltar esa devoción mariana que el niño Juan Bosco ha aprendido de su madre.

Cuando Juan Bosco está por ingresar al seminario, su madre le da un consejo estupendo: "Conságrate a la Virgen; sé amigo de los que son devotos de María; si llegas a ser sacerdote, propaga la devoción a la Virgen". Aquí está plasmada la devoción mariana de Margarita, que ella transmitió a su hijo. Esta sencilla madre ayudó a formar a uno de los más insignes devotos de la Virgen María.

El sueño-visión que Juan Bosco tuvo a los nueve años es sumamente iluminador con relación a la devoción mariana de Don Bosco. El niño Juan Bosco se encuentra llorando ante un sinnúmero de jóvenes descarriados a quienes intenta convertir a base de puñetazos. Se le aparece Jesús y lo consuela diciéndole:

"Yo te daré una maestra". Y le señala a la Virgen María. La Virgen María, en este momento, toma al niño, lo acaricia y comienza a darle instrucciones para su misión. Le dice: "Hazte humilde, fuerte y robusto; lo que veas que sucede con estos animales, lo deberás hacer tú con mis hijos". Al punto Juan Bosco ve un gran número de animales feroces que se convierten en corderos mansos. Aquí, la madre entró inmediatamente en acción como la gran colaboradora que Jesús entregaba a Juan Bosco para su misión entre los jóvenes desorientados para llevarlos por el camino de la salvación.

A Moisés le costó inmensamente aceptar la misión que Dios le encomendaba: liberar al pueblo prisionero en Egipto. Dios le entregó un bastón por medio del cual podría obrar milagros. Ese bastón era símbolo del poder que Dios ponía en sus manos, al enviarlo a cumplir su difícil misión.

El jovencito Juan Bosco estaba llorando ante la tremenda tarea de orientar a tantos jóvenes descarriados. Jesús, en ese momento, le entrega una Maestra que será para Don Bosco, como el "bastón de Moisés", el símbolo del poder con que Dios lo equipaba para poder cumplir con su delicada misión.

Eso será La Virgen María en la vida de Don Bosco, una maestra inigualable, que Jesús le ha entregado para que le ayude a trabajar entre los jóvenes. En el sueño de los nueve años, la Virgen María toma su papel de maestra y comienza indicándole a Juan Bosco que debe hacerse humilde, fuerte y robusto para poder enfrentar la misión juvenil que le ha sido encomendada.

La Virgen María con frecuencia, en los sueños-visiones se presenta a Don Bosco, para darle indicaciones precisas con respecto a sus jóvenes. Se conserva un registro de contabilidad en el que, al lado del nombre de cada niño se lee un consejo. Se ve que Don Bosco, al despertar de su sueño, tomó apresuradamente lo primero que encontró para anotar lo que la Virgen le había encomendado decir a cada joven.

A fines del siglo pasado, una furiosa persecución se desató en Francia contra la Iglesia. Muchos religiosos tuvieron que huir apresuradamente. La Virgen se le presentó, en sueños, a Don Bosco, cubriendo con su manto las casas salesianas. Don Bosco comprendió el mensaje de María. Se apresuró a escribirles a los salesianos de Francia que no se alarmaran, que no huyeran porque la Virgen los protegía.

En otro sueño, María se le presenta y posa su pie sobre una piedra, en un terreno conocido por Don Bosco. Le pide que le erija un santuario. Le dice la Virgen con tono profético: "Esta es mi casa, de aquí saldrá mi gloria". El Santuario, que la Virgen pedía, es la actual Basílica de María Auxiliadora, que Don Bosco construyó en Turín, Italia. En otro sueño, la Virgen le indica el lugar a donde los salesianos irán a misionar. Son múltiples y variados los sueños de Don Bosco en los que la Virgen María lo aconseja y le da pautas precisas para llevar adelante su obra educativa y misionera. Confidencialmente Don Bosco les decía, sin ambages a sus salesianos: "Don Bosco lo ve todo, y es guiado de la mano por la Virgen". Parece una frase atrevidísima. Los salesianos no dudaban ni un ápice de las palabras de Don Bosco porque veían cómo se realizaba todo lo que María le iba adelantando a Don Bosco en sus sueños.

La correspondencia de Don Bosco

Cuando murió la anciana madre de Don Bosco, Margarita, el joven sacerdote se fue a la Iglesia de la Virgen Consoladora (La Consolata), y le dijo: "Ahora, haz tú de madre de mis niños". Eso es la Virgen en la obra salesiana: la madre que el mismo Jesús le entregó a Don Bosco para su familia religiosa.

La obra de Don Bosco comenzó propiamente con un Avemaría en compañía del desamparado niño Bartolomé Garelli, que se había asomado a la sacristía para refugiarse del frío. El sacristán lo recibió con golpes; Don Bosco lo llamó aparte y comenzó a rezar a la Virgen en compañía de aquel niño. Así comenzó la obra salesiana, un 8 de diciembre de 1841.

Cuando Don Bosco estaba por emprender una obra importante, rezaba un Avemaría y se disponía a enfrentar, confiadamente, cualquier dificultad. En el inmenso colegio de Don Bosco, cayó un rayo. Todos sugirieron la conveniencia de poner un pararrayos. Don Bosco aceptó la sugerencia. Tiempo después cuando le indicaron que se había olvidado de poner el pararrayos. Don Bosco señaló una enorme estatua de la Virgen Auxiliadora que había mandado colocar en la cúpula de la basílica de la Virgen. Para Don Bosco ella era un pararrayos inigualable.

La Basílica de María Auxiliadora, que Don Bosco construyó en Turín, Italia, es el monumento de amor que el santo quiso levantar a su muy querida madre Auxiliadora. Se dice que cada ladrillo de este santuario es un milagro. La construcción, Don Bosco la comenzó con cuarenta centavos en la cartera. La

Virgen María se encargó de irlo sacando, vez por vez, de sus apuros. En cierta oportunidad, se encontraba con que tenía que pagar una gran deuda; había buscado por todos lados y no había aparecido la solución. Don Bosco, a la aventura de Dios, se lanzó a la calle. Un hombre se le acerca y le dice que el señor de la casa en donde trabaja lo ha enviado para que busque a Don Bosco y lo lleve urgentemente junto a su lecho de enfermo. El dueño de la casa era un rico señor que desde hacía varios años estaba postrado en cama. Don Bosco fue de una vez al grano. Le preguntó si estaría dispuesto a dar una gran suma de dinero para el Santuario de María Auxiliadora, si la Virgen le conseguía la gracia de curación. Aquel hombre afirmó que ya estaba desesperado de ir de médico en médico y de gastar su dinero; que si recibía la curación daría una buena ayuda. Aquel mismo día el recién sanado fue con Don Bosco al banco para cumplir su promesa a la Virgen.

Con frecuencia Don Bosco empleaba lo que se ha llamado la "Bendición de María Auxiliadora"; una oración que había compuesto para suplicar el patrocinio de la Virgen ante el Señor por las personas necesitadas. Son innumerables los testimonios de personas que recibieron favores de Dios por medio de la fervorosa oración de Don Bosco. Bien dice Santiago que "la oración ferviente del justo tiene mucho poder ante Dios". (St 5,16)

Le llevaron a Don Bosco a un hombre que apenas se podía mover con sus muletas. Todos pudieron ver cómo aquel hombre, que durante 18 años había llevado muletas, se retiraba totalmente curado.

Una madrugada dejaron en la puerta de la iglesia a un tullido. Se lo llevaron a la sacristía a Don Bosco. Aquel dichoso hombre salió caminando de la Iglesia.

El Padre Dalmazzo, al ver los prodigios que se obraban cuando Don Bosco daba la bendición de María Auxiliadora, le objetó: "Yo he dado también muchas veces la bendición de María Auxiliadora, y no sucede nada". Don Bosco le contestó: "Es que no tienes fe". Don Bosco había experimentado muchas veces el poder de la oración de la Virgen María por eso acudía a ella con todo su amor y confianza, con la seguridad que ella, como en las bodas de Caná, lo llevaría directamente a Jesús, para que cambiara el agua de las malas circunstancias en el vino de la gracia, del milagro.

Una auténtica devoción

Durante algún tiempo se malentendió la devoción a la Virgen María; hubo exceso de piropos marianos, no del todo ortodoxos; abundó el sentimentalismo. Tanto el Concilio, como "El culto mariano", de Pablo VI, y "La Madre del Redentor", de Juan Pablo II, han dado pautas muy precisas para la renovación de la devoción a la Virgen María. Debe ser una devoción sólida, basada en la Biblia y en la Tradición. Debe ser eficaz, es decir, debe llevar al individuo a imitar a la Virgen María, que fue la que mejor "escuchó la Palabra de Dios y la puso en práctica". (Lc 8,21)

El cuadro de María Auxiliadora, que está en la Basílica de Turín, es una muestra fehaciente de esa sólida devoción de Don Bosco, fundamentada en la Biblia y en la Tradición. Don Bosco llamó al pintor Lorenzone y le describió cómo había concebido el cuadro: arriba, las tres divinas personas; más abajo, la Virgen María rodeada de los apóstoles, los profetas, los santos. Al pie del cuadro, la Iglesia de San Pedro en Roma. Ese cuadro parece arrancado de una página del libro de los Hechos de los Apóstoles. Allí esta la Iglesia que nace el día de Pentecostés: los apóstoles, los discípulos, la Virgen María. Ese era el concepto teológico bíblico que Don Bosco tenía acerca del papel de la Virgen María, como Madre, en la Iglesia. Esto lo expresó en seis folletos que escribió acerca de la devoción a la Virgen María dado a nosotros". (2Cor 1,3-6) Pablo conocía el sufrimiento. En su vida abundan los azotes, las cárceles, los naufragios, las persecuciones, las calumnias, los malos entendidos. Las comunidades se disputaban el honor de tener a Pablo entre ellas, pues recibían ese consuelo grande del que ha pasado por la tormenta y sabe lo que es el rugido de las olas. Pablo infundía serenidad. Pablo animaba a todos a ser fuertes como él. Desde la cárcel escribió bellas cartas de consolación. Cuando uno las lee, podría pensar que las está redactando alguien desde la orilla de un pensativo lago. Pablo escribía desde la oscura cárcel de Roma. Las cadenas habían dejado cicatrices en sus muñecas y en sus tobillos.

El día de la resurrección Jesús se apareció a los apóstoles para desearles la paz. Antes les mostró sus manos y su costado en donde se veían las huellas de los clavos y de la lanza. Jesús regaló la paz, pero antes tuvo que pasar por el martirio; por eso puede decir: "Vengan a mí los que están agobiados y cansados porque yo los haré descansar". Jesús conocía perfectamente lo que significan cansancio y agobio.

San Pablo es muy práctico cuando nos hace reflexionar en que Dios nos ha llenado de consolaciones para que también nosotros nos convirtamos en consoladores de los que lloran, de los que sufren. "Nos consuela -dice Pablo para que también nosotros, podamos consolar a los que sufren. (2Cor 1,4)

No es fácil dejarse ayudar

La mujer samaritana tenía el alma lacerada por las incriminaciones de sus vecinos. Era la mujer de los muchos hombres. Todos la señalaban. Ella reía por fuera para desafiarlos. Por dentro su alma gritaba. Cuando se acercó Jesús, a ella, al momento, desconfió; estaba acostumbrada a ser engañada y despreciada. Había aprendido a estar a la defensiva. Trabajo le costó a Jesús ganarse su confianza. Se le acercó como un mendigo, pidiendo un poco de agua. Como un necesitado. Al fin pudo llegarle al corazón y la curó de su altivez y también la sanó de su lepra espiritual. Aquella mujer, instantáneamente, sintió que de pronto su carga ya no pesaba tanto. Se sintió libre como nunca en su vida.

Cuesta acercarse al que sufre. A muchos el dolor los ha endurecido. Desconfían de todos. Ya se acostumbraron a escuchar muchas palabras sin sentido. Ya se desilusionaron de tantas personas que ante su dolor, buscan apartarse de ellos, con mucha educación.

Cuando Pablo cayó y se quedó ciego, se encontraba arrinconado en una casa. Sentía más grande su soledad. Fue en ese momento cuando se le acercó Ananías. No le echó en cara su hostilidad hacia los cristianos. No le recetó un sermón para que dejara de ser tan malo. Sólo le dijo con mucho amor que llegaba para orar por él para que el Señor le concediera su Espíritu Santo y quedara curado. Fue en esa oportunidad que Pablo comenzó a sentir el impacto de una comunidad de amor.

El camino para que Pablo fuera aceptado dentro de los cristianos no fue nada fácil. Pablo era muy conocido por su hostilidad hacia los cristianos. Muchos habían sido encarcelados por su causa. Se desconfiaba de él. Fue también en ese momento cuando uno de los hombres santos, Bernabé, se acercó a Pablo y lo convidó para que pusiera al servicio de Dios su teología y sus dotes oratorias.

El dolor, puede suavizar el corazón de la persona; pero no siempre. Muchos por el dolor se han vuelto desconfiados.

Se resisten a ser ayudados. No quieren cirineos a su lado. No creen que alguien les pueda ayudar. Sólo la persona que con exquisita caridad sabe vencer su orgullo y se acerca con amor, podrá vencer al que rehúsa que le ayuden a llevar su cruz.

La tradición siempre ha interpretado que Simón de Cirene, al principio rehusó prestarse para ayudar a Jesús a llevar su cruz. Tenía plena razón. Venía cansado de su trabajo, y ahora lo querían obligar a ayudar a llevar la cruz a un criminal. El gran descubrimiento del Cirineo fue su experiencia de haber estado tan cerca de la cruz de Jesús. Las primeras comunidades recuerdan al Cirineo como un cristiano ejemplar. Su contacto con la cruz de Cristo marcó toda su vida.

Aceptar convertirse en Cirineo del que sufre no es nada agradable al principio. Implica aumentar el peso de nuestra propia cruz. Los que se han decidido a cumplir con el mandato del Señor de "llorar con los que lloran" y de "sobrellevar las cargas de los otros", han descubierto las incontables bendiciones que han inundado sus vidas. Llorar con el que llora y ayudarlo a otro a sobrellevar su pesada carga es una de las obras de misericordia en que se demuestra que la persona ya comprendió lo medular del Evangelio.